

THOMAS CATHCART  
Y DANIEL KLEIN

PLATÓN  
Y UN  
ORNITORRINCO  
ENTRAN  
EN UN BAR...

La filosofía explicada con humor



Nunca la filosofía fue tan divertida. Y si lo dudas, atrévete a hojear este libro. La filosofía, esa disciplina que tanto nos costó cuando éramos estudiantes, se convierte aquí en pura carcajada. Los autores, licenciados en filosofía por la Universidad de Harvard, están convencidos de que la filosofía y los chistes tienen mucho en común, pues desarrollan nuestra inteligencia de forma muy parecida: les dan la vuelta a las verdades establecidas. Cathcart y Klein ofrecen en estas páginas un original

y divertido curso intensivo en el que explican los conceptos básicos de la filosofía occidental a través del humor. Un libro fascinante y original con el que aprenderás divirtiéndote.



Thomas Cathcart & Daniel  
Klein

# **Platón y un ornitorrinco entran en un bar...**

**La filosofía explicada con humor**

**ePub r1.4**

**jandepora 08.09.14**

Título original: *Plato and a Platypus walk into a bar...*

Thomas Cathcart & Daniel Klein, 2007

Traducción: Núria Pujol Valls

Ilustraciones: Bruce Eric Kaplan, Andy McKay, Mike Baldwin, Matthew Difee, Leo Collum y Merrily Harpur

Diseño de portada: Lucrecia Demaestri

Editor digital: jandepora

Corrección de erratas: DiabloKhel,  
Caroliread

ePub base r1.1





A la memoria de nuestro  
abuelo filosófico, GROUCHO  
MARX, que resumió la esencia  
de nuestra ideología cuando  
dijo:

«Estos son mis principios; si  
no les gustan, tengo otros».



# Capítulo 1

---

Que trata de la condición  
y ejercicio del famoso  
hidalgo don Quijote de la  
Mancha

---

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los

sábados, lentejas los viernes, y algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de

la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben)<sup>[1]</sup>, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó

a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas intrincadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: *La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de*

*la vuestra fermosura. Y también cuando leía: ... los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza*<sup>[2]</sup>.

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el

cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza), sobre cuál había sido mejor caballero, Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mesmo pueblo, decía que

ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo, que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

# Filochistes

## *Una introducción*

DIMITRI: Si Atlas sostiene el mundo,  
¿qué sostiene a Atlas?

TASSO: Atlas se sostiene sobre el  
caparazón de una tortuga.

DIMITRI: Pero ¿sobre qué se sostiene la  
tortuga?

TASSO: Sobre otra tortuga.

DIMITRI: ¿Y qué sostiene a esa tortuga?

TASSO: Querido Dimitri, de ahí para  
abajo todo son tortugas.



Este fragmento de diálogo griego antiguo ilustra a la perfección el concepto filosófico de retroceso infinito, una noción que aparece cuando nos preguntamos si existe una causa primera de la vida, del universo, del tiempo y el espacio y, con una significación aún mayor, de un Creador. Algo tiene que haber creado al Creador, de modo que el caparazón de tortuga causal no se detenga en él. O en el Creador que está antes que él. O en quienquiera que le preceda. De ahí para abajo todo son Creadores; o mejor dicho de ahí para arriba, puesto que ésa parece ser la

dirección en la que hay que buscar a los Creadores.

---

Si la explicación de retroceso infinito no te lleva a ninguna conclusión, puedes tomar en consideración la doctrina de la *creatio ex nihilo* —la creación a partir de la nada— tal como la formuló John Lennon en un contexto algo distinto, «Antes de Elvis, no había nada».

---

Prestemos de nuevo atención al viejo Tasso. Además de ser aclaratoria, su réplica: «de ahí para abajo todo son tortugas», suena a golpe de efecto cómico. ¡Tachán!

A nosotros no nos sorprende. La elaboración y el efecto que logran los chistes y la elaboración y el efecto que logra la filosofía están hechos de la misma materia. Juegan con la mente de formas parecidas. Esto se debe a que la filosofía y los chistes surgen del mismo impulso: confundirnos respecto a cómo son las cosas, poner nuestros mundos del revés, y dar con verdades ocultas, a menudo incómodas, sobre la vida. Lo

que el filósofo llama perspicacia, el cómico lo llama mordacidad.

Por ejemplo, veamos detenidamente este chiste clásico. En apariencia, suena a simple y deliciosa tontería pero, si nos paramos a pensar, expresa el núcleo mismo de la filosofía empirista inglesa: la pregunta acerca de cuál es la información sobre el mundo de la que nos podemos fiar.

Morty llega a casa y se encuentra a su esposa y a su mejor amigo desnudos, en la cama. Justo cuando Morty está a punto de

decir algo, Lou se levanta de la cama de un salto y dice:

—Espera, espera, colega, ¿a quién vas a creer, a tus ojos o a mí?

Al refutar la primacía de la experiencia sensorial, Lou plantea la cuestión de qué tipo de datos son verdaderos y por qué. ¿Existe una manera de recopilar datos acerca del mundo —es decir, de *ver*— más fiable que las otras, una progresión de la fe que acepte la descripción de la realidad de Lou?

He aquí otro ejemplo de filochiste, este con toques del argumento de la analogía, que afirma que si dos consecuencias son similares, deben haber tenido causas similares:

Un anciano de noventa años va al médico y dice:

—Mi esposa, que tiene dieciocho años, está embarazada.

—Le voy a contar una historia —responde el médico—. Un hombre fue a cazar pero, en lugar de una escopeta se llevó un

paraguas por error. Cuando, de pronto, le atacó un oso, el hombre blandió el paraguas, disparó y el oso cayó muerto.

—Eso es imposible — dice el anciano—. Al oso le debió de disparar otra persona.

—¡Pues eso digo yo!

No cabría esperar mejor ilustración de la argumentación a partir de la analogía, una estratagema filosófica que suelen utilizar los partidarios de la

teoría del Diseño Inteligente (por ejemplo, si existe el globo ocular, debe de existir un Diseñador de globos oculares... en el cielo).

Así podríamos proceder —y en realidad vamos a hacerlo— del agnosticismo al zen, de la hermenéutica a la Eternidad. Mostraremos cómo los conceptos filosóficos se pueden contar a través de chistes y cómo los chistes están cargados de un fascinante contenido filosófico. Pero, a ver, ¿no será que son lo mismo? ¿Os importa que volvamos al tema?

Normalmente, los estudiantes que llenan las aulas de filosofía esperan



alguna perspectiva sobre, pongamos, el sentido de todo esto. Pero quien cruza la sala en dirección a la tarima es un tipo desgredado con una americana que no le hace juego con los pantalones y suelta una perorata sobre el sentido del «sentido».

Primero lo primero, dice. Antes de que respondamos a cualquier pregunta, pequeña o grande, debemos saber lo que significa la pregunta en sí misma. Con la mosca detrás de la oreja, le escuchamos y pronto descubrimos que lo que nos cuenta este tipo es la mar de interesante.

La filosofía y los filósofos son así. Una pregunta suscita otra, y ésa toda una

generación de preguntas. De ahí para abajo todo son preguntas.

Podemos empezar por las más básicas como: «¿Cuál es el sentido de todo esto?» o «¿Existe Dios?», y «¿Cómo puedo ser sincero conmigo mismo?» o «¿He elegido el curso adecuado?» pero pronto descubrimos que debemos hacernos otras preguntas para poder responder a las originales. Este proceso ha encumbrado a toda una serie de disciplinas filosóficas, cada una de las cuales aborda una de las Grandes Preguntas en particular. E intenta resolver las preguntas que éstas plantean. ¿Alguna pregunta?

Así, «¿Cuál es el sentido de todo esto?» es una reflexión de una disciplina conocida como metafísica, y «¿Existe Dios?» de la que se ha dado en llamar filosofía de la religión. «¿Cómo puedo ser sincero conmigo mismo?» entra en la escuela del existencialismo. «¿He elegido el curso adecuado?» cae en el nuevo sector de la filosofía llamado metafilosofía, que se plantea la pregunta: «¿Qué es filosofía?» y así podríamos seguir clasificando, puesto que cada esfera de la filosofía se plantea conceptos y preguntas distintas.

No hemos organizado el libro de modo cronológico, sino a partir de las

preguntas que teníamos en mente cuando entramos en esa primera clase de filosofía, y en las disciplinas que se las plantean. Lo maravilloso es que toda una serie de chistes empezaron a ocupar un territorio conceptual similar al de esas disciplinas. (¿Pura casualidad o es que, a fin de cuentas, existe un Diseñador Inteligente?). El motivo de que sea tan fantástico es que ambos salimos de la primera clase tan estupefactos y perplejos que pensamos que nuestra mente nunca comprendería temas tan sesudos. Pero un día trabamos conversación con un licenciado que nos contó el chiste de Monty que llega a su

casa y se encuentra a su mejor amigo,  
Lou, y a su mujer en la cama.

—¡Esto es filosofía! —dijo.

Nosotros lo llamamos filochistes.

THOMAS CATHCART Y DANIEL KLEIN

*Agosto 2006*

# Metafísica

*La metafísica se plantea las Grandes Preguntas que siguen: ¿Qué es el ser? ¿Cuál es la naturaleza de la realidad? ¿Existe el libre albedrío? ¿Cuántos ángeles pueden bailar en la punta de un alfiler? ¿Cuántas personas hacen falta para cambiar una bombilla?*

DIMITRI: Últimamente me tienen preocupado unas cuantas cosas, Tasso.

TASSO: ¿Qué, exactamente?

DIMITRI: ¿Cuál es el sentido de todo esto?

TASSO: ¿Esto? ¿Qué?

DIMITRI: Ya sabes, la vida, la muerte, el amor y el misterio ese de las hojas de parra rellenas.

TASSO: ¿Y qué te hace pensar que eso tenga un sentido?

DIMITRI: Pues que debe de tenerlo. De lo contrario, la vida no sería más que...

TASSO: ¿Qué?

DIMITRI: Creo que necesito un orujo.

## TELEOLOGÍA

¿El universo tiene un objetivo?

Según Aristóteles, todo tiene un *telos*, un objetivo intrínseco que alcanzar. Una bellota tiene un *telos*: un roble. Los pájaros también, y las abejas. Dicen que en Boston hasta las alubias tienen un objetivo. Forma parte de la misma estructura de la realidad.

Si eso suena un tanto abstracto, en la siguiente historia la señora Goldstein remite el *telos* a los asuntos terrenales.

La señora Goldstein paseaba por una calle con sus dos nietos. Se encontró con un amigo que



le preguntó cuántos años tenían. La señora respondió:

—El médico tiene cinco y el abogado siete.

¿La vida humana tiene un *telos*?

Aristóteles pensaba que sí. Pensaba que el *telos* de la vida humana es la felicidad, un elemento de disputa con otros filósofos a lo largo de la historia de la humanidad. San Agustín, siete siglos después, diría que el *telos* de la vida es amar a Dios. Para un existencialista del siglo XX como Martin

Heidegger, el *telos* del hombre consiste en vivir sin negar la condición humana, especialmente la muerte. *¿La felicidad? ¡Qué cosa tan superficial!*

Los chistes sobre el sentido de la vida se han multiplicado con la misma rapidez que los sentidos de la vida, que a su vez se han multiplicado tanto como los filósofos.

Un hombre que buscaba la verdad había oído que el gurú más sabio de toda la India vivía en la cima de la montaña más alta del país. Así que

anduvo y anduvo, hasta que llegó a la mítica montaña. Esos montes eran muy escarpados, y en más de una ocasión resbaló y se cayó. Cuando llegó a la cima, estaba cubierto de cortes y de heridas, pero se encontró con el gurú, sentado con las piernas cruzadas frente a su cueva.

—¡Oh, sabio gurú! — dijo el aprendiz—. He venido hasta ti para preguntarte por el sentido

de la vida.

—¡Ah, sí! El sentido de la vida —dijo el gurú—. El sentido de la vida es una taza de té.

—¿Una taza de té? He venido hasta aquí para hallar el sentido de la vida ¿y me dices que es una taza de té?

El gurú se encogió de hombros.

—Bueno, pues tal vez no sea una taza de té —dijo.

El gurú está expresando que formular el *telos* es una cuestión peliaguda. Y ni siquiera es plato de gusto para todos.

Existe una distinción entre el *telos* de la vida —qué deben ser los seres humanos— y la versión particular de los propósitos en la vida, lo que dicha persona quiere ser. Sam, el dentista de la siguiente historia, ¿está buscando el *telos* universal de la vida o, simplemente, ocupándose de sus cosas? Es evidente que su madre tiene su propia idea del *telos* de la vida de su hijo.

Un dentista de

Filadelfia, Sam Lipschitz, se fue a la India a ver si encontraba el sentido de la vida. Pasaron meses sin que su madre tuviera noticias de él. Finalmente, la madre voló a la India y pidió que la recibiera el hombre más sabio. La mandaron a un *ashram*, donde el guardián le dijo que debía esperar una semana para que el gurú le concediera audiencia, y cuando le fuera concedida, sólo podría dirigirle cuatro

palabras. La señora Lipschitz esperó y meditó cuidadosamente sus palabras. Cuando finalmente accedió a la presencia del gurú, le dijo:  
—¡Sam, vuelve a casa!

---

Busca «metafísica» en el diccionario y verás que el nombre procede del título de un tratado de Aristóteles en el que aborda cuestiones cuyo nivel de abstracción está

más allá (*meta*) de la observación científica. Lo mismo ocurre en latín con lo que se conoce como *post hoc hokum*. En realidad, Aristóteles no tituló «metafísica» a su tratado, ni mucho menos le puso así porque tratara de cuestiones que están más allá del ámbito de la ciencia. En realidad, se le dio tal nombre en el siglo I d.C., cuando uno de los editores de Aristóteles recopiló sus



obras y le puso este título por el simple hecho de que va «más allá» (es decir, después) del tratado de Aristóteles sobre la física.

---

## ESENCIALISMO

¿Cuál es la estructura de la realidad?  
¿Qué atributos específicos hacen de las cosas lo que son? O, como filósofos que somos, preguntaríamos: ¿Qué atributos hacen que las cosas no sean lo que son?  
Aristóteles trazó una distinción entre

propiedades esenciales y accidentales. En su opinión, las propiedades esenciales son aquellas sin las que la cosa no sería lo que es, y las propiedades accidentales las que determinan cómo es una cosa, pero no lo que es. Por ejemplo, Aristóteles pensó que la racionalidad es esencial al ser humano y, dado que Sócrates era un ser humano, la racionalidad de Sócrates era esencial para que Sócrates fuera Sócrates. Sin la propiedad de la racionalidad, Sócrates simplemente no hubiera sido Sócrates. Ni siquiera hubiera sido un ser humano, mucho menos Sócrates. Por otra parte,

Aristóteles pensaba que la propiedad de ser chato era meramente accidental. Su nariz chata formaba parte de cómo era Sócrates, pero no era esencial a lo que era ni a quién era. Dicho de otro modo, quítale la racionalidad a Sócrates y ya no sería quien es. Pero, si le haces una cirugía estética, será Sócrates con la nariz reconstruida. Lo que nos recuerda un chiste:

Cuando	Thompson
cumplió	los setenta,
decidió	cambiar
completamente	su estilo
de vida para	vivir más

años. Se sometió a una dieta muy severa, daba largas caminatas, nadaba y tomaba el sol. En tres meses, Thompson perdió cinco kilos, redujo quince centímetros el perímetro de su cintura y aumentó doce centímetros de pecho. Esbelto y bronceado, decidió dar el toque final a su aspecto con un corte de pelo deportivo. A la salida de la peluquería, le atropelló un autobús.

—¡Dios mío! —gritó cuando yacía moribundo—. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—A decir verdad, Thompson —dijo una voz que procedía del cielo—. ¡No te he reconocido!

Al parecer, el pobre Thompson cambió algunas de las propiedades accidentales de sí mismo, aunque reconocemos que, en lo esencial, era el mismo Thompson. Y él también, por lo demás. En realidad, ambas condiciones son esenciales para el chiste.

Irónicamente, el único personaje del chiste que no reconoce a Thompson es Dios, de quien se supone que es omnisciente por definición.

La distinción entre las propiedades accidentales y las esenciales queda muy bien ilustrada por otros tantos chistes.

ABE: Adivina  
adivinanza, Sol. ¿Qué es  
verde, cuelga de una  
pared y silba?

SOL: Me rindo.

ABE: Un arenque.

SOL: Pero si un

arenque no es verde...

ABE: Ya, pero puedes pintarlo de verde.

SOL: Pero si los arenques no cuelgan de las paredes...

ABE: Si los atas a un clavo, sí.

SOL: Pero si los arenques no silban...

ABE: ¿Y qué? Pues que no silbe...

Con la siguiente versión no conseguirías muchos aplausos en el Club

de la Comedia, pero sí algunos puntos en el Congreso anual de sociedades filosóficas.

ABE: ¿Qué es un objeto «X» que tiene las siguientes propiedades: el color verde, la capacidad de colgar en las paredes y saber silbar?

SOL: No se me ocurre nada.

ABE: Un arenque.

SOL: Un arenque no es verde.



ABE: No como propiedad esencial, Solly. Pero un arenque puede ser accidentalmente verde, ¿no? Intenta pintarlo y verás.

SOL: Pero los arenques no cuelgan de las paredes.

ABE: ¿Y si los sujetas accidentalmente de un clavo de la pared?

SOL: No vas a colgar accidentalmente un arenque de la pared...

ABE: Créeme. Todo es posible. Esto es filosofía.

SOL: De acuerdo, pero un arenque no silba, ni accidentalmente.

ABE: Pues denúnciame.

Sol y Abe se vuelven hacia el público del Congreso anual de sociedades filosóficas, que guarda un silencio total.

SOL: Pero ¿qué es esto? ¿Una convención de estoicos? Eh, que se rieron más de Nietzsche cuando actuó en el Vaticano...

---

En ocasiones, un objeto tiene propiedades que a primera vista parecen accidentales, pero que sólo resultan accidentales dentro de un límite, tal como ilustra este gag.

—¿Por qué un elefante es grande, gris y arrugado?

—Porque si fuera pequeño, blanco y liso sería una aspirina.

Podemos imaginarnos un elefante en

pequeño; al que llamaremos «un elefante pequeño». Incluso cabe imaginar un elefante gris pardusco, al que llamaremos «elefante de un color gris pardusco». Y hasta un elefante sin arrugas, al que llamaremos «elefante liso». En otras palabras, el tamaño, lo grisáceo y lo liso no cumplen los requisitos que Aristóteles definió como lo que es esencialmente un elefante. Por el contrario, describen cómo son los elefantes de un modo general y accidental. No obstante, el chiste dice que eso es cierto hasta un punto. Algo tan pequeño, blanco y redondo como una aspirina no puede ser un elefante y, si

nos pusieran dicha cosa delante, no es probable que se nos ocurriera preguntar: «Bob, ¿eso que estás tomando es una aspirina o un elefante atípico?».

El hecho es que tamaño, grisáceo y liso no son términos lo bastante precisos para ser cualidades esenciales de un elefante. Un tamaño y un color concretos son, entre otras, las cualidades que determinan si algo es o no un elefante. Lo liso, por otra parte, podría ser propiedad de un arenque rojo, o de un arenque silbador.

## RACIONALISMO

Pasemos ahora a algo completamente distinto; una escuela de metafísica que ha producido literalmente tomos y más tomos de sátiras, sin contribución alguna por nuestra parte. Sólo hay un problema: ninguno de los chistes da en el blanco.

Cuando el filósofo racionalista del siglo XVII Gottfried Wilhelm Leibniz dijo, en una frase que se ha hecho famosa, «Éste es el mejor de los mundos posibles», se expuso al más bochornoso de los ridículos. Sus ecos se hicieron notar a partir de los inicios del siglo siguiente con *Cándido*, la novela de Voltaire sobre un joven bueno (Cándido) y su mentor filosófico, el señor Panglós

(la versión volteriana de Leibniz). En sus viajes, el joven Cándido se tropieza con inundaciones, ejecuciones injustas, epidemias y un terremoto inspirado en el que asoló Lisboa en 1755. Nada, sin embargo, quiebra la insistencia del doctor Panglós en que «Todo es lo mejor en el mejor de los mundos». Cuando Cándido se propone salvar a Jacques, el anabaptista holandés, que se está ahogando, Panglós le detiene, probándole que la bahía lisboeta había sido «concebida expresamente para que los anabaptistas se ahogaran en ella».

Dos siglos después, el musical que Leonard Bernstein estrenó en 1956,

*Cándido*, se sumaba a la burla. La canción más conocida del musical, «El mejor de los mundos posibles» hace que Panglós y el resto de los personajes canten la letra de Richard Wilbur en la que se elogia la guerra como una bendición indirecta, porque nos unifica a todos, en tanto que víctimas.

---

Terry Southern y Mason Hoffenberg se unieron a la diversión con su versión obscena: *Candy*, una jovencita inocente que, pese a que todos los



hombres con los que se  
cruza se aprovechan de  
ella, sigue siendo ingenua  
y optimista. En 1964 se  
realizó una versión  
cinematográfica con un  
reparto trufado de  
estrellas, entre las que  
destacaba el filósofo  
Ringo Starr.

---

Todo muy divertido pero,  
desgraciadamente, tergiversan las tesis  
de Leibniz. Leibniz era un racionalista,  
un término propio del comercio

filosófico que designa a quien piensa que la razón precede cualquier otro modo de adquirir conocimiento. (Opuesto, por ejemplo, a un empirista, que sostiene que los sentidos son la principal vía al conocimiento). Leibniz llegó a la conclusión de que éste era el mejor de los mundos posibles argumentando, a partir de la razón, que:

1. No habría mundo si Dios no se hubiera decidido a crearlo.
2. El «principio de la razón suficiente» dice que, cuando existe más de una alternativa, tiene que haber una explicación de por qué

una es más pertinente que la otra.

3. En el caso de que Dios hubiera escogido crear un mundo en particular, la explicación habría que hallarla en los atributos del mismo Dios, dado que, por aquel entonces, no había otra cosa.
4. Como Dios es omnipotente y moralmente perfecto, debió de crear el mejor de los mundos posibles. Si te detienes a considerarlo, bajo dichas circunstancias era el único mundo posible. Siendo omnipotente y moralmente perfecto, Dios no pudo crear un mundo que no fuera el

mejor.

Voltaire, Bernstein y los demás, incluso Southern y Hoffenberg, todos satirizan lo que consideran que significan las palabras de Leibniz: «Todo está de rechupete». No es que Leibniz pensara que no había mal en el mundo. Simplemente, pensaba que si Dios hubiera creado el mundo de otra manera, el resultado hubiera sido un mal aún mayor.

Afortunadamente, tenemos un par de chistes que son de lo más relevantes respecto de la filosofía de Leibniz.

El optimista piensa que éste es el mejor de los mundos posibles. El pesimista teme que así sea.

El chiste está en que el optimista aprueba la idea de que éste es el mejor de los mundos posibles, mientras que el pesimista no. Desde la perspectiva racionalista de Leibniz, el mundo es lo que es. El chiste incide en la verdad obvia de que el optimismo y el pesimismo son actitudes personales que no tienen nada que ver con la

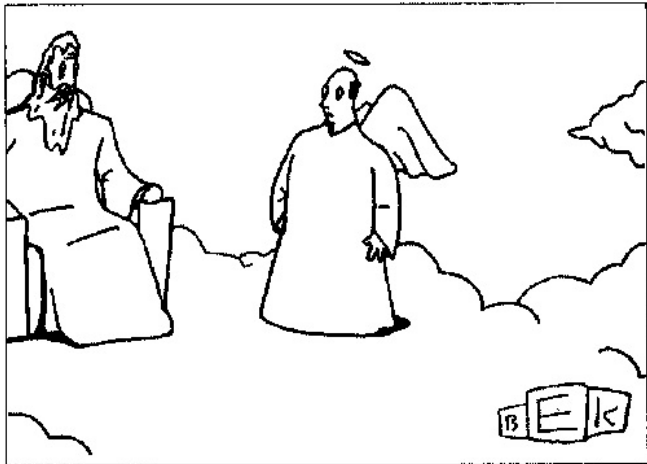
descripción, neutral, racional, que Leibniz hizo del mundo.

El optimista dice: «El vaso está medio lleno».

El pesimista dice: «El vaso está medio vacío».

El racionalista dice: «Este vaso es el doble de grande de lo que debería ser».

Claro como el agua, ¿verdad?



*«Es un tanto embarazoso admitirlo, pero todo ocurre sin que haya una auténtica razón».*

---

Leibniz se coloca en la posición contraria al

Dios que aparece en la viñeta (no hay que confundirlo con el Dios de arriba). Como buen racionalista, a Leibniz no le bastó con decir que todo «ocurría», del mismo modo que hubiera podido ocurrir cualquier otra cosa. Consideró la necesidad de que hubiera un motivo por el que cada situación fuera necesaria.

¿Por qué llueve más en Seattle que en Alburquerque? Pues



porque las condiciones  $a$ ,  $b$  y  $c$  hacen imposible que sea de otro modo. Dadas las condiciones  $a$ ,  $b$  y  $c$ , no podía ser de otra manera. Hasta aquí, la mayoría de nosotros nos mostraríamos de acuerdo, especialmente los que vivimos en Seattle. Pero Leibniz llega al extremo de afirmar que tampoco las condiciones antecedentes ( $a$ ,  $b$  y  $c$ ) podían ser diferentes. Ni las anteriores, ni las

anteriores a éstas, y así  
siguiendo. Es lo que se ha  
dado en llamar el  
«principio de la razón  
suficiente». Un universo  
que no presentara un alto  
índice de lluvias en  
Seattle, y todas las  
condiciones que  
provocan esa lluvia, no  
sería tal cosa. Sería el  
caos, el universo no  
tendría «uni».

---

## INFINITUD Y ETERNIDAD

Resulta que, por más maravilloso o deleznable que sea el mundo, sólo estamos aquí de visita breve. ¿Cuán breve es la visita? ¿Comparada con qué? ¿Un número ilimitado de años?

La noción de infinito ha confundido a los metafísicos desde hace, bueno, desde hace una eternidad. Los no metafísicos, sin embargo, se han mostrado siempre mucho menos impresionados.

Dos vacas están  
pastando cuando una se  
vuelve y le dice a la otra:  
—Aunque *pi* se suele

abreviar con cinco números, en realidad progresa hasta el infinito.

La segunda vaca se da la vuelta y le responde:

—Muuuu.

El siguiente chiste combina la idea de eternidad con otro concepto filosófico que es todo un planchazo, la relatividad:

Un médico le dice a una mujer que le quedan seis meses de vida.

—¿Puedo hacer algo?  
—quiere saber ella.

—Sí, en realidad... —le dice el médico—. Podría casarse con un inspector de Hacienda.

—¿Y eso aliviará mi enfermedad? —pregunta la mujer.

—¡En absoluto! —dice el doctor—. Pero ¡hará que esos seis meses le parezcan una eternidad!

Este chiste plantea la siguiente cuestión filosófica: «¿Cómo puede algo

finito, como seis meses, ser análogo a algo infinito, como la eternidad?». Bien, es obvio que los que se hacen esa pregunta no han vivido nunca con un agente tributario.

## DETERMINISMO *VERSUS* LIBRE ALBEDRÍO

Mientras estamos aquí y ahora, ¿tenemos algún control sobre nuestras vidas?

A lo largo de los siglos, se ha vertido mucha tinta filosófica sobre el tema de si el ser humano es libre para decidir o actuar o si nuestras decisiones

y acciones vienen determinadas por fuerzas externas: herencia, entorno, historia, destino, Microsoft.

Los trágicos griegos insistieron en la influencia del carácter y sus inevitables errores en la determinación del curso de los acontecimientos.

Cuando le preguntaron si creía en el libre albedrío, el novelista del siglo XX Isaac Bashevis Singer respondió, con cierta ironía, «No tengo otra elección». (En realidad, es una postura que algunos filósofos adoptaron con todo descaro: la de que estamos obligados a creer en nuestro libre albedrío pues, de lo contrario, no existe base para nuestra

creencia en la responsabilidad moral. Si no fuera así, nuestras elecciones morales no estarían en nuestras manos).

Recientemente, la concepción de que fuerzas psicológicas que escapan a nuestro control determinan nuestra conducta ha erosionado la idea de la responsabilidad moral hasta el punto de que ahora tenemos una «defensa *twinkie*»,<sup>[1]</sup> en la que el acusado puede aducir que el azúcar del café le llevó a cometer un asesinato. En realidad, es como «el diablo me obligó a hacerlo» disfrazado de motivación psicológica.

A pesar de todo, algunos deterministas dijeron: «Dios me obligó



a hacerlo. En realidad, Dios ha determinado cada aspecto del universo, hasta el menor de los detalles». Baruch Spinoza, el filósofo judío y holandés del siglo XVII, y Jonathan Edwards, el teólogo estadounidense del siglo XIII, postularon un determinismo teológico parecido. El águila, la rana y el camionero de la siguiente historia probablemente pensaban que elegían y ejecutaban sus acciones libremente.

Moisés, Jesús y un anciano con barba están jugando al golf. Moisés da

un buen golpe, la bola va a parar a la calle y luego va rodando hacia el estanque. Moisés levanta el palo, aparta las aguas y la bola sigue rodando tranquilamente hacia el otro lado.

Jesús también golpea fuerte y la bola se acerca al estanque pero, cuando está a punto de caer en el centro, se queda sobrevolando la superficie. Jesús se aproxima al estanque como si tal cosa

y de un golpecito manda la bola al green.

Cuando le toca el turno al anciano barbudo, la manda contra una valla, de ahí rebota a la calle, donde hace carambola contra un camión y se dirige de nuevo a la calle. Va en dirección al estanque, pero cae en un parterre de lirios, donde una rana la ve y se la mete en la boca. Aparece un águila, apresa la rana y se va. Cuando el águila y la rana

sobrevuelan el green, la rana abre la boca y suelta la bola, que cae justo en el hoyo.

Moisés se vuelve hacia Jesús y le dice:

—Odio jugar con tu padre.

## FILOSOFÍA DEL PROCESO

Tenía que ocurrir. Apareció un filósofo que se atuvo a esta concepción de un dios compulsivo que interviene en todo. El filósofo del siglo XX Alfred North

Whitehead sostuvo que Dios no sólo es incapaz de determinar el futuro, sino que el futuro lo determinará a él. Según la filosofía del proceso de Whitehead, Dios no es ni omnipotente ni omnisciente, y el cambio del curso de los acontecimientos también lo modifica a él. O, como dirían los seguidores del *New Age*, «Dios es, como... ¡tan evolucionado!».

Alvin está trabajando en su tienda cuando oye una voz atronadora procedente de arriba y le dice:

—Alvin, ¡vende el negocio!

No le hace caso. Pero la voz insiste durante días:

—Alvin, ¡vende el negocio por tres millones de dólares! Al cabo de una semana, Alvin cede y vende la tienda.

—Alvin, ¡vete a Las Vegas! —le dice la voz. Alvin le pregunta por qué.

—Alvin, ¡te digo que cojas los tres millones de dólares y te vayas a Las Vegas!

Alvin le obedece, se marcha a Las Vegas, y entra en un casino.

—Alvin, ¡ve a la mesa de blackjack y juégatelo todo a una mano! — ordena la voz.

Alvin vacila, pero se rinde. Cierra con dieciocho. El crupier muestra un seis.

—¡Alvin, coge una carta!

—¿Cómo? Pero si el crupier tiene...

—¡Coge una carta!

Alvin le pide carta al

crupier y obtiene un as.  
Diecinueve. Suspira,  
aliviado.

—Alvin, coge otra  
carta.

—¿Qué?

—¡Que cojas otra  
carta!

Alvin pide otra carta.  
Otro as. Ya tiene veinte.

—Alvin, ¡coge otra  
carta! —le ordena la voz.

—¡Ya tengo veinte! —  
grita Alvin.

—¡Te digo que cojas  
otra carta! —resuena la



VOZ.

—¡Otra! —dice Alvin—.

Es otro as. ¡Veintiuno!

—¡Santo cielo, es increíble! —dice la voz atronadora.

¿A que tiene su encanto que Dios pueda sorprenderse a sí mismo?

## EL PRINCIPIO DE ECONOMÍA

Siempre ha existido, en el seno de la

filosofía, una corriente antimetafísica que ha culminado con el triunfo de la perspectiva científica a lo largo de los dos últimos siglos. Rudolph Carnap y el Círculo de Viena (que, en contra de la opinión popular, no eran un grupo disco de los setenta), llegaron al extremo de proscribir la metafísica en tanto que especulación irracional que había sido superada por la ciencia.

Rudy y los del Círculo de Viena tomaron el relevo de un teólogo del siglo XV, Guillermo de Occam, que formuló el principio de economía, también llamado «el de navaja de Occam». Este principio afirma que «la

teoría no debe ser más compleja de lo necesario», o tal como él lo enunció metafísicamente, las teorías no «deben multiplicar las entidades innecesariamente».

Supongamos que Isaac Newton, al ver caer la manzana, hubiera exclamado:

—¡Lo tengo! Las manzanas están atrapadas en un forcejeo entre los gremlins, que las empujan para arriba, y los trolls, que las empujan para abajo. ¡Y los trolls son más fuertes!

Occam le habría replicado:

—Vale, Isaac, está claro que tu teoría se aplica a todos los hechos observables pero, por favor, ¡enúnciala

de un modo más sencillo!

Carnap se hubiera mostrado de acuerdo.

Una noche, después de la cena, un niño de cinco años le pregunta a su padre:

—¿Adónde ha ido mamá?

—Mamá ha ido a una reunión de Tupperware — responde el padre.

La explicación satisface al chico por un momento, pero luego añade:

—¿Y qué es una reunión de Tupperware?

El padre imagina que lo mejor será darle una explicación sencilla.

—Pues, hijo mío —le dice—. En las reuniones de Tupperware, las señoras se sientan en círculo y se venden cuencos de plástico las unas a las otras.

El chico suelta una carcajada.

—Anda, papá, ahora en serio, dime de qué van

esas reuniones.

Lo cierto, sin embargo, es que las reuniones de Tupperware consisten en unas señoras sentadas en círculo vendiéndose cuencos de plástico las unas a las otras. Por más que los muchachos del departamento de mercadotecnia de la Tupperware, metafísicos ellos, quieran hacernos creer que es más complicado que eso.

DIMITRI: Te he hecho una pregunta simple, y me has dado diez respuestas distintas. No me resultas

de gran ayuda, la verdad.

TASSO: Si lo que quieres es ayuda, vete a ver a un asistente social. Dicen que en Esparta hay muchos.

DIMITRI: No, lo que quiero es saber qué respuesta es la verdadera.

TASSO: ¡Ajá, ahora vamos por el buen camino!

# Lógica

*Sin la lógica, la razón es fútil. Con ella, puedes ganar discusiones y alienar a las multitudes.*

DIMITRI: Hay tantas filosofías en competencia... ¿Cómo puedo saber cuál es la verdadera?

TASSO: ¿Quién dice que hay una verdadera?

DIMITRI: Ya estás otra vez con lo mismo. ¿Por qué siempre respondes a una pregunta con otra pregunta?

TASSO: ¿Te supone un problema?



DIMITRI: No sé ni por qué pregunto por qué algunas cosas son verdaderas. Como que dos y dos son cuatro. Eso es verdad, y punto.

TASSO: Pero ¿cómo puedes estar seguro?

DIMITRI: Porque soy un ateniense listo.

TASSO: Esto es otro tema. Pero la razón por la que puedes estar seguro de que dos y dos son cuatro es que la afirmación cumple con las irrefutables leyes de la lógica.

## LA LEY DE LA NO CONTRADICCIÓN

Tasso tiene razón.

Empecemos con un chiste clásico que se inspira en la lógica aristotélica.

Un rabino está presidiendo un tribunal en su pueblo. Schmuel se levanta y se defiende alegando:

—Rabino, Itzak pasa con sus ovejas por mis tierras y me estropea las cosechas. No es justo.

—¡Tienes razón! —dice el rabino.

Luego se levanta Itzaky

dice:

—Rabino, mis ovejas sólo pueden beber agua del estanque si pasan a través de sus tierras. Sin agua, morirían. Durante siglos, los pastores hemos tenido derecho de paso por las tierras que rodean el estanque, así que yo también debo tenerlo.

—¡Tienes razón! —dice el rabino.

La señora de la limpieza, que lo ha oído todo, exclama:

—Pero, rabino, ¿no pueden tener razón los dos! A lo que el rabino responde:

—¡Tienes razón!

La señora de la limpieza ha informado al rabino de que ha violado el principio aristotélico de la no contradicción, lo que para el rabino no es tan malo como violar la ley que te impide codiciar a la criada del vecino, pero casi. La ley de la no contradicción dice que no hay nada que pueda ser así y no así a la vez.

# RAZONAMIENTO ILÓGICO

El razonamiento ilógico es flagelo de filósofos pero vive Dios que puede resultar útil. Probablemente por eso esté tan extendido.

Un irlandés entra en un pub de Dublín, pide tres pintas de Guinness y bebe un sorbo de cada una por turnos, hasta que se las termina. Luego pide tres más. El barman le dice:

—¿Sabes qué? Si las

pides de una en una no se te diluirá tanto la espuma.

El hombre le responde:

—Sí, ya lo sé, pero es que tengo dos hermanos, uno está en Estados Unidos y el otro en Australia. Cuando nos separamos, nos prometimos que íbamos a beber siempre así, en recuerdo de los tiempos en que bebíamos juntos. Hay una para cada uno de mis hermanos y una para mí.

El barman está

emocionado, y le dice:

—¡Qué buen cliente!

El irlandés se hace habitual del pub, y siempre pide lo mismo.

Un día llega y pide dos pintas. Los otros clientes lo notan, y se hace el silencio en el bar. Cuando se aproxima a la barra para pedir una segunda ronda, el barman le dice:

—Amigo, te acompaño en el sentimiento. El irlandés replica:

—¡Ah, no... están

todos bien! Lo que pasa es que yo me he hecho mormón y he dejado de beber.

En otras palabras, la lógica de autoservicio también puede prestarte un servicio.

## LÓGICA INDUCTIVA

La lógica inductiva procede de las instancias particulares a las teorías generales y es el método que se utiliza



para confirmar las teorías científicas. Si observas un número suficiente de manzanas cayendo del árbol, concluirás que las manzanas caen siempre para abajo, y no para los lados. Entonces podrás formular una hipótesis más general que incluya otros cuerpos, tales como las peras. Así se efectúa el proceso de la ciencia.

No existe, en la historia de la literatura, personaje tan famoso por sus poderes de deducción como el intrépido Sherlock Holmes; aunque el modo de proceder de Sherlock no acostumbra a utilizar para nada la lógica deductiva. Se basa en la lógica inductiva. En

primer lugar, observa de antemano y cuidadosamente la situación, luego generaliza a partir de su experiencia previa, utilizando la analogía y la probabilidad, como en la siguiente historia:

Holmes y Watson se han ido de acampada. En plena noche, Holmes se despierta y le da un codazo a Watson.

—Watson —le dice—, mire al cielo y dígame qué ve.

—Veo millones de

estrellas, Holmes —  
responde Watson.

—¿Y qué conclusiones  
saca, Watson?

Watson se detiene a  
pensar.

—Bueno —dice—.  
Astronómicamente veo  
que hay millones de  
galaxias y, potencialmente,  
miles de millones de  
planetas.

Astrológicamente, observo  
que Saturno está en Leo.  
Por la hora, deduzco que  
son aproximadamente las

tres y cuarto.  
Meteorológicamente,  
sospecho que mañana  
hará un día espléndido.  
Teológicamente,  
contemplo la grandeza de  
Dios y nuestra pequeñez y  
sinsentido. Esto... ¿y  
usted qué ve?

—Watson, estúpido,  
¡que alguien nos ha robado  
la tienda!

No sabemos exactamente cómo llegó  
Holmes a su conclusión, pero tal vez  
fuera del modo siguiente:

1. Me acosté en una tienda, pero ahora puedo ver las estrellas.
2. Mi hipótesis intuitiva, basada en analogías de experiencias similares que he tenido en el pasado, es que alguien nos ha robado la tienda.
3. Al comprobar dicha hipótesis, repasemos algunas hipótesis alternativas:
  1. Tal vez la tienda sigue aquí y alguien está proyectando la imagen de las estrellas en el techo. Basándome en mi experiencia pasada de la

conducta humana y en todos los aparatos que mi experiencia me dice que deberían estar en la tienda y obviamente no están, no es probable que ésta sea la explicación.

2. Tal vez ha volado la tienda. Tampoco es probable porque mi experiencia pasada me dice que un viento tan fuerte me hubiera despertado, aunque quizá a Watson no.

3. Etcétera, etcétera, etcétera.

4. No, probablemente mi hipótesis inicial fuera la correcta. Alguien

nos ha robado la tienda.

Inducción. Años sin llamar al talento de Holmes por su nombre...

¿UN SALTO INDUCTIVO?



*«Pero ¿qué clase de ladrón  
se llevaría el cuenco del*



*perro?».*

## FALSACIÓN

PACIENTE: Esta noche he soñado que tenía a Jennifer Lopez y a Angelina Jolie en la cama, y que nos pasábamos la noche haciendo el amor.

LOQUERO: Es evidente que siente usted un profundo deseo de acostarse con su madre.

PACIENTE: ¿Cómo?  
Pero ¡si ninguna de esas  
mujeres se parece ni  
remotamente a mi madre!

LOQUERO: ¡Ajá! ¡Un  
mecanismo de defensa! Es  
evidente que está usted  
reprimiendo sus  
verdaderos deseos.

La anécdota anterior *no* es ningún chiste, es el modo en que razonan algunos freudianos. Y el problema de su razonamiento es que no existe un conjunto de circunstancias reales que

puedan falsar su teoría edípica. En su crítica a la lógica inductiva, el filósofo del siglo XX Karl Popper afirmó que, para que una teoría se sostenga, debe haber determinadas circunstancias en las que se pueda demostrar que es falsa. En el pseudochiste anterior, no existen circunstancias bajo las que el terapeuta freudiano admita dicha evidencia.

Y he aquí un chiste real que ilustra la teoría de Popper de un modo aún más certero:

Dos tipos se están haciendo el desayuno. Uno

se está untando una tostada con mantequilla y dice:

—¿Te has dado cuenta de que, si se te cae un trozo de tostada, siempre cae del lado de la mantequilla?

—No, sólo lo parece — dice el segundo tipo—. Porque cada vez que cae por el lado de la mantequilla es un fastidio limpiarlo todo. Pero me imagino que cae el mismo número de veces de un

lado que del otro.

—¿Sí? —responde el primero—. Pues mira esto. Deja caer la tostada, que cae del lado sin mantequilla.

—¿Lo ves? Ya te decía yo.

—¡Ya veo lo que ha pasado! —dice el primero—. Le he puesto la mantequilla en el lado equivocado.

Para este chico, no hay evidencia que pueda falsar su teoría.

# LÓGICA DEDUCTIVA

La lógica deductiva razona de lo general a lo particular. El argumento deductivo más rudimentario es el silogismo «Todos los hombres son mortales. Sócrates es un hombre, luego Sócrates es mortal». Lo sorprendente es lo mucho que se ha desvirtuado el argumento hasta afirmar cosas como «Todos los hombres son mortales. Sócrates es mortal, luego Sócrates es un hombre», que no sigue una coherencia lógica. Sería tanto como decir «Todos los hombres son mortales.

El hámster de mi hijo es mortal, luego el hámster de mi hijo es un hombre».

Otra de las maneras de tergiversar el argumento deductivo es partiendo de una premisa falsa.

Un viejo vaquero entra en un bar y pide un trago. Está ahí, sentado, bebiéndose su bourbon cuando una señorita se sienta junto a él. La chica se vuelve hacia el vaquero y le pregunta:

—¿Es usted un vaquero de verdad?

—Bueno —responde el vaquero—. Me he pasado la vida en un rancho, guiando manadas de caballos, reparando vallas y marcando vacas al fuego, así que supongo que sí.

—Yo soy lesbiana —dice la chica—. Me paso el día pensando en mujeres. En cuanto me levanto por la mañana, pienso en mujeres. Cuando me ducho, o veo la televisión, todo me lleva a pensar en



mujeres.

Al cabo de un rato, una pareja que está sentada junto al vaquero le pregunta:

—¿Es usted un vaquero de verdad? Y él contesta:

—Eso había pensado siempre, pero acabo de descubrir que soy lesbiana.

En su primera respuesta a la pregunta de si era un vaquero de verdad, el hombre razonó del modo siguiente:

1. Si alguien se pasa la vida haciendo cosas de vaquero es un vaquero de verdad.
2. Me paso la vida haciendo cosas de vaquero.
3. Luego, soy un vaquero de verdad.

La mujer razonó como sigue:

1. Si una mujer se pasa la vida pensando en mujeres es una lesbiana.
2. Soy una mujer.
3. Me paso la vida pensando en mujeres.
4. Luego, soy lesbiana.

Cuando el razonamiento del vaquero le lleva a la misma conclusión, parte de una premisa que, en su caso, es falsa; es decir, (2). Soy una mujer.

Sí, entendemos las objeciones, pero nunca os prometimos que la filosofía y los chistes eran lo mismo.

## EL ARGUMENTO INDUCTIVO POR ANALOGÍA

No hay nada como el argumento por analogía. Bueno, tal vez un pato. Uno de los argumentos por analogía se halla en

la respuesta a la pregunta de quién o qué creó el universo. Algunos dicen que, como el universo funciona como un reloj, debe de haber sido un relojero. Como afirmó el empirista inglés del siglo XVIII David Hume, este argumento es de lo más escurridizo, porque no existe nada perfectamente análogo al universo en su totalidad, a menos que sea otro universo, así que no deberíamos hacer pasar por el todo lo que sólo es una parte de nuestro universo. Además, ¿por qué un reloj?, se pregunta Hume. ¿Por qué no decir que el universo es análogo a un canguro? Después de todo, ambos son sistemas orgánicos

interconectados. Sin embargo, la analogía del canguro nos llevaría a conclusiones muy distintas sobre el origen del universo; algo así como que nació de otro universo después de que éste practicara el sexo con un tercer universo. Uno de los problemas fundamentales de los argumentos por analogía es la presunción de que, como algunos aspectos de  $a$  son similares a  $b$ , otros aspectos de  $b$  son similares a  $a$ . Y eso no es necesariamente así.

---

Recientemente, el  
argumento del relojero ha

vuelto a estar en cartel  
con la «teoría» del  
Diseño Inteligente, que  
propone que la  
supercomplejidad de las  
cosas de la naturaleza  
(pensemos en copos de  
nieve, globos oculares,  
quarks) demuestra que  
debe de haber un  
diseñador  
superinteligente. Cuando  
el consejo escolar de una  
escuela de Dover,  
Pensilvania, tuvo que  
responder a la acusación

de los padres por haber incluido la teoría del Diseño Inteligente en tanto que «teoría alternativa» a la evolución en su currículo escolar, el juez federal encargado del caso, John Jones III dispuso que, efectivamente, tenían que volver a la escuela. En su dictamen escrito, de un ingenio muy guasón, Jones no pudo evitar sacarle punta a algunos de los supuestamente

expertos testimonios de la defensa. Como un profesor que admitió que el argumento por analogía se había falseado, pero que «en las películas de ciencia ficción sigue funcionando». A ver... ¡que pase el testigo siguiente!

---

Otro de los problemas del argumento por analogía es que, desde distintos puntos de vista, se obtienen analogías completamente diferentes.



Tres estudiantes de ingeniería están discutiendo acerca de qué tipo de divinidad debió de diseñar el cuerpo humano.

—Dios debe de ser ingeniero mecánico —dice el primero—. Mira las articulaciones.

—Pues yo pienso que debe de ser ingeniero eléctrico —afirma el segundo—. El sistema nervioso tiene miles de conexiones eléctricas.

—En realidad, es un

ingeniero de caminos —  
asegura el tercero—.  
¿Quién, si no, sería capaz  
de hacer pasar una tubería  
de vertidos tóxicos a  
través de un área de  
recreo?

En definitiva, los argumentos por analogía no son muy satisfactorios. No proporcionan el tipo de certidumbre que nos complacería cuando se trata de creencias básicas de nuestra existencia como la existencia de Dios. No hay nada peor que la mala analogía de un filósofo, excepto, quizá, la de un alumno de

instituto. Echadle un vistazo a los resultados del «Concurso de analogías escritas en trabajos de instituto» que convoca *The Washington Post*:

- Separados largo tiempo por un cruel destino, los malhadados amantes cruzaron el césped corriendo el uno hacia el otro como trenes de carga, uno de los cuales había salido de Cleveland a las 18.36 horas a 90 km/h y el otro de Topeka, a las 19.47 horas a una velocidad de 60 km/h.
- John y Mary no se conocían. Eran como dos colibríes que tampoco se

habían conocido.

- La barquita surcaba plácidamente el estanque, exactamente como no lo haría la bola de una bolera.
- Del ático surgió un aullido sobrenatural. Toda la escena tenía algo escalofriante y surreal, como cuando estás de vacaciones en otra ciudad y ponen *Jeopardy*<sup>[2]</sup> a las siete y no a las siete y media.

## LA FALACIA *POST HOC* *ERGO PROPTER HOC*

En primer lugar, cuatro cosas sobre el

uso social del término: en algunos círculos, cuando se dice profiriendo una mueca, esta frase te puede hacer de lo más popular en las fiestas. Curiosamente, el efecto es precisamente el contrario cuando se dice en simple castellano: «después de, por lo tanto, a causa de». Imagínate...

La frase describe el error de dar por hecho que, como una cosa sigue a otra, ésta está causada por aquélla. Por motivos obvios, esta falsa lógica prolifera en los discursos sociopolíticos, en argumentaciones como «La mayoría de la gente que se engancha a la heroína empezó con la

marihuana». Es cierto, pero una mayoría aún más amplia empezó con la leche.

El *post hoc* hace que la vida sea más entretenida en algunas culturas: «El sol sale cuando el gallo canta, así que el canto del gallo debe ser lo que hace que salga el sol». ¡Gracias, gallo! O, como decía una colega:

Cada mañana, salía al quicio de la puerta y exclamaba:

—¡Que esta casa esté a salvo de los tigres!

Y se volvía para adentro.

Finalmente, un día le dijimos:

—Pero ¿de qué va esto? Si no hay ni un tigre a miles de kilómetros a la redonda...

Y ella respondió:

—¿Lo veis? ¡Funciona!

Los chistes sobre el *post hoc* se han multiplicado en relación proporcional a las decepciones humanas.

Un viejo caballero judío  
se casa con una joven

damisela, y están muy enamorados. No obstante, pese a los esfuerzos del marido en la cama, ella no llega al orgasmo. Como las esposas judías tienen derecho al placer sexual, deciden pedirle consejo al rabino. El rabino escucha su historia, se mesa la barba, y les sugiere lo siguiente:

—Buscad a un joven fuerte y apuesto. Pagadle para que, mientras estéis haciendo el amor, os haga



señas con una toalla. Esto ayudará a la esposa a fantasear y le ocasionará un orgasmo.

Se marchan a casa y siguen el consejo del rabino. Contratan a un joven agraciado, que les hace señas mientras ellos se aplican a hacer el amor. Pero no les funciona, y ella sigue insatisfecha.

Perplejos, vuelven al rabino.

—De acuerdo —le dice el rabino al marido—.

Probemos al revés. Que el muchacho le haga el amor y tú agitas la toalla.

Una vez más, escuchan el consejo del rabino. El joven se mete en la cama con la esposa, y el marido les hace señas con la toalla. El muchacho se pone a la tarea con empeño y, al cabo de poco, la mujer tiene un orgasmo increíble y suelta un grito impresionante.

El marido sonrío, mira al chico y le dice:

—¡Para que veas,  
imbécil! ¡Así se agita una  
toalla!

De acuerdo, el último sobre el *post hoc*. Lo prometemos.

Un octogenario que  
está en un asilo se cruza  
por el pasillo con una  
anciana que lleva unos  
pantalones *capri* de un  
rosa chicle y le dice:

—¡Hoy es mi  
cumpleaños!

—¡Fantástico! —  
responde ella—. ¿A que te  
digo exactamente la edad  
que tienes?

—¿Sí? ¿Cómo?

—Muy fácil —responde  
la señora—. Bájate los  
pantalones.

El hombre se baja los  
pantalones.

—Vale —le dice—.  
Ahora bájate los  
calzoncillos.

El hombre hace lo que  
le ordenan, la dama le  
acaricia un poco y le dice:

—¡Tienes ochenta y dos!

—¿Cómo lo has adivinado? —pregunta él.

—Me lo dijiste ayer — responde ella.

El anciano ha caído en el truco más viejo de la historia, el del *post hoc ergo propter hoc* o «después de que ella lo palpara, luego dado que le palpó»... la parte del *propter* es la que nos pierde siempre.

En general, el *post hoc ergo propter hoc* nos llama a engaño porque no nos damos cuenta de que la que opera es

otra causa.

A un chico de Nueva York le llevan sus primos por los pantanos de Luisiana.

—¿Es verdad que si llevas linterna no te atacan las águilas? —pregunta el chico de ciudad.

—Depende de la velocidad a la que transportes la linterna — responde el primo.

El chico de ciudad tomó la linterna como *propter* cuando no era sino un complemento.

## LA FALACIA DE MONTECARLO

Los jugadores de apuestas identificarán rápidamente la falacia de Montecarlo. Habrá a quienes les sorprenda enterarse de que es una falacia. Algunos la conocerán como la estrategia de Montecarlo. En realidad, muchos crupieres la usan.

Sabemos que la ruleta tiene la mitad de compartimentos negros y la mitad rojos, con un 50 por ciento de posibilidades de que se detenga en un compartimento rojo. Así, si le damos seis veces a la ruleta y se detiene seis veces en uno negro, pensamos que la suerte está de nuestro lado si apostamos a rojo. Si hacemos girar la ruleta, pongamos, mil veces —y si la ruleta no está trucada o estropeada—, debería detenerse quinientas veces en el rojo. De modo que, si se le da a la ruleta seis veces y se detiene seis veces en el rojo, caemos en la tentación de decir que nos es favorable si, a la séptima, cae de



nuevo en el rojo. «Tiene que» ser rojo, ¿verdad? Pues no. La rueda tiene exactamente el mismo 50 por ciento de posibilidades de detenerse en el rojo a la séptima que en cualquier otra tirada. Y eso se verificará por más veces que hayan salido las negras.

He aquí un sabio consejo basado en la falacia de Montecarlo:

Si vas a volar en una línea comercial, llévate una bomba, por cuestión de seguridad... Por un cálculo de probabilidades, es prácticamente imposible

que haya dos personas con una bomba en el mismo avión.

## ARGUMENTO CIRCULAR

Un argumento circular es un argumento en el que la evidencia de una proposición contiene esa misma proposición. A menudo, la argumentación circular puede ser un chiste en sí misma, sin más adornos.

Era otoño, y los indios

de la reserva le preguntaron a su nuevo jefe si el invierno iba a ser muy duro. Educado en los métodos del mundo moderno, al jefe no le habían enseñado los viejos secretos y no tenía modo alguno de saber si el invierno iba a ser frío o no. Para curarse en salud, aconsejó a la tribu que hiciera un buen acopio de madera y se preparara para un invierno frío. Algunos días después,

tuvo la ocurrencia tardía de pedir consejo práctico, llamó al servicio de meteorología nacional y les preguntó si predecían un invierno muy duro. El meteorólogo le respondió que, efectivamente, creía que el invierno iba a ser duro. El jefe aconsejó a los miembros de la tribu que fueran a buscar mucha más leña.

Un par de semanas después, el jefe llamó de nuevo al servicio

meteorológico.

—¿Le sigue pareciendo que el invierno va a ser duro? —preguntó el jefe.

—Naturalmente — respondió el meteorólogo —. Va a ser un invierno francamente duro.

El jefe instó a los miembros de la tribu a que recogieran cualquier trozo de madera, por pequeño que fuera. Un par de semanas después, el jefe llamó a los meteorólogos y les preguntó cómo les

parecía entonces que iba a ser el invierno.

El técnico le dijo:

—¡Nuestra previsión actual es que será uno de los inviernos más fríos de todos los tiempos!

—¿De verdad? — preguntó el jefe—. ¿Cómo están tan seguros?

A lo que el meteorólogo replicó:

—¡Los indios están recogiendo leña como locos!

La evidencia en la que se basaba el jefe para pedirle a la tribu que cortara más leña es que estaban cortando más leña. Por desgracia, estaba utilizando una sierra circular.

ARGUMENTO A PARTIR  
DEL RESPETO A LA  
AUTORIDAD FALACIA  
DEL «*ARGUMENTUM AD  
VERECUNDIAM*»

El argumento del respeto a la autoridad es uno de los favoritos del jefe. Citar el

principio de autoridad como base de sus argumentos no es una falacia lógica en sí misma; la opinión de un experto es una evidencia legítima, además de otras. Lo que resulta falaz es utilizar el respeto a la autoridad como única confirmación de tu proposición, pese a las convincentes evidencias de lo contrario.

Ted se encuentra con su amigo Al y exclama:

—¡Hombre, Al, había oído que habías muerto!

—Pues no parece —se ríe Al—. ¡Como ves, estoy bastante vivo!



—No puede ser —  
responde Ted—. El tipo  
que me lo dijo era mucho  
más de fiar que tú.

Lo que siempre está en juego en los  
argumentos de autoridad es de quién  
acepta uno que su autoridad es legítima.

Un hombre entra en  
una tienda de animales y  
pide que le enseñen los  
loros. El propietario le  
muestra dos ejemplares  
espléndidos.

—Éste vale cinco mil dólares y el otro diez mil —le dice.

—¡Caramba! —replica el comprador—. ¿Qué hace el de cinco mil?

—Este loro canta todas las arias que escribió Mozart —le informa el propietario de la tienda.

—¿Y el otro?

—El otro canta todo el ciclo de *El Anillo del nibelungo* de Wagner. Aunque tenemos ahí a otro loro que cuesta treinta mil

dólares.

—¡Santo cielo! ¿Y ése qué hace?

—Que yo sepa, nada, pero los otros lo llaman ¡maestro!

Según nuestras autoridades, algunas autoridades tienen mejores credenciales que otras; el problema surge cuando la otra parte no acepta dichas credenciales.

Cuatro rabinos  
acostumbraban a discutir  
de teología, y tres de ellos

estaban siempre de acuerdo contra el cuarto. Un día, el cuarto rabino, cansado de perder siempre en las discusiones contra los otros tres, decidió apelar a la autoridad de una instancia superior.

—¡Oh, Dios mío! — exclamó—. ¡En el fondo de mi corazón sé que yo estoy en lo cierto y que los demás se equivocan! ¡Por favor, mándame una señal para que pueda

probárselo!

Era un día bonito y soleado. En cuanto el rabino acabó de recitar sus plegarias, un nubarrón cruzó el cielo y se colocó sobre los cuatro rabinos. Retumbó una vez y desapareció.

—¡Es una señal divina!  
¿Lo veis? ¡Tengo razón, lo sabía!

Pero los otros no dieron su brazo a torcer, aduciendo que, incluso en los días más espléndidos,

se formaban nubarrones.

Así que el rabino rezó de nuevo.

—Oh, Dios mío, necesito una señal más grande para demostrarles que tengo la razón y ellos no. ¡Te lo ruego, Señor, una señal más grande!

En esta ocasión, aparecieron cuatro nubarrones, se precipitaron unos sobre otros hasta formar un nubarrón muy grande, y un relámpago partió en dos

un árbol de una colina cercana.

—¡Ya os dije que tenía razón! —gritó el rabino, pero sus amigos insistieron en que no había ocurrido nada que no se pudiera explicar por causas naturales.

El rabino estaba meditando las palabras con las que rogarle a Dios que le mandara una señal muy, muy grande, pero en cuanto dijo: «Oh, Dios mío...», el cielo se puso

gris como panza de burra, la tierra se sacudió y una voz profunda y atronadora pronunció: «¡Él tieeeeeene razón!».

El rabino se puso en jarras, se volvió hacia los demás y les dijo:

—¿Y ahora, qué?

—¿Qué de qué? — respondió uno de los otros rabinos, encogiéndose de hombros—. Ahora somos tres contra dos.



# LA PARADOJA DE ZENÓN

Una paradoja es un razonamiento profundo en apariencia, basado en presunciones aparentemente válidas, que conduce a una contradicción o a otra conclusión obviamente falsa. Esto mismo dicho de otro modo, podía ser la definición de un chiste o, al menos, de la mayoría de los chistes que aparecen en este libro. Hay algo absurdo en las cosas verdaderas y lógicas que nos pueden llevar a sacar conclusiones falsas, y lo absurdo es divertido. Cuando ocupamos nuestra mente con dos

ideas mutuamente contradictorias nos entra la risa. Además, y mucho más importante, si eres capaz de contar una buena paradoja, las risas de tus contertulios te convertirán en el amo de la fiesta.

Hablando de sostener dos ideas mutuamente exclusivas simultáneamente, el rey indiscutible es Zenón de Elea. ¿Sabéis la historia de la carrera entre Aquiles y la tortuga? Naturalmente, Aquiles puede correr más que la tortuga, así que le da una buena ventaja. Cuando suena el disparo —o, como solían decir en el siglo I d.C., cuando cae la jabalina — el primer objetivo de Aquiles es

llegar al punto en que empezó la tortuga. Naturalmente, para entonces la tortuga ha avanzado muy poquito. Así que, ahora, Aquiles tiene que llegar a *ese* punto. Cuando llega, la tortuga ha avanzado. Por más que Aquiles logra llegar al punto en el que estaba anteriormente la tortuga, por más que llegue un número infinito de veces allá, Aquiles nunca la alcanzará, aunque se le acerque mucho. A la tortuga le basta con no pararse para ganar la carrera.

De acuerdo, Zenón no es tan divertido como Jay Leno<sup>[3]</sup> u otros presentadores, pero no está mal para ser un filósofo del siglo V a.C. Aunque, si

bien un monologuista contemporáneo diría: «Como este gag, tengo cientos», Zenón sólo tenía cuatro. Otro era su paradoja del atletismo.

Para llegar al final de pista, el corredor debe completar una serie de etapas. Tiene que correr hasta la mitad; luego tiene que correr de la mitad hasta la distancia restante; luego del centro hasta la distancia restante, etc., etc. Teóricamente hablando, como tiene que llegar un número infinito de veces hasta las mitades, nunca puede llegar a la meta. Aunque, naturalmente, llega. Eso lo vio hasta Zenón. Este viejo chiste podría ser, aunque no lo es, otra de sus

salidas cómicas:

VENDEDOR: Señora,  
esta aspiradora le ahorrará  
la mitad del trabajo.

SEÑORA: ¡Fantástico!  
Pues póngame dos.

Este chiste tiene un detalle muy curioso. La paradoja de la carrera va en contra del sentido común y, aunque no le hallemos el defecto, sabemos que *algo* no funciona. No obstante, en el chiste de la aspiradora el razonamiento de Zenón no es, en absoluto, paradójico. Si el

objetivo de la mujer es no dedicarle nada de tiempo a la limpieza, no hay número de aspiradoras (ni de gente que realice la tarea con ella) que le ahorre tener que hacerlo. Aspirar con dos aparatos significará que limpiar la alfombra le llevará tres cuartas partes del tiempo que antes; con tres, cinco sextos del tiempo inicial; y así, hasta que el número de aspiradoras se eleve al infinito.

## PARADOJAS LÓGICAS Y SEMÁNTICAS

La madre de todas las paradojas semánticas era la paradoja de Russell, llamada así porque su autor fue el filósofo inglés del siglo XX Bertrand Russell. Dice lo siguiente: «¿Es el conjunto de todos los conjuntos que no son miembros de sí mismos miembro de sí mismo?». Esta paradoja es la monda; siempre, claro, que seas licenciado en exactas. Pero, espera. Afortunadamente, dos otros lógicos del siglo XX, Grelling y Nelson, concibieron una versión más accesible de la paradoja de Russell. Se trata de una paradoja semántica que se basa en el concepto de las palabras que se refieren a sí mismas.

Dice así: existen dos tipos de palabras, las que se refieren a sí mismas (autológicas) y las que no (heterológicas). Algunos ejemplos de palabras autológicas son «corto» (que es una palabra corta), «polisilábico» (que tiene varias sílabas). Monosilábico (una palabra que tiene mucho más que una sílaba) es un ejemplo de palabra heterológica. La pregunta es: ¿la palabra «heterológico» es autológica o heterológica? Si es autológica, entonces es heterológica. Y, si es heterológica, entonces es autológica. ¿A que tiene gracia?

¿No la tiene? Pues he aquí otro caso



en el que convertir un concepto filosófico en una historia divertida lo deja aún más claro:

Había un pueblo en el que el único barbero — que, a la sazón, era un hombre— afeitaba a todos los lugareños, y sólo a los lugareños que no se afeitaban solos. ¿Se afeitaba el barbero a sí mismo?

Si lo hace, la respuesta es sí. Si no

lo hace, la respuesta también es sí.

Pues ésta es la paradoja de Russell en su versión para fiestas.

No acostumbramos a colarnos en los lavabos de señoras, por lo que no podemos saber a ciencia cierta lo que ocurre ahí dentro, pero sabemos que a los lectores masculinos les sonarán las paradojas que se suelen hallar escritas en las paredes de los lavabos, especialmente en los institutos. Son paradojas lógico-semánticas que pueden colocarse en pie de igualdad con las de Russell o las Grelling y Nelson, sólo que más concisas. ¿Te acuerdas de ésta? ¿Te acuerdas de dónde estabas sentado?

Verdadero o falso:  
«Esta frase es falsa».

O

Si un hombre intenta  
errar, y lo consigue ¿qué  
diremos que ha hecho?

Date el gusto de escribir «¿La  
palabra “heterológico” es heterológica o  
autológica?» en las paredes del urinario  
la próxima vez que lo visites. Es un  
grafito con mucha clase.

DIMITRI: Gracioso. Pero ¿qué tiene todo esto que ver con la respuesta a las Grandes Preguntas?

TASSO: Bueno, pongamos que vas de visita al oráculo de Delfos y le preguntas: «¿De qué va todo esto, Delfi?», y él te responde: «La vida es una merendola, todas las merendolas son divertidas; así que la vida es divertida». La lógica te da temas de los que charlar.

# Epistemología

## Teoría del conocimiento

*¿Cómo sabes que sabes lo que piensas que sabes? Si optas por la respuesta: «Simplemente, lo sé», todo lo demás es epistemología.*

DIMITRI: Ahora me siento mucho mejor, Tasso. La lógica me ha parecido un tanto sosa, así que lo demás debe de ser como una merendola en la acrópolis.

TASSO: ¿Qué acrópolis?

DIMITRI: ¡Pues ésa, la que tienes ante tus ojos! Tío, tal vez deberías dejar de tomar tanto orujo...

TASSO: Ya, pero ¿es la acrópolis o algo que tú crees que es la acrópolis? ¿Cómo sabes que es real? Por cierto, ¿cómo sabes que cualquier cosa es real?

DIMITRI: La siguiente ronda la pago yo...

## RAZÓN CONTRA REVELACIÓN

¿Cómo podemos pues *saber* algo, si en realidad no sabemos nada?

Durante la Edad Media, la cuestión de si la revelación divina triunfa sobre la razón como fuente del conocimiento humano, o viceversa, estaba de lo más candente.

Un hombre se cae a un pozo muy profundo y baja cien metros a plomo antes de poder agarrarse a una rama que sobresale y detener su caída. Va perdiendo fuerzas, cada vez le resulta más difícil

sujetarse y, en su desesperación, grita:

—¿Hay alguien ahí?

Mira hacia arriba y sólo logra ver un círculo de cielo. De pronto, se abren las nubes y surge un haz de luz que le ilumina. Se oye el rugido de una voz profunda que dice:

—Eh, tú, soy el Señor, suéltate de la rama, que te salvo.

El hombre pondera por un momento sus palabras y grita:



## —¿Hay alguien más?

Estar colgado de una rama tiende a inclinar la balanza hacia la razón.

En el siglo XVII, René Descartes prefirió la razón a las fuentes de conocimiento divino. Se acabó conociendo como el proceso de optar por Descartes, antes que por la fuente.

Descartes probablemente deseó no haber dicho jamás «*Cogito, ergo sum*» («Pienso, luego existo»), porque es lo que se le viene a la cabeza a todo el mundo cuando piensa en él. Eso, y el hecho de que cuando lo dijo estaba

sentado dentro de un horno de pan. Por si no fuera bastante, su «*Cogito*» ha sido objeto de constantes malas interpretaciones en el sentido de que Descartes consideraba que pensar era la característica esencial del ser humano. Bueno, sí que lo pensaba, pero eso no tiene nada que ver con el *Cogito, ergo sum*. Descartes llegó a la formulación del «*Cogito*» a través de un experimento de duda metódica y radical que le debía conducir a la certeza de algo de lo que pudiera estar seguro, es decir, algo de lo que no cupiera duda alguna. Empezó por dudar de la existencia del mundo exterior. Eso no le planteó grandes

dudas. Es posible que estuviera soñando o alucinando. Luego, intentó dudar de su propia existencia. Pero, por más que dudaba, se volvía a topar con el hecho de que había alguien que dudaba. ¡Y ése debía ser él! No podía dudar del hecho de que dudaba. Si hubiera empezado diciendo «*Dubito, ergo sum*» se habría ahorrado ser objeto de muchas malas interpretaciones posteriores.

Todos los jueces estadounidenses que presiden pleitos criminales piden a los jurados que repitan el proceso de Descartes que consiste en buscar certezas comprobando las afirmaciones del abogado de la defensa con relación a

un estándar casi tan elevado como el de Descartes. La pregunta a la que se enfrenta Descartes no es idéntica a la del jurado; el juez no pregunta si el alegato de la defensa se presta a alguna duda, sino si está sujeta a una duda razonable. Pero, incluso esa mínima exigencia, impone al jurado un proceso de experimentación mental similar —y casi igual de radical— que aquel al que se sometió Descartes.

Un abogado tuvo que defender a un acusado de homicidio. Muchas pruebas le señalaban como

culpable, pero el cuerpo del delito no había aparecido. El abogado decidió recurrir a una estratagema.

—Señoras y señores del jurado —dijo—. Les tengo reservada una sorpresa, y es que, dentro de breves instantes, la persona presuntamente muerta aparecerá por esa puerta.

Señalando la puerta, fijó sus ojos en ella. Los miembros del jurado,

atónitos, también la miraban impacientes. Transcurrió un minuto. No pasó nada. Finalmente, el abogado dijo:

—En realidad, lo de que el muerto va a entrar de un momento a otro me lo he inventado. Pero todos han mirado hacia la puerta, anhelantes. Por lo tanto, no puedo sino señalarles que existe una duda razonable respecto al hecho de que hayan matado a alguien, y debo

insistir en que opten por el veredicto de «No culpable».

El jurado se retiró a deliberar. Al cabo de un rato, regresaron a la sala y comunicaron que su veredicto era «Culpable».

—Pero ¿cómo es posible? —bramó el abogado—. Deben de haber dudado. He visto cómo todos miraban hacia la puerta.

El presidente del jurado respondió:

—Sí, sí, nosotros hemos mirado hacia la puerta, pero su cliente no.

## EMPIRISMO

Según el obispo empirista del siglo XVIII George Berkeley, «*Esse est percipii*» («Ser es ser percibido»), lo que equivale a afirmar que el que damos en llamar mundo objetivo es producto de nuestra mente. Berkeley sostenía que el único conocimiento posible de nuestro mundo es el que nos llega a través de los sentidos. (Los filósofos llaman «datos



procedentes de los sentidos» a este tipo de información). Más allá de esos «datos de los sentidos», afirmó Berkeley, no podemos inferir ninguna otra cosa, tal como la existencia de sustancias que son el origen de las vibraciones que estimulan nuestros sentidos. Sin embargo, el buen obispo llegó al extremo de inferir que los datos de los sentidos debían de proceder de alguna parte, y que esa «alguna parte» debía ser Dios. Básicamente, la idea de Berkeley consiste en un dios que está entrando datos en un sitio web cósmico al que todos estamos conectados las veinticuatro horas de los siete días de la

semana. (¡Y nosotros que pensábamos que Dios libraba los domingos!).

Cuenta la historia que cuando le explicaron la teoría del «*Esse est percipii*» a un contemporáneo de Berkeley, el doctor Samuel Johnson, éste le pegó una patada a un amarradero de caballos y exclamó: «¡Ésta es mi refutación de la teoría del obispo Berkeley!».

A Berkeley, le hubiera parecido un gag. La patada, y el dolor que debió de sentir Johnson en el dedo gordo, no hacían sino probar que Dios estaba atento a la tarea de enviar datos de los sentidos coordinados con el tal doctor:

primero, la sensación de que el movimiento del pie colisionaba con algo, seguida inmediatamente por la sensación de dolor.

Las cosas se complican cuando la fuente de nuestros datos de los sentidos es otro ser humano:

Un hombre está preocupado porque su mujer se está quedando sorda, y decide consultar a un médico. El médico le sugiere que realice una prueba muy simple con ella cuando estén en casa: que

se coloque detrás y le pregunte algo, primero desde lejos, luego a unos tres metros y finalmente muy cerca de ella.

El hombre llega a casa y ve a su mujer trasteando en la cocina, cara a los fogones.

—¿Qué hay para cenar? —pregunta desde la puerta. No hay respuesta.

—¿Qué hay para cenar? —repite después de aproximarse un poco.

Sigue sin haber respuesta. Finalmente, se coloca justo detrás de ella y pregunta:

—¿Qué hay para cenar? La mujer se vuelve y grita:

—Por tercera vez:  
¡pollo!

Está claro que esa pareja tenía un problema muy serio de interpretación de los datos recibidos a través de los sentidos.

# MÉTODO CIENTÍFICO

Hoy en día, consideramos que el hecho de que todo conocimiento sobre el mundo exterior nos llega a través de los sentidos es de fácil deducción. Pero no siempre fue así. Muchos de los filósofos de tiempos pasados postularon la existencia de unas ideas innatas en nuestras mentes: ideas a priori, es decir previas a la experiencia. Algunos creían que nuestra idea de Dios era innata; otros afirmaron que la idea de causalidad también es innata.

Incluso en la actualidad, cuando

alguien dice «Todo ocurre por algún motivo» o «Creo en la reencarnación» es una afirmación que no puede ratificarse ni descartarse a partir de la experiencia. No obstante, la mayoría de nosotros acepta que la mejor evidencia de la verdad de una afirmación acerca del mundo exterior es la experiencia sensorial y, en este sentido, todos somos empiristas. Siempre y cuando, claro está, no seamos el rey de Polonia. La excepción que confirma la regla:

El rey de Polonia y un  
séquito de duques y  
condes salieron en

comitiva a una cacería real de alces. Justo cuando se estaban aproximando al bosque, un siervo salió corriendo de detrás de un árbol, haciendo aspavientos con los brazos y gritando:

—¡No soy un alce! ¡No soy un alce!

El rey le apuntó con su escopeta y disparó al siervo al corazón, causándole una muerte instantánea.

—Señor —dijo un



duque—, ¿qué habéis hecho? ¿Acaso no os ha dicho que no era un alce?

—¡Ay, pobre de mí! —respondió el rey—. Creí que había dicho «¡Yo soy un alce!».

Bien, pasemos ahora a comparar al rey con un destacado científico.

Un científico y su mujer salen a dar una vuelta en coche por el campo.

—¡Ay, mira! —dice la

mujer—. ¡Han esquilado a esa oveja!

—Sí. De este lado, sí —responde el científico.

A primera vista cabría decir que la esposa sólo está expresando una opinión fruto del sentido común, mientras que el científico se muestra más cauto, más científico, en tanto en cuanto se niega a ir más allá de la evidencia de sus sentidos. Pero nos equivocaríamos. En realidad, la que ha formulado lo que la mayoría de los científicos considerarían la hipótesis más científica es la mujer. La «experiencia» de los empiristas no

está restringida a la experiencia puramente sensorial. Los científicos utilizan sus experiencias previas para calcular las probabilidades e inferir enunciados más generales. Lo que está diciendo la mujer es: «Lo que estoy viendo es una oveja esquilada, al menos por este lado. A partir de mi experiencia anterior, sé que, por lo general, los granjeros no esquilan a las ovejas por un solo lado y, aunque éste lo hubiera hecho, la probabilidad de que la oveja se coloque en la ladera de la colina de modo que sólo se vea el lado esquilado es infinitesimal. Por lo tanto, me siento lo bastante segura como para afirmar:

“A esta oveja la han esquilado del todo.”».

Cabe presumir que el científico del chiste es un genio algo malogrado por tanto estudio. Aunque lo habitual es que cuando alguien es incapaz de extrapolar conocimientos a partir de su experiencia anterior le tachamos de pirado o, como dirían en la India, de sij.

Un oficial de policía de Nueva Delhi está entrevistando a tres sijis que se están preparando para ser detectives. Para comprobar sus habilidades

para el reconocimiento de los sospechosos, le muestra una foto al primer sij durante cinco segundos y luego la oculta.

—Éste es tu sospechoso. ¿Cómo lo reconocerías?

—¡Fácil! —responde el sij—. Lo cogéramos enseguida porque sólo tiene un ojo.

—¡Sij! —le regaña el oficial—. ¡Eso es porque la fotografía que te he enseñado es de perfil!

A continuación, el oficial le enseña la fotografía al segundo sij durante cinco segundos y le dice:

—Éste es tu sospechoso. ¿Cómo lo reconocerías?

—Bah... —responde el segundo sij—. ¡Pillar a éste está tirado, porque sólo tiene una oreja!

—Pero ¿se puede saber qué os pasa? —dice el oficial airado y sin comprender nada—. ¡Claro que sólo veis un ojo y una

oreja, porque la foto es de perfil! ¿Eso es todo lo que se os ocurre?

Al borde del desaliento, le muestra la fotografía al tercer sij y, en un tono de lo más irritado, le pregunta:

—Éste es tu sospechoso. ¿Cómo lo reconocerías?

—El sospechoso lleva lentillas —responde el tercer sij después de mirar la foto detenidamente.

Al oficial le coge

desprevenido la respuesta porque no tiene ni idea de si el sospechoso lleva, o no, lentillas.

—Bueno, una respuesta interesante — dice—. Espera un momento que voy a consultar su ficha y te digo algo.

Se marcha de la sala, entra en su oficina, consulta la ficha policial del sospechoso en el ordenador, y regresa con una sonrisa.



—¡Caramba! —dice—.  
Parece increíble pero ¡es  
verdad! ¡El sospechoso  
lleva lentillas! Buen trabajo.  
¿Cómo has llegado a esa  
conclusión tan astuta?

—Muy fácil —dice el sij  
—. Este hombre no puede  
llevar gafas porque sólo  
tiene una oreja y un ojo.

El triunfo del empirismo en la epistemología occidental se refleja en el hecho de que partimos automáticamente de la presunción de que es el método de verificación que utiliza todo el mundo:

Tres mujeres están en los vestuarios de una pista de squash cambiándose para jugar cuando entra un hombre que sólo lleva una bolsa en la cabeza.

—Mi marido no es — dice la primera mujer después de mirarle el pito.

—No, no es tu marido —afirma la segunda.

—Ni siquiera es miembro de este club — asegura la tercera.

Aun así, y a pesar del triunfo del empirismo y la ciencia, son muchos los que siguen interpretando algunos hechos insólitos como milagrosos, y no como el resultado de causas naturales. David Hume, el escéptico empirista escocés, dijo que la única base racional para creer que un hecho es milagroso es que todas las explicaciones alternativas sean aún más improbables. Pongamos que existe un hombre que afirma que tiene un ficus en su casa que canta las arias de *Aida*. ¿Qué es más improbable, que el ficus haya violado todas las leyes de la naturaleza, o que el hombre esté como una regadera, mienta o se haya puesto

hasta las cejas de hongos alucinógenos? La respuesta de Hume sería (parafraseándole): «¡Venga ya!». Dado que las posibilidades de que el hombre se haya llamado a engaño o exagere un poco son siempre mayores que las posibilidades de que se hayan violado las leyes de la naturaleza, no cabría para Hume circunstancia alguna en la que fuera racional concluir que se trata de un milagro. Aparte de que es un hecho conocido que, en materia de ópera, a los ficus les gusta mucho más Puccini que Verdi.

Resulta interesante señalar que, en la siguiente historia, Bill, aparentemente un

estudioso de Hume, comprueba un presunto milagro. Aunque, al final, llega a la conclusión de que la explicación alternativa es aún más inverosímil:

Un día Bill le cuenta a un amigo que le duele mucho el codo. Su amigo le aconseja que acuda a un *swami* que vive en una cueva cercana.

—Déjale una muestra de tu orina en la puerta de la cueva. Él meditará, realizará un diagnóstico milagroso del origen de tu

problema, y te dirá qué debes hacer. Sólo cuesta diez dólares.

Bill piensa que no tiene nada que perder, así que llena un tarro con su orina y lo deja junto a la puerta de la cueva, sobre un billete de diez dólares. Al día siguiente, cuando regresa, hay una nota esperándole en la que dice: «Tienes el síndrome del codo del tenista. Sumerge el brazo en agua caliente. Evita levantar

peso y en dos semanas se habrá curado».

Esa misma tarde, Bill empieza a pensar que el «milagro» del *swami* puede tratarse de una jugarreta de su amigo, que ha escrito la nota y se la ha dejado a la puerta de la cueva. Decidido a darle su merecido, mezcla agua del grifo, restos de lo que su perro suele dejar en el jardín y muestras de orina de su esposa y su hijo. Para rematarlo, añade una

muestra de otro de sus fluidos corporales y deja la pócima a la puerta de la cueva con otro billete de diez dólares. A continuación, llama a su amigo y le cuenta que, como no andaba muy bien de salud, le ha dejado otra muestra de orina al *swami*.

Al día siguiente, regresa a la cueva y hay otra nota en la que dice: «El agua del grifo de tu casa tiene demasiada cal. Cómprate un filtro. Tu



perro tiene parásitos intestinales. Dale vitaminas. Tu hijo está enganchado a la cocaína. Llévale a rehabilitación. Tu mujer está preñada de gemelos. Son dos niñas y no son tuyas. Búscate un abogado. Y deja de darle al placer solitario, porque si no, el codo de tenista no se te va a curar en la vida».

Aunque lo habitual es que en los chistes —igual que en filosofía—

prevalezca la interpretación escéptica.

El viejo «doctor» Bloom, propietario de la ferretería del pueblo, es famoso por sus milagrosas curas de la artritis. Hay una larga cola de «pacientes» esperando a la puerta de su establecimiento cuando se aproxima una ancianita que camina lentamente, jorobada, totalmente encorvada sobre su bastón.

Cuando le toca el turno a ella, entra en la trastienda de la ferretería y, al cabo de media hora, ¡sale completamente erguida y con la cabeza bien alta!

Una mujer que está esperando en la cola grita:

—¡Es un milagro!  
¡Cuando ha entrado andaba jorobada y ahora va perfectamente erguida!  
¿Qué le ha hecho el doctor?

Y la mujer responde:

—Me ha dado un bastón más largo.

Un ciego puede, obviamente, ser tan empirista como cualquiera, por más que la información visual no forme parte de su experiencia:

Es la Pascua judía, y un muchacho judío está almorzando en un banco de un parque. Un ciego se sienta junto a él, y el muchacho le ofrece compartir su almuerzo: un

rugoso pedazo de *matzá* (pan ácimo) con que se conmemora la salida del pueblo judío de Egipto. El ciego lo acepta. Le pasa los dedos de las dos manos por encima durante un rato y dice:

—Pero ¿quién ha escrito esta guarrada?

El hombre de la siguiente historia comete el absurdo error de presumir que un ciego carece de otros medios de verificación sensorial:

Un hombre entra en un bar con su perro y pide una consumición.

—¡Este perro no puede estar aquí! —le dice el camarero.

—Es mi perro lazarillo —responde el hombre sin perder la compostura.

—Ay, perdone —dice el barman—. Lo siento, a la primera copa le invita la casa.

El hombre coge su bebida y se va a una mesa cercana a la puerta.

Otro hombre entra en el bar con un perro.

El primer hombre le dice:

—No puedes entrar con el perro, a menos que le digas al barman que es tu perro lazarillo.

El segundo hombre le agradece cordialmente la información, se acerca a la barra y pide una bebida.

—¡Eh, ese perro no puede estar aquí! —le dice el camarero.

—Es mi perro lazarillo

—responde el hombre.

—No creo —dice el camarero—. Los chihuahuas no son perros lazarillos.

El hombre reflexiona un momento y exclama:

—¿Cómo? ¿Me han dado un chihuahua?

## IDEALISMO ALEMÁN

¡Venga ya! Un objeto tiene que estar constituido por algo más que datos de los sentidos. Tiene que haber algo más.



El filósofo alemán del siglo XVIII Immanuel Kant así lo creía. Leyó a los empiristas ingleses y dijo, literalmente, que despertó de su modorra dogmática. Kant partía de que nuestra mente es capaz de proporcionarnos certezas relativas a cómo es el mundo. Pero los empiristas habían demostrado que, dado que nuestro conocimiento del mundo externo nos llega a través de los sentidos es siempre, hasta cierto punto, incierto. Una fresa sólo es roja o dulce cuando se observa a través de un instrumento determinado: nuestros ojos y nuestras papilas gustativas. Sabemos que las papilas gustativas de algunas

personas pueden no encontrarla dulce en absoluto. Así, Kant se preguntó qué hay en la fresa «en sí» que hace que aparezca roja y dulce —o no— cuando la examinamos a través de nuestro instrumental sensorial.

---

Cabe pensar que la ciencia puede decirnos lo que es realmente una cosa en sí misma, aunque nuestros sentidos no puedan. Pero, si nos detenemos a pensar, la ciencia tampoco nos

aproxima tanto a la fresa  
en sí. En realidad,  
tampoco nos ayuda tanto  
saber que la composición  
química de una fresa y  
una configuración  
neurológica determinada  
se combinan para  
determinar si la fresa es  
dulce o áspera; ni  
tampoco saber que la  
composición química es  
lo que la fresa es  
«realmente» en sí misma.  
Lo que damos en llamar  
«una composición

química determinada» no es más que «el efecto que observamos cuando sometemos la fresa a un instrumental determinado». Someter la fresa a dicho instrumental sólo nos cuenta lo que aparece de la fresa cuando la sometemos al instrumental, del mismo modo que morder una fresa nos dice cómo aparece cuando la sometemos a nuestras papilas gustativas.

---

Kant concluyó que no podemos saber nada relativo a cómo son las cosas en sí mismas. El *ding an sich*, la cosa en sí, dijo, es «equivalente a  $x$ ». Sólo podemos conocer el mundo de los fenómenos, el fenoménico, el de las apariencias; no podemos conocer nada del trascendente, del mundo fenoménico que está más allá de las apariencias.

Así, Kant planteó el desafío de un cambio de paradigma en la filosofía. La razón no puede decirnos lo que está más allá de nuestros sentidos. Ni la hipótesis de Berkeley de Dios como la llave de paso de nuestros sentidos ni ninguna otra explicación metafísica del mundo

pueden concluirse a partir de la pura razón, de la razón pura. La filosofía no ha vuelto a ser la misma desde entonces.

ENFERMERA: Doctor,  
hay un hombre invisible en  
la sala de espera.

DOCTOR: Dígale que no  
puedo verlo.

Tal vez este chiste no os haya satisfecho completamente como explicación de la distinción kantiana entre lo fenoménico y lo nouménico. Y es porque parte del sentido se pierde

con la traducción. La siguiente debe de ser la versión del chiste que se contaba en la cantina del sótano de la Universidad de Königsberg:

ENFERMERA: Herr Doctor, hay una *ding an sich* en la sala de espera.

URÓLOGO: ¡Otra *ding an sich*! Si tengo que ver a otra hoy, me dará un ataque de nervios. ¿Quién es?

ENFERMERA: ¿Cómo quiere que lo sepa?

URÓLOGO: Descríbala.

ENFERMERA: ¿Me está  
tomando el pelo?

Éste es el chiste original sobre el  
*sich*.





*Retrato de un ding an sich.*

El chiste es más profundo de lo que parece. La enfermera ha decidido, por razones que sólo ella conoce, que no quiere compartir la evidencia de que hay un *ding an sich* en la sala de espera con el doctor. Fuera cual fuese la evidencia, ¡sólo podía ser fenoménica! (si ves lo que queremos decir). ¿Qué es lo que le dio la pista? Tal vez fuera un sexto sentido —tal vez fueran los otros cinco—, lo evidente es que, en cierto sentido, tuvo que ser un sentido.

Aquí, el trasunto de la historia es que la enfermera había hecho un doctorado sobre *Crítica de la razón*

*pura* de Kant, antes de descubrir que, de ese modo, limitaba sus opciones profesionales a ser una enfermera y especialista en freidoras. Por eso, interpretó la demanda del doctor «Descríbala» no en términos de «¿Qué fenómenos sensoriales está usted experimentando?» sino más bien como «Descríbala tal como es en sí misma, más allá de las apariencias». Comprensiblemente, se sintió superada por la petición del doctor, pese a que posteriormente se recuperó, se casó con Helmut, el primo del doctor, y tuvieron tres niños encantadores.

Para Kant y para buena parte de la

epistemología que le siguió, las preguntas sobre lo que podemos conocer y cómo podemos conocerlo pueden analizarse en términos de qué podemos afirmar, que tenga sentido, sobre lo que conocemos y sobre cómo lo conocemos. ¿Qué tipo de afirmaciones sobre el mundo contienen conocimiento de ese mismo mundo?

Kant emprendió la tarea de responder a la pregunta dividiendo las afirmaciones en dos categorías: analíticas y sintéticas. Las afirmaciones analíticas son ciertas por definición. La afirmación «Todos los ornitorrincos son mamíferos» es analítica. No nos dice

nada nuevo sobre ningún ornitorrinco real más allá de lo que podemos encontrar si buscamos en la entrada «ornitorrinco» de un diccionario. «Algunos ornitorrincos son bizcos», por otra parte, es una afirmación sintética. Nos proporciona información sobre el mundo porque «bizco» no forma parte de la definición de «ornitorrinco». «Algunos ornitorrincos son bizcos» nos cuenta cosas sobre algunos ornitorrincos que no hubiéramos encontrado al consultar «ornitorrinco» en un diccionario.

A continuación, Kant distingue entre afirmaciones a priori y a posteriori. Las

afirmaciones a priori son las que se pueden formular basándonos únicamente en la razón, sin recurrir a la experiencia sensorial. Nuestra afirmación anterior «Los ornitorrincos son mamíferos», se sabe a priori. No necesitamos ir a observar a una familia de ornitorrincos para ver si es cierta. Sencillamente, tenemos que consultar el diccionario. Los juicios a posteriori, por otra parte, están basados en la experiencia sensorial del mundo. «Algunos ornitorrincos son bizcos» sólo puede saberse después de haber comprobado la validez de esta afirmación en unos cuantos ornitorrincos: ya sea

observándolos personalmente o aceptando la palabra de alguien que lo haya hecho.

---

Hasta aquí hemos visto ejemplos de afirmaciones analíticas a priori («Todos los ornitorrincos son mamíferos») y de afirmaciones sintéticas a posteriori («Algunos ornitorrincos son bizcos»). Kant se preguntó si existía un tercer tipo de

afirmaciones, las sintéticas a priori. Esas serían las afirmaciones que nos dan nuevo conocimiento acerca del mundo externo, pero que no se pueden conocer a partir, únicamente, de la razón. Los empiristas habían establecido que no hay conocimiento sintético a priori, dado que la fuente de nuestro conocimiento del mundo exterior es nuestra experiencia sensorial.



Pero Kant dijo: «¡Espere un momento! Entonces, ¿qué hay de afirmaciones tales como: “Cada hecho tiene una causa”?». Es sintético, nos dice algo nuevo acerca del mundo más allá de lo que está contenido en las definiciones de «causa» y «hecho». Pero también es a priori, lo sabemos a partir de la mera razón, no por la experiencia. ¿Cómo es eso posible? «Porque», diría Kant,

«hay que partir de que es cierto si pretendemos tener experiencias inteligibles». Si no asumimos que la presente situación está causada por una cadena de hechos precedentes, no podemos darle sentido a todo esto. Sería como vivir en la película *Mulholland Drive*, donde los hechos ocurren sin un orden coherente. Tendríamos que descartar la posibilidad de formular

cualquier tipo de  
afirmación o juicio sobre  
el mundo porque no  
podríamos contar con que  
el mundo fuera  
consistente ahora, e igual  
de coherente al minuto  
siguiente.

---

Hay cientos de chistes basados en la  
confusión entre las afirmaciones  
analíticas a priori y las afirmaciones  
sintéticas a posteriori:

Existe un método

infalible para vivir muchos años: comerse una albóndiga a diario durante cien años.

La broma consiste en ofrecer una «solución» analítica a priori a un problema que requiere una solución sintética a posteriori. La cuestión del método infalible para alcanzar la longevidad requiere claramente de cierta información sobre el mundo. «¿Cuáles son las cosas que la experiencia nos ha enseñado que contribuyen a la longevidad?». Cabe esperar respuestas tales como «Dejar de

fumar» o «Tomar 400 miligramos de la coenzima Q10 antes de irse a la cama». Pero, en estos casos, la respuesta es analítica, y tiene poco que ver con las albóndigas que han empachado tu mente en la broma. «Para vivir muchos años, hay que vivir cien años, porque cien años es una cifra que, en general, se considera muchos años. También debes comer albóndigas. No son perjudiciales». (Bueno, tal vez todos esos ácidos grasos sí pueden ser perjudiciales pero, obviamente, no si los comes durante cien años).

He aquí otro chiste:

JOE: ¡Qué cantante tan bueno, ¿eh?!

BLOW: ¡Vaya! si yo tuviera su voz, sería igual de bueno que él.

Está en juego el mismo mecanismo. Lo que queremos decir con «cantante bueno» es que tiene una voz fantástica y, obviamente, el intérprete del que estábamos hablando la tenía. Así, la afirmación de Blow «Si yo tuviera su voz, sería igual de bueno que él» no nos cuenta nada nuevo sobre las habilidades cantoras de Blow. En realidad, lo que

está diciendo es «Si yo fuera un buen cantante, sería un buen cantante». Si eso no es cierto por definición, no se nos ocurre qué otra afirmación podría serlo.

He aquí una demostración algo más complicada de lo que ocurre cuando se confunden las afirmaciones sintéticas a posteriori y las analíticas a priori:

Un hombre se está probando un traje hecho a medida y le dice al sastre:

—¡Hay que meter la tela de esta manga! ¡Es cinco centímetros demasiado larga!

—No, mire, si dobla el codo, le queda perfecta — dice el sastre.

—Ya, bueno... — continúa el hombre—. Pero ¡fíjese en el cuello! Cuando doblo el codo, el cuello se va para atrás.

—¿Y qué? —insiste el sastre—. Levante la cabeza y échela para atrás. Perfecto.

—Pero ¡es que ahora el hombro izquierdo está tres centímetros más abajo que el derecho! —dice el



hombre.

—Ningún problema — responde el sastre—. Dóblese por la cintura hacia la izquierda y verá cómo se le recompone.

El hombre se marcha de la sastrería con el traje puesto, el codo doblado, la cabeza erguida y echada para atrás e inclinado hacia la izquierda. Sus andares se convierten en una especie de bamboleo espástico.

En una esquina, se

cruza con dos transeúntes.

—Mira, un tullido —dice el primero—. ¡Pobre hombre, qué pena!

—¡Sí, pero su sastre debe de ser un genio! — responde el segundo—. El traje le sienta de maravilla.

Sintético *versus* analítico, ¿de acuerdo? (y aquí no estamos hablando de telas). El extraño piensa «El sastre de este tipo ha sabido hacerle un traje que le sienta de maravilla». Se trata de una afirmación sintética a posteriori que pretende proporcionarnos información,

basada en la observación, acerca del sastre y de su aparente habilidad para hacer un traje. Sin embargo, para el sastre «Este traje que he hecho sienta de maravilla» es, en realidad, una afirmación analítica. Equivalente a decir «Este traje que he hecho es un traje que he hecho». Y eso es así porque todos los trajes que haga ese sastre sentarán a la perfección, dado que lo que él hace es ajustar el hombre al traje.

---

## EL RELOJ DE KANT

Kant dio primacía a la razón pura, hasta el punto

de que no veía la  
necesidad de tener  
experiencias personales  
para solucionar los  
problemas del  
conocimiento.

Consecuentemente, nunca  
salió de la ciudad donde  
nació, Königsberg, y  
vivió una vida solitaria  
de costumbres  
extremadamente  
regulares, tales como su  
paseo diario después de  
la cena. Se dice que los  
ciudadanos de

Konigsberg ajustaban sus relojes según el lugar en el que se encontrara el profesor Kant en su paseo diario arriba y abajo de la misma calle (que posteriormente se conocería como Philosophengang o «El paseo del filósofo»).

Lo que no es un hecho tan conocido es que el sacristán de la catedral de Konigsberg también confirmaba la hora del reloj de la torre

observando el momento  
en que Kant salía a  
pasear, y que, a su vez,  
Kant programaba su  
paseo según el reloj de la  
torre.

¡Esa sí que es una buena  
confusión entre analítico  
y sintético! Tanto Kant  
como el sacristán piensan  
que obtienen nueva  
información al observar  
la conducta del otro. Kant  
cree que, observando la  
torre del reloj, se está  
ateniendo a la hora

oficial alemana que, a su vez, se establece observando la rotación de la Tierra. El sacristán cree que observando el paseo diario de Kant se atiende a la hora oficial alemana porque confía en la puntualidad inherente en Kant. En realidad, cada uno de ellos llega, sencillamente, a una conclusión analítica, verdadera por definición. La conclusión de Kant «Salgo a pasear a las tres

y media» se basa en la afirmación analítica «Salgo a pasear cuando salgo a pasear» porque Kant determina que son las tres y media partir de un reloj que está ajustado a la hora de su paseo. La conclusión del sacristán «Mi reloj marca la hora correcta» se resume en «Mi reloj marca la hora que marca mi reloj» porque su criterio de ajuste del reloj es el paseo de Kant que, a su



vez, está basado en lo  
que marca ese reloj.

---

## FILOSOFÍA DE LA MATEMÁTICA

¿Qué os parece la aguda observación de Dimitri de que  $2+2=4$ ? ¿Se trata de una afirmación analítica, verdadera por definición? ¿Forma parte de lo que entendemos por 4, que es la suma de 2 más 2? ¿O es sintética? ¿Nos proporciona un conocimiento nuevo sobre el mundo? ¿Llegamos a esa

conclusión contando dos cosas y luego contando dos cosas más y contando luego el montón? Esta última es la opinión de la tribu voohoona, procedente de Australia.

Un voohooni le cuenta a un antropólogo occidental que  $2+2=5$ . El antropólogo le pregunta cómo lo sabe. El miembro de la tribu le responde «Contando, por supuesto. Primero hago dos nudos en una cuerda. Luego hago dos nudos en otra

cuerda. Cuando uno las dos cuerdas, me salen cinco nudos».

Buena parte de la filosofía de las matemáticas es bastante técnica y difícil. Lo único que hay que tener en cuenta es que, tratándose de matemáticas, existen tres tipos de personas: las que saben contar y las que no.

## PRAGMATISMO

Para un epistemólogo pragmático como

el filósofo estadounidense del siglo XIX William James, la verdad de una afirmación reside en sus consecuencias prácticas. Según James, optamos por nuestra verdad a partir de la diferencia que ésta implica en la práctica.

Decimos que la ley de la gravedad de Newton es verdad, no porque se corresponda con lo que las cosas «son realmente», sino porque ha demostrado sernos útil para predecir la conducta de dos objetos relacionados entre sí bajo distintos tipos de circunstancias: «¡Oye, pues yo apuesto a que las manzanas caen incluso en New Jersey!». El día en que una teoría deja de sernos útil es el día

en que la cambiaremos por otra.

Una mujer va a la comisaría de policía a denunciar la desaparición de su marido. Le piden una descripción y ella dice:

—Un metro ochenta y pico, de constitución robusta y pelo abundante y rizado.

Su amiga, que ha ido a acompañarla, dice atónita:

—Pero ¿qué dices? ¡Si tu marido mide poco más de metro sesenta, es calvo

y barrigón!

—Ya —responde la esposa—. Pero ¿quién quiere que le devuelvan a un marido como ése?

En general, esta historia es de sobra conocida por todos. Tal vez te suene. Lo que no se conoce tanto es el diálogo que se siguió:

El policía interviene:

—Señora, le pedimos una descripción de su marido que se

corresponda con la de su actual marido.

Y la mujer concluye:

—Que se corresponda, que se corresponda... La verdad no puede determinarse únicamente a partir de criterios epistemológicos, dado que la adecuación de esos criterios no puede determinarse al margen de los objetivos pretendidos y de los valores que se defienden. Quiero decirles, en resumen, que es

verdad lo que nos  
satisface, y sabe Dios que  
mi marido no me  
satisfacía.

## FENOMENOLOGÍA

Tras haber sobrevolado las cumbres de la abstracción, la filosofía regresó y aterrizó suavemente en el terreno de la experiencia cotidiana. Ocurrió con la epistemología a principios del siglo XX, cuando los fenomenólogos ponderaron lo que significa realmente conocer algo. La fenomenología —que es más una



metodología que un conjunto de principios filosóficos— intenta comprender la experiencia humana tal como se vive, y no en términos de datos objetivos. Es un punto de vista más propio de un novelista que de un filósofo dado a la abstracción.

Fenomenólogos como Edmund Husserl utilizaron la palabra alemana *einfihlung*, que significa «sentir con» o «empatía», para referirse a los modos de conocimiento que intentan adentrarse en la experiencia de otro ser humano y saber y sentir el mundo de la misma manera que él o ella. En otras palabras, ponerse en la piel del otro.

—Doctora Janet —dice una mujer un tanto abochornada—. Tengo un problema sexual. Mi marido no me excita.

—Muy bien —responde la doctora Janet—. Mañana examinaremos el problema. Venga con su marido.

Al día siguiente, la mujer regresa con su marido.

—Desnúdese, señor Thomas —le dice la doctora—. Ahora, dese la

vuelta. Muy bien, túmbese.  
Ajá, ya veo, ya veo... De  
acuerdo, ya puede  
vestirse.

La doctora Janet habla  
en privado con la esposa y  
le dice:

—Usted no tiene  
ningún problema sexual. A  
mí tampoco me excita.

DIMITRI: Debo admitir, Tasso, que este  
asunto de la epistemología tiene su  
gracia.

TASSO: ¿Gracia? ¿En qué sentido? ¿A

qué te refieres con «gracia»?

DIMITRI: Antes de contestarte, déjame hacerte una pregunta: ¿tú sabes lo que es ser «una mosca cojonera»?

# Ética

*La labor de la ética consiste en discernir qué es bueno y qué es malo. También es la tarea de sacerdotes, expertos y padres. Desgraciadamente, la tarea de niños y filósofos consiste, precisamente, en preguntar a los sacerdotes, eruditos y padres: «¿Por qué?».*

DIMITRI: He estado pensando en tu pregunta, qué significa «bueno». Y he llegado a una conclusión: «bueno» es actuar según un principio

justo.

TASSO: Por Zeus, Dimitri, eres un saco de sorpresas, empiezas a sonar como un verdadero filósofo. Sólo una pregunta más: ¿cómo determinas los principios justos?

DIMITRI: ¡Anda! Pues como todo el mundo, porque los he aprendido de mi madre.

TASSO: (aparte): ¿Por qué estarán todos los buenos alumnos en las clases de Sócrates?

ÉTICA ABSOLUTISTA:  
LEY DIVINA

La Ley divina hace de la ética un asunto muy sencillo: si Dios dice que está mal, está mal, no hay más. Es así. Sin embargo, surgen complicaciones. La primera es, ¿cómo podemos estar seguros de lo que piensa realmente Dios? Un tema que los fundamentalistas ya tienen resuelto: lo dicen las Escrituras. Pero ¿cómo sabían los de las Escrituras que las señales que estaban recibiendo procedían realmente de Dios? Abraham pensó que Dios le estaba pidiendo que sacrificara a su hijo en el altar. El razonamiento de Abraham fue el siguiente: «Si lo dice Dios, será mejor que lo haga». La primera pregunta

filosófica que podríamos plantearle a Abraham es la siguiente: «¿Te has vuelto loco? Va “Dios” te ordena que hagas una cosa tremenda, ¿y ni siquiera le pides que se identifique?».

Otro de los problemas de seguir la ley divina es la interpretación. ¿Qué se considera honrar a tu padre y a tu madre? ¿Mandar una postal el día de la madre? ¿Casarte con el aburrido hijo del dentista de la familia, que es lo que quieren tus honorables padre y madre? Preguntas que, además, no parecen distinciones de una sutileza talmúdica cuando el hijo del dentista es un tío bajito y gordo.



Una de las principales características de la ley divina es que Dios tiene siempre la última palabra.

Moisés baja del monte Sinaí, blandiendo las tablas de la ley, y anuncia a las multitudes congregadas:

—Os traigo una buena noticia y una mala. La buena es que he conseguido que lo dejara sólo en diez mandamientos. La mala es que «adulterio» sigue constando entre ellos.

---

Un joven y lujurioso san Agustín debió de intentar ese mismo tipo de negociación cuando profirió su famosa exclamación: «Señor, hazme casto. Pero ¡todavía no!». Está claro que Agustín estaba intentando aplicarse lo de las sutilezas de la interpretación a sí mismo. «O sea, que no se especifica cuándo no hay

que cometer adulterio,  
¿verdad?». Parece un  
chiste.

---

## LA VIRTUD PLATÓNICA

En su magna obra *La República*, Platón escribió: «El Estado es el alma puesta por escrito». De modo que, con el fin de abordar las virtudes de lo individual, escribió un diálogo sobre las virtudes del Estado ideal. A los gobernantes de ese Estado los llamó filósofos reyes, lo que quizá explique la popularidad de Platón entre los filósofos. Los reyes

filósofos guían al Estado del mismo modo que la razón guía el alma humana. La principal virtud —tanto de los reyes filósofos como de la razón— es la sabiduría, que Platón define como la comprensión de la idea de la bondad. No obstante, lo que para un hombre es la bondad, para el otro es una nadería.

En un encuentro que se está celebrando en la universidad, se aparece de pronto un ángel y le dice al jefe del departamento de filosofía:

—Te concedo uno de

estos tres dones:  
sabiduría, belleza o diez  
millones de dólares.

Inmediatamente, el  
profesor opta por la  
sabiduría.

Envuelto en un halo de  
luz, el profesor aparece  
transformado. Pero sigue  
ahí sentado, contemplando  
la mesa, y uno de sus  
colegas le susurra:

—Di algo.

El profesor responde:

—Debería haber pedido  
el dinero.

# ESTOICISMO

El planteamiento ético que ocupó a los estoicos durante el siglo IV d.C. fue cómo reaccionar a la sensación reinante de fatalismo que conllevaba vivir en un imperio férreamente controlado. No podían cambiar gran cosa de sus vidas, de modo que decidieron, por el contrario, cambiar su actitud hacia la vida en sí. Ciertamente, era el único control personal que no les habían arrebatado. Lo que surgió de esa nueva actitud fue una estrategia de desapego emocional respecto a la vida. La

llamaron *apathia* (apatía) y, para los estoicos, constituía una virtud que les granjeó más de unas risas en la taberna del pueblo. Los estoicos estaban dispuestos a sacrificar algunas formas de felicidad (sexo, drogas y hip-hop dionisiaco) con el fin de evitar la infelicidad que les procuraban sus pasiones (enfermedades de transmisión sexual, resacas y rimas espantosas). Actuaban movidos únicamente por la razón, jamás por la pasión, y por lo tanto se consideraban los únicos seres humanos verdaderamente felices, es decir, los que eran no infelices.

En la siguiente historia, el señor

Cooper demuestra una forma moderna de estoicismo: el estoicismo por delegación.

La enfermera hace pasar a los Cooper a la consulta del dentista, donde el señor Cooper expresa muchísima urgencia.

—No se ande con chiquitas, doctor —le ruega—. Ni gas, ni pinchacitos ni anestesia. Arranque la muela y acabemos con esto.



—Me gustaría que todos mis pacientes fueran igual de estoicos que usted —le responde el dentista, admirado—. Bien, déjeme ver esa muela.

El señor Cooper se vuelve hacia su mujer y le dice:

—Cariño, abre la boca.

---

G. K. Chesterton escribió en una ocasión: «La palabra “bueno” tiene varios significados. Por

ejemplo, si un hombre le dispara a su madre desde una distancia de quinientos metros, cabría decir que es un buen tirador, pero no necesariamente una buena persona». El calificativo «necesariamente» es lo que nos muestra que Chesterton poseía una mente realmente filosófica.

---

## UTILITARISMO

Todos sabemos que Vladimir Lenin, el rojillo del siglo XX, dijo: «El fin justifica los medios». Irónicamente, no estaba tan lejos del punto de vista de uno de los filósofos favoritos del escuadrón del Señor del Partido Republicano, John Stuart Mill. Mill y los utilitaristas propusieron una ética «consecuencialista»: la corrección moral de un acto está determinada únicamente por sus consecuencias.

El protagonista de la siguiente historia es, claramente, un utilitarista:

La señora O'Callahan le

pide al artista que está pintando su retrato que añada un brazalete de oro a cada una de sus muñecas, un collar de perlas alrededor del cuello, unos pendientes de rubíes y una tiara de diamantes.

El artista le responde que eso equivaldría a mentir. Y la señora O'Callahan le responde:

—Mire, mi marido va por ahí con una rubia más joven que yo. Cuando yo muera, quiero que se

vuelva loca buscando mis joyas.

Éste es el tipo de justificación que cabe aducir para excusar actos bastante más serios, siempre y cuando las consecuencias sean lo bastante «buenas».

La señora Brevoort, una viuda, está junto a la piscina de su club recreativo cuando repara en un apuesto caballero que está tomando el sol.

Se aproxima furtivamente y le dice:

—No puedo creer que no le haya visto antes.

—No es probable — responde el hombre—. He estado treinta años en una penitenciaría.

—¿De verdad? ¿Y por qué?

—Maté a mi mujer.

—¡Ah! —exclama la señora Brevoort—. Así que está soltero...

El                    influyente                    utilitarista

contemporáneo Peter Singer suele hacer analogías entre decisiones sobre cuyas consecuencias espantosas estamos todos de acuerdo y decisiones aparentemente más benignas que, en su opinión, son parecidas desde un punto de vista ético. En un ensayo, plantea que uno puede ganar dinero para comprarse un nuevo televisor vendiendo a un niño sin techo a una corporación que utilizará sus órganos para trasplantes. Muy mal rollo, en eso estamos todos de acuerdo. Sin embargo, Singer sigue argumentando que, cada vez que nos compramos un nuevo televisor en lugar de donar el dinero a una organización que protege a

los niños sin techo, estamos haciendo esencialmente lo mismo. ¿A que te pone nervioso cuando dice este tipo de cosas? Se trata de una argumentación por analogía que va de un dramático particular a un pronunciamiento moral general, como este clásico gag:

ÉL: ¿Te acostarías conmigo por un millón de dólares?

ELLA: ¿Un millón de dólares? ¡Caramba! Creo que sí.

ÉL: ¿Y por dos



dólares?

ELLA: Anda, vete por ahí. ¿Qué te has creído que soy?

ÉL: Eso ha quedado claro. Ahora sólo estamos ajustando el precio.

# EL IMPERATIVO CATEGÓRICO SUPREMO Y LA VIEJA Y ENTRAÑABLE REGLA DE ORO

El principio fundamental kantiano, el

criterio sobre el que pivotan el resto de las máximas éticas, es lo que él llama el «imperativo categórico supremo».

A bote pronto, el imperativo sólo suena a una versión personalizada de la vieja regla de oro.

Regla de oro: «Actúa con los demás como te gustaría que actuaran ellos contigo».

Imperativo categórico supremo: «Actúa según la máxima por la que desees que tus actos se conviertan en ley universal».

Naturalmente, la versión de Kant parece algo más fría. El mismo término «imperativo categórico supremo» suena

a... en fin, suena a alemán. Lo que no deja de ser normal, si tenemos en cuenta que él lo era.

No obstante, el imperativo categórico y la regla de oro sí comparten algunos territorios filosóficos:

- Ninguno de los dos es una norma relativa a una acción específica, del tipo: «Honrarás a tu padre y a tu madre» o «¡Cómete las espinacas!».
- Por el contrario, ambos nos proporcionan un principio abstracto para determinar qué

acciones específicas son correctas y cuáles no.

- En ambos, este principio abstracto sugiere que todo hijo de vecino vale tanto como tú, o como yo, y que todos debemos recibir el mismo trato moral que tú y que yo... especialmente yo.

Sin embargo, existe una diferencia fundamental entre el imperativo categórico y la regla de oro, y esta frase da en el clavo:

Un sádico es un masoquista que sigue la

## regla de oro.

Al causarles dolor a los demás, el masoquista no hace más que obedecer los requisitos de la regla de oro: hace lo que le gustaría que le hicieran a uno, a ser posible, con un látigo. Pero Kant aduciría que no existe acepción por la que un masoquista pueda reivindicar honestamente que el imperativo moral «causa dolor a los demás» pueda ser una ley universal en un mundo en el que se pueda vivir. Hasta un masoquista comprendería que no es razonable.

Este tipo de consideraciones llevaron al dramaturgo irlandés George

Bernard Shaw a reescribir la regla de oro con los renglones torcidos:

No hagas a los demás lo que te gustaría que te hicieran a ti. Tal vez tengan otros gustos.

Las variaciones sobre la regla de oro no se hallan únicamente en Kant, las encontramos también en las tradiciones religiosas que pueblan nuestro globo:

HINDUISMO (alrededor del siglo XIII a.C.)

No hagas a los demás lo que no quieres  
que te hagan a ti... en eso consiste el  
Dharma. Tenlo en cuenta.

El Mahabarata

JUDAÍSMO (alrededor del siglo XII  
a.C.)

Lo que a ti te resulta odioso, no se lo  
hagas a tu vecino; en esto consiste la  
Torah; el resto no es más que  
comentario; ve y apréndelo.

El Talmud babilónico

ZOROASTRISMO (alrededor del siglo  
XII a.C.)

La naturaleza humana sólo es buena

cuando no le hace a otro lo que no es  
bueno en sí mismo.

El Dadistan-i-dinik

BUDISMO (alrededor del siglo VI a.C.)

No dañes a los demás de maneras que tú  
mismo considerarías dañinas.

El Dhammapada tibetano

CONFUCIANISMO (alrededor del siglo  
VI a.C.)

No hagas a los demás lo que no quieres  
que te hagan a ti.

Confucio, *Analectas*

ISLAM (alrededor del siglo VII d.C.)

Ninguno de vosotros es un verdadero



creyente hasta que desea para otro lo  
que desea para sí mismo.

La Sunna, del Hadit

BAHAI (alrededor del siglo XIX d.C.)

No adscribas a alma alguna lo que no  
quisieras que adscribieran a la tuya, ni  
le digas a nadie lo que no quieres que te  
digan. Fasta es la orden que yo te doy y  
que quiero que cumplas.

Bahá'u'lláh, *Las palabras ocultas*

SOPRANOÍSMO (siglo XX d.C.)

Casca a todo hijo de vecino con el  
mismo respeto con que te gustaría que te  
cascaran a ti, ¿estamos?

## VOLUNTAD DE PODER

El filósofo alemán del siglo XIX Friedrich Nietzsche proclamó audazmente que iba a darle la vuelta a la ética cristiana tradicional como si fuera un calcetín. De entrada, y como para abrir boca, anunció la muerte de Dios. Dios replicó con el anuncio —en las paredes de los lavabos de chicos de los colegios universitarios— de la muerte de Nietzsche. Cuando declaró que Dios había muerto, Nietzsche se refería a que

la cultura occidental ha superado las explicaciones metafísicas sobre el mundo así como la ética cristiana en las que se apoyan. Llamó «moral del rebaño» al cristianismo, porque su doctrina constituye una «ética no natural» pues dicta que ser el macho alfa que domina la manada es malo. En sustitución de la ética cristiana, reivindicó una ética vitalista de los fuertes, a la que llamó voluntad de poder. El individuo excepcional, el *Übermensch* o superhombre, está por encima de la moralidad del rebaño y merece expresar su fuerza natural y su superioridad sobre el resto de miembros

del rebaño con toda libertad. Es evidente que, en lo relativo a la regla de oro, Friedrich era un miembro de la escuela de Tony Soprano. Por eso se le ha considerado culpable de todo lo ocurrido por aquellos pagos, desde el militarismo germánico hasta la *Sauerkraut*:

El problema de la comida alemana es que, por más que comas, al cabo de una hora tienes ansia de poder.

# EMOTIVISMO

A mediados del siglo XX, la mayor parte de la filosofía ética era metaética. En lugar de preguntarse «¿Qué acciones son buenas?», los filósofos se preguntaban «¿Qué quiere decir que una acción sea buena?». ¿«X es buena» significa únicamente «Yo apruebo X»? Asimismo, ¿«X es buena» expresa la emoción que siento cuando observo a X o pienso en X?». La última hipótesis, conocida como emotivismo, queda muy bien expresada en la siguiente historia:

Un hombre escribió una carta a la Agencia Tributaria en la que decía: «No he podido dormir pensando que he defraudado a Hacienda en mi declaración fiscal. No hice constar en ella todos mis ingresos y sólo adjunté un cheque de 150 dólares. Si sigo sin poder dormir, mandaré el resto».

## ÉTICA APLICADA

Justo cuando la especulación metaética sobre el sentido de la palabra «bueno» se estaba quedando sin fuelle, dedicarse a la ética se puso de moda otra vez, y los filósofos empezaron a escribir una vez más sobre cuáles son las buenas acciones particulares. La bioética, la ética feminista y la ética sobre la forma correcta de tratar a los animales se convirtieron en asuntos *de rigueur*.

# CARNICERÍA ÉTICA



Una de las formas de la ética



aplicada que apareció durante el siglo XX fue la ética profesional, los códigos que regulan las relaciones entre los profesionales o sus clientes o pacientes.

Tras asistir a una conferencia sobre ética profesional, cuatro psiquiatras salen juntos del recinto.

—¿Sabéis una cosa?  
—dijo uno—. La gente acude siempre a nosotros para contarnos sus miedos y su sentido de culpa, pero

nosotros no tenemos a  
quién acudir. ¿Por qué no  
dedicarnos algo de tiempo  
ahora y nos escuchamos  
los unos a los otros?

Los otros tres aceptan  
la propuesta.

—Siento un deseo casi  
irrefrenable de matar a mis  
pacientes —confesó el  
primero.

—He hallado la manera  
de estafarles dinero a mis  
pacientes a la menor  
ocasión —dijo el segundo.

—Estoy implicado en

una red de venta ilegal de pastillas y, a menudo, hago que mis pacientes las vendan por mí —continuó el tercero.

—Pues yo, por más que lo intento —confiesa el cuarto psiquiatra—. No logro guardar un secreto.

Cada especialidad médica desarrolló sus propios principios éticos.

Cuatro médicos salen juntos a la caza del pato:

un médico de familia, un ginecólogo, un cirujano y un forense. Cuando les sobrevuela un pájaro, el médico de familia apunta pero no se decide a disparar porque no está completamente seguro de que sea un pato. El ginecólogo también apunta, pero baja el arma cuando se da cuenta de que no sabe si es un pato o una pata. El cirujano, mientras tanto, dispara, se carga al pájaro, y se

vuelve hacia el forense y le dice: «Vete a ver si es un pato».

---

Lo que hace que la ética aplicada sea interesante, aunque también sorprendente, es que las decisiones éticas se suelen convertir en un dilema, una elección entre dos bienes: «¿Qué fidelidad le debo a mi familia en relación con mi trabajo? ¿Y a mis

hijos en relación con mi persona? ¿Y a mi país en relación con la humanidad?». Éste es el tipo de dilema que ha mantenido a Abby y Ann Landers<sup>[4]</sup> atareadas a lo largo de todos estos años y que ahora han proporcionado el material necesario para escribir «The Ethicist», la columna semanal de Randy Cohen en el *New York Times*.

Recientemente, Cohen

escribió en slate.com que la siguiente es una de las diez mejores preguntas que le han planteado jamás:

«Aunque estoy contento con mi trabajo actual, e incluso me han ascendido (soy el nuevo Señor de Cawdor), a mi esposa no le parece suficiente, y quiere que me plantee desafíos profesionales mayores. No es que yo carezca de ambición, pero soy un tanto

reticente a hacer lo que implica ascender: muchas más horas, asesinatos sangrientos... Pese a todo, ¿no es cierto que tengo la obligación especial de tomar en consideración los deseos de mi esposa? Al fin y al cabo somos familia».

MACBETH, Escocia

---

Los abogados también tienen ética profesional. Si un cliente da 400 dólares por equivocación —al pagar una factura



de 300—, la cuestión ética que se plantea es si el abogado tiene que decírselo a su socio del bufete.

No debe sorprender a nadie que la clerecía también tenga ética profesional, y que ésta incluya sanciones divinas.

Un joven rabino era un entusiasta jugador de golf. Incluso durante el Yom Kippur, el día más sagrado del año, se escabulló un rato para irse a probar suerte con un campo de nueve hoyos.

En el último hoyo, no

colocó bien la pelota antes de lanzar y una ráfaga de viento la arrastró hasta el hoyo y consiguió un hoyo en uno.

Un ángel que estaba contemplando el milagro se lamentó ante Dios.

—El tío está jugando al golf en Yom Kippur y tú le regalas un hoyo en uno. ¿Eso es un castigo?

—Desde luego que lo es —dijo el Señor, sonriendo—. ¿No ves que no se lo puede contar a

nadie?

## EL IMPACTO DEL PSICOANÁLISIS EN LA ÉTICA FILOSÓFICA

La obra de Sigmund Freud, a pesar de que no era un filósofo, ejerció una gran influencia en la filosofía ética con su afirmación de que, en realidad, lo que determina la conducta humana son una serie de condicionantes biológicos inconscientes, no las distinciones corteses y racionales de la filosofía. Por

más que intentemos controlar racionalmente nuestras vidas, como nos aconsejarían los filósofos morales, nuestro inconsciente siempre acaba aflorando. El «acto fallido» freudiano, por ejemplo, ocurre cuando nos «equivocamos» al decir algo que expresa nuestros deseos inconscientes, como cuando el concejal de la ciudad presenta a su espléndida y flamante presidenta como a una «política con una gran vocación de servicio público».

Un terapeuta le pregunta a su paciente qué tal le fue durante la comida

que tuvo con su madre. El paciente contesta:

—Bastante mal, la verdad. Tuve uno de esos actos fallidos.

—¿Ah, sí? —le pregunta el terapeuta—. ¿Qué dijo usted?

—Yo sólo quería decirle: «¿Me pasas la sal, por favor?», pero me salió: «¡Zorra! ¡Me haces la vida imposible!».

Para Freud, toda la filosofía ética del mundo es menos relevante acerca de

verdaderos resortes inconscientes de nuestra conducta que un buen sueño.

Un hombre llega a la consulta del psiquiatra y se disculpa por el retraso aduciendo que se ha quedado dormido.

—Pero he tenido una revelación increíble en ese sueño —dice el hombre, sin resuello—. Estaba hablando con mi madre y de pronto, ¡ella se convirtió en usted! Entonces me desperté, me vestí, cogí

una Coca-Cola y un Donuts, y vine corriendo a la consulta.

Y dice el psiquiatra:

—¿Una Coca-Cola y un Donuts? ¿Eso es lo que desayuna usted?

Por otra parte, el propio Freud hubiera admitido que reducir la conducta humana a los impulsos inconscientes a veces va en detrimento de una verdad obvia. Lo resumió en una frase que se ha hecho famosa: «A veces, un cigarro no es más que un cigarro».





intervenir cuanto antes.  
Démelo.

El hombre hurga en el bolsillo y le da el contenido al cirujano.

—Pero si esto no es un pene —dice el cirujano asombrado—. ¡Es un puro!

—¡Ay, Dios mío! —exclama el hombre—. ¡Entonces es que me he fumado el pene en el taxi!

## ÉTICA SITUACIONISTA

La «ética situacionista» vivió su máximo apogeo en la década de 1960. Sus defensores afirmaban que lo éticamente correcto que hay que hacer en cada situación depende de la peculiar combinación de los factores de esa situación concreta. ¿Qué personas se ven afectadas? ¿Cuál es su interés legítimo en el resultado de esa situación? ¿Cómo influirán las consecuencias en otras situaciones futuras? Además, ¿a quién le importa? En caso de infidelidad, por ejemplo, los situacionistas éticos querrían saber, entre otras cosas, cuál es la situación del matrimonio. Tal vez se inclinarían por una u otra parte según la

efectividad del matrimonio en cada uno de los casos. Para los opositores al situacionismo se trataba de un ultraje pues, en su opinión, este razonamiento se puede utilizar para justificar todo lo que una persona quiera. Algunos opositores adoptaron una posición absolutista: la infidelidad está siempre mal, independientemente de las circunstancias.

Paradójicamente, sin embargo, en ocasiones damos lugar a acciones egoístas cuando ignoramos las especificidades de la situación.

Unos

atracadores

armados entran en un banco, ponen a los clientes y al personal contra la pared y empiezan a quitarles las carteras, los relojes y las joyas que llevan encima. Hay dos contables del banco entre los que esperan para que les quiten sus posesiones. De pronto, el primero de ellos le pasa algo a hurtadillas al segundo. Éste susurra:

—¿Qué es esto?

El primero responde,

también en un susurro:

—Los cincuenta pavos  
que te debía.

DIMITRI: Todavía no me ha quedado claro lo que está bien y lo que está mal, aunque hay algo que está por encima de todo; lo más importante en esta vida es complacer a los dioses.

TASSO: ¿Te refieres a Zeus y a Apolo?

DIMITRI: Claro. O a mi diosa favorita,  
Afrodita.

TASSO: Sí, también es una de mis favoritas... si existe.

DIMITRI: ¿Si existe? Cuidado con lo que dices, he visto a hombres hechos y derechos fulminados por un rayo por decir cosas como éstas.

# Filosofía de la religión

*El Dios sobre el que les gusta discutir a los filósofos de la religión no es el que la mayoría de nosotros reconocería. Tiende más bien a ser algo abstracto, algo más parecido a lo que en La guerra de las galaxias llamaban «La Fuerza», y menos un padre celestial que pasa la noche en vela preocupado por ti.*

DIMITRI: El otro día estaba hablando con Zeus, y dice que ejerces una mala influencia sobre mí.

TASSO: Curioso, porque yo creo que él es una mala influencia para ti.

DIMITRI: ¿Por qué?

TASSO: Porque te convence de que las voces que oyes en tu cabeza son reales.

## CREER EN DIOS

Un agnóstico es una persona que cree



que la existencia de Dios no puede probarse basándose en evidencias al uso, pero que no niega la posibilidad de que Dios exista. El agnóstico no va tan lejos como el ateo, que considera que el asunto de la existencia de Dios está zanjado. Si ambos vieran un día un arbusto en llamas que hablara y dijera: «Soy el que soy», el agnóstico empezaría a buscar a ver dónde está la grabadora escondida, mientras que el ateo se encogería de hombros y se pondría a asar castañas.

Dos irlandeses colegas  
de borrachera están en un

pub y ven a un tipo calvo  
bebiendo solo al fondo de  
la barra.

—Oye —dice Pat—.  
¿Ese de ahí no es Winnie  
Churchill?

—¡Bah! —responde  
Sean—. No creo. Winnie  
Churchill no estaría en un  
sitio como éste.

—Tío —insiste Pat—.  
Que no es broma. Mírale  
bien. Juraría que es  
Winnie Churchill. Me  
apuesto diez libras.

—¡Se acepta la

apuesta!

Pat se va al final de la barra y le dice al calvo:

—Tú eres Winnie Churchill, ¿a que sí?

—Fuera de mi vista, ¡imbécil! —grita el calvo.

Pat vuelve a sentarse junto a Sean y dice:

—Me temo que ya nunca lo sabremos ¿verdad?

Ése es el razonamiento de un agnóstico.

Los ateos son otra historia. Hace ya

mucho tiempo que los filósofos se pusieron de acuerdo en que no tiene ningún sentido que creyentes y ateos discutan sobre el tema. Y eso es porque lo interpretan todo de maneras muy diferentes. Para discutir, tiene que existir un terreno común, de modo que uno de los participantes pueda decir: «¡Vale! Yo te concedo  $x$  y tú debes concederme  $y$ ». Los ateos y los creyentes nunca encontrarán una « $x$ » sobre la que puedan ponerse de acuerdo. Así, no se puede establecer la disputa porque cada uno ve las cosas desde su propio punto de vista. Esto es un poco abstracto. Pero esta historia lo describe

de un modo muy terrenal; mejor dicho, vecinal.

Una ancianita cristiana sale cada día al porche de su casa y grita:

—¡Alabado sea Dios!

Y cada mañana, su vecino el ateo de la puerta de al lado, le responde gritando:

—¡Dios no existe!

La anécdota se repite durante semanas enteras.

—¡Alabado sea Dios!

—grita la dama.

—¡Dios no existe! —  
responde el vecino.

Con el paso del tiempo, la señora empieza a tener dificultades económicas y casi no le llega el dinero para comer. Cuando sale al porche, le pide a Dios que le ayude con la compra y luego dice:

—¡Alabado sea Dios!

A la mañana siguiente, en cuanto sale al porche, se encuentra con unas bolsas con la comida que le había pedido a Dios.

Naturalmente, grita:

—¡Alabado sea Dios!

El ateo aparece de detrás de una mata y le dice:

—¡Y un cuerno! Esta comida la he comprado yo. ¡Dios no existe!

La ancianita le mira y se sonríe. Grita:

—¡Alabado sea Dios! No sólo me has conseguido la comida, Señor, sino que además has hecho que la pagara Satán.

---

Sam Harris, en su best seller del año 2005 *The End of Faith*, nos proporciona lo que podría ser una descripción propia de un cómico experto en monólogos, basada en sus observaciones sobre la fe religiosa:

«Dile a un cristiano devoto que su esposa le engaña, o que un tipo especial de yogur es capaz de volverte invisible, y te pedirá



tantas pruebas como cualquiera, y sólo le convencerás si logras dárselas. Dile en cambio que el libro que tiene siempre en la mesilla de noche es obra de una deidad invisible que le castigará con el fuego eterno si no acepta cada una de sus inverosímiles afirmaciones, y no te pedirá prueba alguna». A Harris se le olvida mencionar el inconveniente de ser

ateo: no tienes a quien  
gritarle en pleno  
orgasmo.

---

El matemático y filósofo francés del siglo XVII Blaise Pascal sostuvo que decidir si creemos en Dios o no es, en el fondo, como formular una apuesta. Si optamos por comportarnos como si Dios existiera y, al final, resulta que no existe, tampoco pasa nada. Bueno, a lo mejor perdemos la oportunidad de disfrutar de lo lindo cometiendo los Siete Pecados Capitales, pero eso es calderilla comparado con la alternativa. Si

apostamos que Dios no existe, y termina resultando que sí, nos habremos quedado sin el festín final, sin la dicha eterna. Por lo tanto, según Pascal, la estrategia de vivir como si hubiera un Dios es mucho mejor. Los académicos conocen este razonamiento como la «apuesta pascaliana». El resto de los mortales, lo llamamos cubrir las apuestas.

Inspirada por los *Pensamientos* de Pascal, una ancianita va al banco con un maletín en el que lleva 100 000 dólares en

metálico y solicita que le abran una cuenta. El cauteloso agente bancario le pregunta cómo ha conseguido ese dinero.

—Apostando —le dice ella—. Soy muy buena.

—¿Y qué tipo de apuestas hace? —pregunta el contable intrigado.

—Ah, pues de todo tipo —le dice—. Por ejemplo, ahora misma me apostaría veinticinco mil dólares con usted a que mañana al

mediodía tendrá una mariposa tatuada en la nalga derecha.

—Vaya, me gustaría aceptarle la apuesta, ya mismo —dice el contable—. Pero no estaría bien que me quedara con su dinero por una apuesta tan absurda.

—Déjeme que se lo diga de otro modo —dice la mujer—. Si no apuesta conmigo, tendré que buscar otro banco donde depositar el dinero.

—No, no. No se precipite —dice el agente bancario—. Acepto la apuesta.

La mujer regresa al día siguiente al mediodía acompañada de su abogado en calidad de testigo. El contable se da la vuelta, se baja los pantalones e invita a ambos a que observen que la apuesta la gana él.

—De acuerdo —dice la mujer—. Pero ¿podría inclinarse un poquito más

para que podamos asegurarnos?

El agente hace lo que se le pide, la mujer reconoce que ha perdido, y saca 25 000 dólares de su maletín y los cuenta para dárselos. Mientras tanto, el abogado está sentado, con la cabeza gacha y los codos apoyados en las rodillas.

—¿Y a éste qué le pasa? —pregunta el agente del banco.

—¡Que es un mal

perdedor! —responde la ancianita—.

Aposté cien mil dólares con él a que hoy, al mediodía, usted nos enseñaría el trasero en su propio despacho.

La línea entre garantizar la apuesta y amañarla es muy delgada. Tomemos en consideración la siguiente estrategia neopascaliana.

Un hombre con un loro en el hombro asiste al



servicio religioso del primer día del Rosh Hashanah (el año nuevo judío). Apuesta con unos cuantos a que el loro puede officiar una ceremonia mucho más bella que el *cohen* o niño cantor. Llegado el momento, sin embargo, el loro calla. Cuando llegan a casa, el hombre reprende al loro y se lamenta de las pérdidas que le ha causado. El loro dice:

—¡Utiliza un poco la cabeza, estúpido! ¿No te

das cuenta de lo que podemos sacar ahora en Yom Kippur?

Hay que concederle al loro que no iba tan desencaminado. Tal vez se pueda amañar la apuesta pascaliana de modo que el domingo por la mañana juguemos al golf, y a pesar de eso Dios esté contento, ¡si es que existe! A Dios le consta que todos lo hemos intentado, alguna vez.

## DEÍSMO E HISTORIA DE LAS RELIGIONES

Entre los filósofos del siglo XVIII, los que no eran escépticos eran deístas, creyentes en un remoto e impersonal Dios de los filósofos: un Creador más parecido a una fuerza que a una persona, más relojero que confidente. Los judíos tradicionales y los cristianos reaccionaron a la defensiva. Su Dios, adujeron, no era un simple relojero. Era el Señor de la Historia, presente en el Éxodo de Egipto, la travesía del desierto y el asentamiento en la Tierra Prometida. Estaba, en resumen, disponible, «muy presente en momentos difíciles».

---

Una abuela judía está viendo cómo su nieto juega en la orilla de una playa cuando se acerca una ola enorme y se lo traga el mar. Entonces, ruega:

—Por favor, Dios mío. Te lo ruego, devuélveme a mi nieto.

Y una ola enorme se cierne sobre sus pies y devuelve al niño a la playa, intacto.

Y ella mira hacia el cielo y dice:

—¡Llevaba un gorrito!

¡A ver quién es el listo que le reclama eso a un relojero!

## DISTINCIONES TEOLÓGICAS

Mientras los filósofos de la religión mantienen sesudas discusiones sobre las Grandes Preguntas —como por ejemplo, ¿Dios existe?—, los teólogos tienen menos pescado que vender, especialmente en Cuaresma.

---

Según el filósofo y

teólogo del siglo XX Paul Tillich, las diferencias entre filosofía de la religión y teología son más importantes que el tamaño de sus peces. El filósofo, dice, persigue la verdad sobre Dios y los temas divinos con la máxima objetividad, mientras que el teólogo está de antemano «preso de la fe», se aviene a ella y está comprometido. En otras palabras, el filósofo de la religión contempla

a Dios y el hecho  
religioso desde fuera,  
mientras que el teólogo  
los observa desde dentro.

---



*«Entonces, cada mes recibirás una nueva lista de mandamientos. Si decides cancelar el trato, puedes quedarte con la primera*



*lista, sin coste adicional  
alguno».*

En teología, ha habido auténticos cismas por temas tan acuciantes como «¿Espíritu Santo procede del Padre o del Padre y del Hijo?». Es evidente que el lego precisa de una guía para orientarse entre las diferencias teológicas y, gracias a Dios, los cómicos siempre están dispuestos a proporcionársela. La clave para determinar cuál es la creencia religiosa de una persona parece radicar en a quién reconoce y a quién no:

Los judíos no reconocen a Jesús.

Los protestantes no reconocen al Papa.

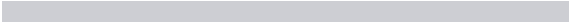
Los bautistas no se reconocen entre sí en la tienda de vinos.

Esta última observación se traduce en un consejo de naturaleza meramente práctica. Si vas de pesca, no invites a un bautista; se beberá toda la cerveza. Sin embargo, si invitas a dos bautistas, toda la cerveza será para ti.

Otra de las maneras de distinguir

entre las confesiones es a partir de qué conducta le puede reportar a uno un rapapolvo divino. Para los católicos, sería dejar de asistir a misa; para los baptistas, bailar; para los episcopalianos, comer ensalada con el tenedor de postre.

Bromas aparte, existen importantes diferencias doctrinales entre confesiones religiosas. Por ejemplo, sólo los católicos creen en la Inmaculada Concepción, la doctrina que cuenta que, para que fuera apta para dar a luz al Señor, la misma María nació sin el estigma del Pecado Original.



Jesús andaba de paseo por la calle cuando se encontró con una multitud que le arrojaba piedras a una adúltera. Jesús dijo:

—El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra. De pronto, pasó un pedrusco por encima de las cabezas de los que estaban allí congregados. Jesús se dio la vuelta y dijo:

—¿Mamá?

Naturalmente, el chiste favorito de

todo el mundo en el subgénero de las sectas es el de la Contrarreforma. Cualquier recopilación básica de chistes sobre la Contrarreforma incluye invariablemente el siguiente:

Un hombre está pasando por apuros financieros cuando le pide a Dios que le ayude a ganar a la lotería.

Pasan los días, luego las semanas, y el hombre no gana ni la pedrea en la lotería. Finalmente, en la miseria, le grita a Dios:

—Nos dijiste «Llamad, y la puerta se os abrirá. Buscad, y encontraréis». Estoy en la ruina más absoluta, y no he ganado ni una sola vez a la lotería.

Y se oye una voz procedente de las alturas:

—¡Algo tendrás que poner de tu parte, criatura!  
¡Compra un décimo!

Está claro que el hombre del chiste era un protestante que, igual que Lutero, creía que podía salvarse por la gracia, sin más; no podemos hacer nada para

alcanzar la salvación. Dios está barriendo, en este caso hacia la Contrarreforma católica. En realidad, el chiste podría haber surgido durante el Concilio de Trento de 1545, donde los obispos decidieron que la salvación es fruto de una combinación entre gracia y esfuerzo, rezar y comprar un boleto o, como el dicho «a Dios rezando y con el mazo dando».

Una de las creencias que comparten todas las confesiones religiosas es que «su» teología es el camino más rápido hacia lo divino.

Un hombre llega a las puertas del cielo y san Pedro le pregunta:

—¿Religión?

—Metodista.

San Pedro consulta su lista.

—Vaya a la sala número 28 —le dice—. Pero guarde silencio al pasar por la 8.

Llega otro hombre a las puertas del cielo.

—¿Religión?

—Baptista.

—Vaya a la sala 18,



pero guarde silencio al pasar por la 8. Un tercer hombre llega a las puertas del cielo.

—¿Religión?

—Judío.

—Vaya a la sala II, pero guarde silencio al pasar por la 8.

—Entiendo que haya salas distintas para las diferentes religiones —dice el hombre—. Pero ¿por qué tengo que guardar silencio al pasar por la 8?

San Pedro le responde:

—En la sala 8 están los testigos de Jehová y creen que son los únicos que han ido al cielo.

Se dice que el filósofo alemán del siglo XIX Arthur Schopenhauer descubrió el budismo filosóficamente. Como Gautama, el Buda, dos milenios antes, Schopenhauer pensaba que la vida era sufrimiento, lucha y frustración, y que la única vía de escape era la resignación: el rechazo del deseo y la negación de la voluntad de vivir. La contrapartida positiva era que ambos

creían que la resignación conducía a la compasión hacia todos los seres y a la santidad. Como si dijéramos, una especie de trueque.

Hay muchos chistes judíos que se burlan del *pesimismo extremo a la Shopenhauer, el kvetcher (el pupas)*.

Hay dos mujeres sentadas en un banco y al cabo de un rato, una de ellas dice:

—¡Ay!

—¡Ay! —responde la otra.

—Vale —concluye la

primera—. Ya está bien de hablar de los niños.

Tanto para Arthur Schopenhauer como para Buda, la vida es un ciclo constante de frustración y aburrimiento. Cuando no obtenemos lo que queremos, nos sentimos frustrados. Cuando lo obtenemos, nos sobreviene el tedio. Y según Arthurito y Buda, la peor frustración la experimentamos justo cuando parecía que teníamos el consuelo al alcance de la mano.

Había una vez un

príncipe que estaba bajo el hechizo de una bruja mala, aunque no era por algo que hubiera hecho él. La maldición consistía en que el príncipe sólo podía pronunciar una palabra al año. Sin embargo, podía ahorrar, de modo que si un año no decía ni pío, al año siguiente podía decir dos palabras.

No obstante, un día conoció a una bella princesa y quiso decirle que la quería, por lo que

decidió esperar tres años más, y guardar cinco años de silencio. Pasados los cinco años, sin embargo, comprendió que debía pedirle que se casara con él, así que tuvo que esperar otros dos.

Finalmente, cuando los siete años de silencio llegaron a su fin, estaba comprensiblemente entusiasmado. Llevó a la princesa hacia el rincón más romántico de los jardines reales, se arrodilló

ante ella y le dijo:

—Amada mía, te quiero, ¿quieres casarte conmigo?

La princesa respondió:

—¿Cómo has dicho?

Es justo el tipo de respuesta que hubiera esperado Schopenhauer.

Ya en el siglo VI y VII d.C., los chinos y los japoneses desarrollaron una rama del budismo que está experimentando un renacimiento en nuestros días: el zen. Desde la perspectiva del pensamiento occidental,

la filosofía zen es una suerte de antifilosofía. Para el maestro zen, la razón, la lógica, los datos sensoriales — todo ese material del que está construida la filosofía occidental— son ilusiones y distracciones en el camino de la verdadera iluminación. Y, si es así, ¿cómo se ilumina uno?

Consideremos las dos cuestiones siguientes:

- ¿Cuál es la diferencia entre un pato?
- ¿Cómo suena el aplauso de una sola mano?

Ambas preguntas suscitan lo que en



los círculos filosóficos se conoce como la respuesta del «¿lo qué?». No alcanzamos a comprender cuál puede ser la respuesta. Pero, mientras que la primera es un ejemplo bastante original del absurdo que se cultiva en el patio de recreo, la segunda es un *koan* zen clásico.

Un *koan* es una adivinanza o una historia que, dicha por un maestro zen a un estudiante, puede sumir a dicho estudiante en un estado de conciencia conocido como *satori*, iluminación súbita. En este estado de conciencia, todas las distinciones y evaluaciones de la vida diaria se desvanecen, y dan paso

a una profunda apreciación de la unidad del universo y a toda la experiencia en dicho universo. La respuesta zen a la adivinanza del aplauso con una sola mano no es algo literal y científico como: «El suave murmullo del aire flotando sobre una superficie plana y en movimiento». No, la respuesta zen es más parecida a: «¡Hala!». Los *koans* nos catapultan a la iluminación confundiendo nuestras mentes con ideas imposibles. Una vez se han superado éstas, ¡hala, ya estás en el *satori*!

El *koan* más famoso, el favorito, es:

Antes de que buscara la iluminación, las montañas eran montañas y los ríos, ríos.

Mientras buscaba la iluminación, las montañas no eran montañas y los ríos no eran ríos.

Cuando alcancé el *satori*, las montañas fueron montañas y los ríos, ríos.

Los occidentales podemos tener una idea general sobre el hecho de que la iluminación no consiste en llegar a una

suerte de estado de conciencia remoto. Lo que nos resulta difícil de comprender —y que, a su vez, es lo que constituye el *corpus kodnico* del asunto de la montaña— es cómo la conciencia iluminada puede ser, a la vez, ordinaria y trascendente. O tienes una especie de sexto sentido, o no lo tienes. Al parecer, la mayoría de los occidentales no lo tenemos.

Esto plantea la cuestión de si la vieja adivinanza sobre la diferencia entre un pato se puede considerar una especie de *koan* occidental. Después de todo, se basa en la lógica y en el absurdo; confunde a la razón. Pero, a

juzgar por las respuestas que se proponen para esta adivinanza —el experimento decisivo en materia de *koans*— la respuesta debe ser que no. Ha habido sonrisas, e incluso risitas, pero no conocemos ningún caso de *satori*.

Podría tratarse de un problema cultural: a la mayoría de los occidentales no nos entra en la cabeza la idea de que si hay algo que no te entra en la cabeza es que estás en el camino de la iluminación. Lo que nos remite a este poco convincente *koan* occidental:

Si tienes helado, te lo

daré.

Si no tienes helado, te lo quitaré.

Éste es un *koan* helado.

---

El *koan* más memorable se ha convertido en parte de la instrucción zen, que ha pasado de generación en generación. Por ejemplo, Hui-neng, el sexto patriarca del zen del siglo XVII, es famoso, entre otras cosas, porque

preguntó: «¿Cómo era tu rostro original antes de que nacieras?». El entrenador de Los Angeles Lakers, Phil Jackson, alias el «maestro del zen», contribuyó con la siguiente recomendación: «Si te encuentras a Buda en la cancha, pásale la pelota».

---

# FILOSOFÍA CABEZA HUECA

La filosofía cabeza hueca aparece en escena durante la década de 1960, coincidiendo con el pronunciamiento del profesor de Harvard Timothy Leary sobre el hecho de que la iluminación sólo se alcanza a través de la ingesta de hongos alucinógenos. Conocida posteriormente como «filosofía *New Age*», el cabeza huequismo es una amalgama de antigua filosofía oriental y algunas creencias medievales tales como la astrología, las cartas del tarot y la cábala. «Afirmaciones» —sentencias tales como «Estoy a una con mi dualidad» o «Cuanto más confío en el sistema menos necesidad tengo de llevar



armas»— que también constituyen una parte importante de la filosofía *New Age*. Esto trae a colación a la ancianita que se acercó al poeta inglés Samuel Taylor Coleridge tras una conferencia a principios de 1800 y le dijo: «Señor Coleridge, ¡he aceptado el universo!». Coleridge la miró por encima del cristal de sus gafas y dijo: «Por Dios, señora, ¡más le vale!».

Afortunadamente, tenemos a maestros del chiste que despejan la nebulosa del pensamiento *New Age*.

¿Cuántos seguidores  
de la *New Age* se

necesitan para cambiar una bombilla?

Ninguno, basta con montar un grupo de apoyo sobre «Cómo relacionarse con la oscuridad».

Si algo moderno tienen los *New Age* es su creencia en seres extraterrestres que no sólo nos visitan, sino que nos invitan a sus naves espaciales para cenas románticas con velitas. Hay que ser muy satírico para llevar los límites de estas creencias *New Age* hasta su extremo lógico.

Un marciano hace un aterrizaje forzoso en Brooklyn y descubre que se ha averiado una pieza importante de su platillo volante: el *troover*. Va a una cafetería y le pregunta al hombre de la caja si sabe dónde puede encontrar un *troover*.

—¿Qué aspecto tiene?

—pregunta el hombre.

—Es redondo, algo duro por fuera, blando por dentro, y con un agujero en medio —explica el

marciano.

—Yo diría que eso es un Donuts —dice el hombre—. Aquí tiene uno, ¿es lo que necesita?

—Es perfecto — responde el marciano—. ¿Ustedes para qué lo usan?

—Bueno, le parecerá increíble —dice el hombre de la cafetería—. Pero nos lo comemos.

—¿Está de guasa? — dice el marciano asombrado—. ¿Se comen

los *troovers*?

—Tenga —dice el hombre—. Pruebe uno.

El marciano mira el bollito con recelo, pero le pega un mordisco.

—¡Anda! —dice—. Con chocolote por fuera estaría buenísimo.

Otro de los elementos del kit básico del *New Age* es su fascinación por los fenómenos parapsíquicos, tales como la clarividencia. Muchos *Old Age* —también conocidos como pensadores racionales— siguen creyendo que

siempre hay una explicación razonable para dichos fenómenos.

—Mi abuelo sabía la hora exacta, del día exacto, del año exacto en el que iba a morir.

—¡Caramba! ¡Qué alma tan evolucionada! ¿Cómo lo logró?

—Se lo dijo el juez.

¡Toma!

DIMITRI: Tengo una pregunta más: Si

Zeus no existe, ¿Poseidón sigue siendo su hermano?

TASSO: ¿Sabes, Dimitri? O eres un budista iluminado o te faltan un par de ladrillos para ser un anfiteatro.

# Existencialismo

La existencia precede a la esencia. *Si estás de acuerdo con la afirmación, eres existencialista. Si no, sigues existiendo, pero esencialmente no.*

DIMITRI: Tengo que admitir, Tasso, que a veces me gustaría ser más parecido a ti.

TASSO: Pero ¡si puedes! Existencialistamente hablando, ¡eres un ser totalmente autooriginado! ¡Eres quien tú estés creando!



DIMITRI: ¡Fantástico! Porque yo siempre he querido ser igual de alto que tú.

Para meternos de cabeza en el existencialismo, debemos contar un par de cosas del absolutismo hegeliano del siglo XIX, el punto de vista filosófico que dice que el único retrato auténtico de la vida es el que se toma mirando desde fuera hacia dentro. ¿Fue Rodney Dangerfield el que dijo que el mejor material cómico está en la tensión entre el absoluto hegeliano y el distanciamiento existencial del hombre? Probablemente no. Pero, si fuera así, el

siguiente chiste clásico sería un ejemplo de aquello a lo que se refería Rodney.

Un hombre está haciendo el amor con la mujer de su mejor amigo, cuando oyen que aparca un coche frente a la casa. El hombre se oculta en el armario. El marido entra, va hacia el armario a colgar la americana y, al encontrarse a su amigo desnudo, le dice:

—Lenny, ¿qué haces aquí?

Lenny se encoge de hombros, pusilánime, y contesta:

—En alguna parte hay que estar, ¿no?

Ésta es una respuesta hegeliana a la pregunta existencialista. El marido quiere saber por qué Lenny, de entre todas las personas, está en esa situación existencial concreta: ¡desnudo en su armario! Pero su presunto amigo, Lenny, por motivos propios, elige responder a una pregunta distinta: ¿Por qué está alguien aquí, y no en otra parte? Un planteamiento que sólo cobra sentido si

uno es un encumbrado filósofo alemán de la categoría de Hegel.

George Wilhelm Hegel mantuvo que la historia se despliega a la vez que el «Espíritu Absoluto». El espíritu de cada tiempo (por poner un ejemplo, el tenso conformismo de la década de 1950) genera su propia antítesis (el movimiento hippie de los años sesenta), y la colisión entre ambos crea, a su vez, una nueva síntesis (los «hippies de plástico» de los setenta, algo así como los banqueros de Wall Street con un corte de pelo a lo Beatles).

Y así es como procede, de manera incesante, la dialéctica de la

tesis/antítesis/síntesis (que se convierte en una nueva tesis).

Hegel pensó que había saltado al margen de la historia y «la» estaba contemplando desde un punto de vista trascendente. Lo llamó el punto de vista absoluto. Y, vistas desde ahí, las cosas no parecían estar nada mal. ¿Guerras? Un movimiento dialéctico más. ¿Pestes? Otro. ¿Ansiedad? No hay que preocuparse.

La dialéctica está en el movimiento, y no se puede hacer nada al respecto. Sólo estar atento y comprender cuál es el escenario. George Wilhelm Friedrich consideró que estaba contemplando la

historia desde el punto de vista de Dios.

---

Pensemos en el viejo tema «From a Distance», que interpreta Bette Midler y en que la divina cantante se imagina que está contemplando el mundo desde la altura y le parece todo armonioso y estupendo. Ésta es la distancia desde la que lo observa Hegel. La canción termina cuando nada menos que el mismo

Dios contempla la  
panorámica por encima  
del hombro de Bette.

¿Quién hubiera  
imaginado que Bette  
Midler es hegeliana?

---

Ahí interviene Søren Kierkegaard, contemporáneo de Hegel, que está bastante cabreado. «¿Qué tiene de particular que todo se vea correcto desde el punto de vista de lo Absoluto?», pregunta Søren. Ése no es —ni puede ser— el punto de vista de los individuos existentes. De esa

afirmación nace el existencialismo. «No soy Dios», afirmó Kierkegaard. «Soy un individuo. ¿A quién le importa lo armoniosas que se vean las cosas desde arriba? Yo estoy aquí, en la parte finita de todo esto, y estoy angustiado, al borde de la desesperación. Yo. ¿Y qué si el universo sigue su curso ineluctablemente?, ¡amenaza con seguir su curso y arrollarme!».

De este modo, si Kierkegaard os encuentra en el armario de su casa y os pregunta qué estáis haciendo ahí, no le salgáis con lo de que «En alguna parte tiene que estar uno». Nuestro consejo es que improviséis.



El filósofo francés del siglo XX Jean-Paul Sartre partió de la idea kierkegaardiana del individuo sumido en un aislamiento amedrentador y se extendió sobre las implicaciones que conlleva para la libertad y la responsabilidad humana. Jean-Paul lo resumió de este modo: «La existencia precede la esencia», con lo que quería decir que los seres humanos no tenemos una esencia predeterminada de la manera que la tiene, por ejemplo, un perchero. Somos indeterminados, constantemente libres para reinventarnos a nosotros mismos.

---

Jean-Paul Sartre era bizzo y no demasiado atractivo. Por lo que cabe imaginar que le desconcertara un tanto que su colega existencialista, Albert Camus, ampliara la idea de la libertad humana de Sartre diciendo: «A partir de una edad, cada hombre es responsable de su rostro». Curiosamente, Camus guardaba un poderoso parecido con Humphrey Bogart.

---

---

Si nos vemos como meros objetos con identidades fijas, dejamos de ser. Así de radical. En cierto modo, nos vemos como objetos cuando nos identificamos con un rol social. Eso, dice Sartre, es *mauvaise foi*, o mala fe. Y no es nada bueno.

Sartre contempla a un camarero en un café y observa que ser un camarero consiste en fingir ser un camarero. Los camareros aprenden a ser camareros dando la impresión de que son camareros. Los camareros caminan de una manera determinada, tienen una actitud concreta, se sitúan en un punto

entre la intimidad y el distanciamiento, etc. Todo eso está muy bien siempre que el camarero sea consciente de que sólo es un rol. Pero todos conocemos a camareros que se creen realmente camareros, que creen que eso es lo que son en esencia. *Tres mauvaisefoi!*

Con ejemplos exagerados, los chistes se mofan de nuestra tendencia a identificarnos, sin detenernos a pensar, con actitudes y valores de nuestro grupo social. Consisten, en el fondo, en una estratagema filosófica: la *reductio ad absurdum* o reducción al absurdo.

---

La *reductio ad absurdum* es la clase de argumento lógico que lleva la premisa hasta el punto del absurdo y luego afirma que, por lo tanto, la premisa opuesta también debe ser cierta.

Uno de los argumentos de reducción al absurdo que está haciendo furor últimamente es: «Si ampliamos la idea del matrimonio de tal modo que incluya las uniones de personas del mismo

sexo, ¿qué nos impide  
aprobar asimismo los  
matrimonios entre  
personas y  
ornitorrincos?».

---

En el siguiente chiste basado en la *reductio*, Sol le da un nuevo sentido a la mala fe inherente en el hecho de identificarse con un grupo.

Abe y su amigo Sol salen a dar una vuelta. Pasan junto a una iglesia católica de cuya fachada

cuelga un cartel: 1000 DÓLARES PARA TODO EL QUE SE CONVIERTA. Sol decide entrar y ver de qué va el asunto. Abe le espera afuera. Pasan las horas. Finalmente, sale Sol.

—¿Y? —pregunta Abe —. ¿Qué ha pasado?

—Me he convertido — dice Sol.

—¡No fastidies! —dice Abe—. ¿Te han dado los mil pavos?

Y Sol responde:

—¿Es que no sabes

pensar en nada más?

(Efectivamente, no somos políticamente correctos. Somos filósofos. ¡Denunciadnos si queréis!).

Por otra parte, también es de mala fe considerar que tenemos posibilidades ilimitadas y que no existen restricciones a nuestra libertad.

Están dos vacas pastando en un prado. Y una le dice a la otra:

—¿Qué te parece eso del mal de las vacas



locas?

—¿Y a mí qué me importa? —dice la otra—. Soy un helicóptero.

Para el filósofo existencialista, la verdadera angustia —que ellos llaman *angst* porque pronunciarlo te deja siempre mal sabor de boca— no es el síntoma de una patología que hay que tratar con terapia. No, es una respuesta humana básica a las auténticas condiciones de la existencia humana: nuestra mortalidad, nuestra incapacidad para realizar plenamente nuestro potencial, y la amenaza del sinsentido.

Motivos más que suficientes para que uno desee ser un filósofo *cabezahueca* y no un existencialista.

Los existencialistas insisten en distinguir entre la «angustia existencial», tal como la ansiedad que se siente ante la muerte —que, en su opinión, es fruto de la condición humana—, y la angustia neurótica corriente, que es la que siente Norman:

Norman empezó a hiperventilar en cuanto vio al médico.

—Estoy seguro de que tengo algo en el hígado —

dijo.

—Eso es ridículo —le dijo el doctor—. No se puede saber. El hígado no genera ningún tipo de malestar.

—¡Exacto! —respondió Norman—. Ésos son precisamente mis síntomas.

El existencialista alemán del siglo XXI Martin Heidegger le preguntaría: «¿A eso le llamas tú angustia, Norman? No has empezado a vivir. ¡Y por “vivir”

entiendo pensar constantemente en la muerte!»). Heidegger llegó al extremo de decir que la existencia humana consiste en ser-para-la-muerte. Para vivir de verdad, debemos enfrentarnos sin tapujos a nuestra mortalidad y aceptar la responsabilidad de vivir vidas con sentido a la sombra de la muerte. No hay que intentar huir de la angustia personal y de las responsabilidades personales negando el hecho de la muerte.

Tres amigos mueren en un accidente de automóvil y se encuentran en una sesión informativa en el

cielo. El moderador les pregunta qué les gustaría que sus amigos y parientes dijeran de ellos ante su tumba.

El primer hombre dice:

—Espero que la gente diga de mí que era un médico excelente y un buen padre de familia.

El segundo hombre dice:

—Me gustaría que dijeran que, en calidad de maestro, cambié las vidas de mis alumnos.

El tercer hombre dice:  
—A mí me gustaría  
que alguien dijera: ¡Mirad,  
se está moviendo!

Para Heidegger, vivir a la sombra de la muerte no es sólo una actitud más corajuda; es la única manera auténtica de vivir, porque nos puede tocar en cualquier momento.

Un hombre le pregunta  
a una adivina cómo es el  
cielo. La adivina se  
concentra en su bola de

cristal y dice:

—Estooooo... Veo buenas noticias y malas noticias. Las buenas son que hay varios campos de golf en el cielo y que son todos de una belleza inigualable.

—¡Vaya! ¡Fantástico!  
¿Y las malas?

—Que tienes uno reservado para mañana a las ocho y media.

¿Sigues en la fase de la negación?

Veamos qué pasa con el siguiente:

PINTOR: ¿Qué tal van mis ventas?

PROPIETARIO DE LA GALERÍA:

Bueno, pues tengo buenas y malas noticias. Vino un hombre y me preguntó si eras un pintor que se revalorizaría al morir. Cuando le dije que pensaba que sí, compró todo lo que tenía tuyo en la galería.

PINTOR: ¡Vaya! ¡Es maravilloso! ¡Y las malas noticias?

PROPIETARIO: El comprador era tu médico.

No obstante, de vez en cuando oímos historias acerca de la muerte que le miran a la cara a la *angst* por excelencia y se ríen de ella. Gilda Radner tuvo las



agallas de contar este chiste cara al público después de que le hubieran diagnosticado un cáncer terminal.

Una mujer con cáncer va a ver a su oncólogo, que le dice:

—Bueno, me temo que hemos llegado al final del trayecto. Sólo le quedan ocho horas de vida. Váyase a casa y sáqueles tanto partido como pueda.

La mujer se va a su casa, le da la noticia a su marido y dice:

—Cariño, hagamos el amor durante toda la noche. Y el marido responde:

—¿Sabes que hay veces en que el sexo te apetece y otras veces en que no? Bueno, pues esta noche no estoy de humor.

—Por favor —ruega la mujer—. Es mi última voluntad, amor mío.

—Es que no me apetece —insiste el marido.

—Te lo ruego, amor

mío.

—Ya, para ti es fácil decirlo. Como mañana no tienes que levantarte temprano...



*«¿Has pensado alguna vez  
convertirte en pato?».*

Este dibujo ilustra los límites de

nuestra libertad. Un hombre puede plantearse, razonablemente, convertirse en testigo de Jehová, pero ¿tiene sentido que se plantee convertirse en un pato?

El dibujo contiene otro enigma existencialista: «Esos patos, ¿quiénes se creen que son?».

La insistencia de los existencialistas en afrontar la angustia ante la muerte ha creado una nueva industria en miniatura, el movimiento de cuidados paliativos, fundado por la filosofía bioética de la doctora Elizabeth Kübler-Ross en el siglo XX, y que fomenta la aceptación de la muerte con entereza.

---

EL CLIENTE DE UN RESTAURANTE: ¿Cómo se preparan aquí los pollos?

COCINERO: Ah, pues no hacemos nada especial. Sencillamente, les decimos que van a morir.

TASSO: ¿De qué te ríes? Te estoy hablando de la angustia ante la muerte. No le veo la gracia, la verdad.

DIMITRI: Es que hay cosas peores que la muerte.

TASSO: ¿Peores que la muerte? ¿Cómo

qué?

DIMITRI: ¿Has pasado alguna vez una velada con Pitágoras?

# Filosofía del lenguaje

*Cuando el ex presidente William Jefferson Clinton respondió a un interrogatorio con la siguiente frase: «Depende de su definición de lo que es “es”», estaba haciendo filosofía del lenguaje. Aunque a lo mejor también estaba haciendo otras cosas.*

DIMITRI: Me parece que estoy empezando a ver claro a qué te refieres, Tasso. Este asunto de la filosofía consiste en hacer juegos de



palabras.

TASSO: ¡Exacto! Empezamos a entendernos.

DIMITRI: ¡Lo admites! ¡La filosofía no es más que semántica!

TASSO: ¿No es más que semántica?  
¿Con qué hacer filosofía si no, con gruñidos y risitas tontas?

## FILOSOFÍA DEL LENGUAJE COMÚN

Ludwig Wittgenstein y sus seguidores en la Universidad de Oxford a mediados del siglo XX sostuvieron que los temas

clásicos de la filosofía —el libre albedrío, la existencia de Dios y toda la pesca— eran complicados porque se planteaban en un lenguaje confuso y confundidor. Su labor, en tanto que filósofos, consistió en deshacer los nudos lingüísticos, en enmarcar de nuevo los temas, en lograr la invención más reciente para la resolución de los rompecabezas: abandonarlos.

Por ejemplo, allá por el siglo XVII, Descartes afirmó que las personas estamos compuestas de mente y de cuerpo; y que la mente era «el fantasma en la máquina». Después de eso, los filósofos han estado ocupados durante

siglos intentando determinar qué narices era eso. Gilbert Ryle, discípulo de Wittgenstein en Oxford, diría: «¡Planteamiento erróneo! No hay que determinar qué es porque no es nada. Si nos detenemos a ponderar el modo en que hablamos de los acontecimientos que damos en llamar mentales, descubriremos que nuestras palabras son sólo una forma taquigráfica de describir la conducta. No perdemos nada descartando sencillamente la palabra que designa el “lugar” del que supuestamente procede la conducta». Considérala descartada, Gilly.

Es evidente que la pareja de la

siguiente historia necesita replantearse el asunto:

Unos recién casados se mudan a un nuevo apartamento y deciden empapelar el comedor. Hablan con un vecino, que tiene un comedor igual de grande que el suyo, y le preguntan:

—¿Cuántos rollos tuviste que comprar para empapelar el comedor?

—Siete —dice él.

Así que los recién

casados compran siete rollos de un papel muy caro y empiezan a empapelar la sala. Para cuando han agotado el cuarto rollo de papel, ya tienen el comedor terminado. Se van a casa del vecino con la mosca detrás de la oreja.

¡Te hicimos caso y nos han sobrado tres rollos!

—¡Andá! —exclama el vecino—. ¡A vosotros os ha pasado lo mismo!

¡Vaya con el vecino!

---

Estaba la poetisa  
Gertrude Stein en su  
lecho de muerte, cuando  
su pareja, Alice B.  
Toklas, se inclinó sobre  
ella y susurró: «¿Cuál es  
la respuesta, Gertrude?».  
A lo que Stein replicó:  
«¿Cuál era la pregunta?».

---

Wittgenstein achacó todos los errores de la filosofía occidental a lo que él denominó «un lenguaje

embrujaado», con lo que se refería a que las palabras nos pueden llamar a engaño sobre la categorización de las cosas. La forma gramatical de las frases con las que se plantean las cuestiones filosóficas nos embauca de antemano. Por ejemplo, en su mágnum opus, *El ser y el tiempo*, Heidegger se refería a «nada» como si designara una *cosa* rara. Existe un ejemplo similar de confusión lingüística:

—Freddy, espero que vivas cien años, y tres meses. —Gracias, Alex. Pero ¿por qué «y tres

meses»?

—Es que no quiero que mueras de repente.

Si pensáis que a Alex le confunde el lenguaje, mirad lo que le ocurre a Garwood en la siguiente historia:

Garwood va al psiquiatra, donde se lamenta de que no ha tenido nunca novia.

—No me extraña — dice el loquero—. Huele que apesta.



—Y que lo diga — responde Garwood—. Es por mi trabajo. Trabajo en el circo, cuido de los elefantes y limpio sus deposiciones. Por más que me lavo, no me libero de este hedor.

—¡Pues deje ese trabajo y búsquese otro! — le dice el psiquiatra.

—¿Está de guasa? — se asombra Garwood—. ¿Y dejar el mundo del espectáculo?

Garwood confunde la denominación «mundo del espectáculo» —que, en su caso, consiste en limpiarles las cacas a los elefantes— y la connotación emocional de «mundo del espectáculo», por la que lo importante es estar bajo los focos.

Según los filósofos del lenguaje común, el lenguaje tiene más de un propósito y se utiliza de modo distinto en los diferentes contextos. El filósofo de Oxford John Austin señaló dicho extremo al decir que «prometo» es un giro lingüístico totalmente distinto a decir «pinto». Decir «pinto» no es lo mismo que pintar, pero decir «prometo»

es equivalente a prometer. Utilizar el lenguaje adecuado para un marco lingüístico en otro marco distinto provoca confusiones filosóficas y falsos rompecabezas... una sucesión conocida como la historia de la filosofía.

Los filósofos del lenguaje común opinaron que el debate filosófico que se había establecido durante siglos sobre la creencia en Dios se enmarañaba al intentar dilucidar la cuestión como si se tratara de un hecho. Dijeron que el lenguaje religioso es un lenguaje distinto de por sí. Algunos afirmaron que en un lenguaje evaluativo como el que utilizan los críticos cinematográficos Ebert y

Roeper, «Creo en Dios» no significa más que «Creo que algunos valores son estupendos». Otros dijeron que el lenguaje religioso expresa emociones. «Creo en Dios» significa «¡Cuando pienso en el universo, se me pone la piel de gallina!». Ninguno de esos lenguajes alternativos tiene como consecuencia el lío filosófico en que te metes cuando dices «Creo en Dios». ¡Zas! ¡Problema resuelto! Y 2500 años de filosofía de la religión se van por el sumidero.

En la siguiente historia, Goldfinger y Fallaux están hablando en dos contextos lingüísticos distintos. El hecho de que, además, hablen dos idiomas diferentes,

tampoco ayuda.

Goldfinger está en un crucero de vacaciones. La primera noche, se sienta a cenar con monsieur Fallaux, un francés, que alza la copa en deferencia a su compañero de mesa y dice:

—*Bon appétit!*

Goldfinger levanta su copa y replica:

—¡Goldfinger!

Esto se repite, durante casi todo el crucero hasta

que, al final, el sobrecargo del barco no puede soportarlo más y le explica a Goldfinger que «*bon appetit*» es la expresión francesa para decir «buen provecho».

Goldfinger, abochornado, espera con impaciencia la comida siguiente para resarcirse de su error. Entonces, antes de que Fallaux abra la boca, Goldfinger levanta la copa y dice:

—*Bon appetit!*

A lo que Fallaux  
responde:  
—¡Goldfinger!

Historias en las que los distintos personajes se proponen cosas diferentes, y que nos proporcionan analogías de lo más chusco sobre cómo los distintos marcos lingüísticos complican la comunicación.

Tommy va a  
confesarse y le dice al  
sacerdote:  
—Perdóneme, padre,

porque he pecado. He estado con una mujer de vida disoluta.

—Tommy, ¿eres tú? — le pregunta el cura.

—Ay, padre, sí soy yo, sí.

—¿Con quién has estado, Tommy?

—Mejor no se lo cuento, padre.

—¿Con Bridget?

—No, padre.

—¿Con Colleen?

—No, padre.

—¿Ha sido con



Megan?

—No, padre.

—Vale, Tommy, pues reza cuatro padrenuestros y cuatro avemarías.

Cuando Tommy sale de confesarse, su amigo Pat le pregunta qué tal le ha ido.

—¡De maravilla! —dice Tommy—. Me ha impuesto cuatro padrenuestros, cuatro avemarías, y me ha dado tres chivatazos geniales.

En la siguiente historia, el sacerdote es presa del entendimiento que tiene él del marco en el que está teniendo lugar el intercambio —el confesionario—, y es incapaz de imaginar un marco de referencias distinto.

Un hombre se arrodilla en el confesionario y le dice al cura:

—Padre, tengo setenta y cinco años y ayer por la noche les hice el amor a dos chicas de veinte años, a la vez.

—¿Cuándo fue la

última vez que te confesaste? —pregunta el sacerdote.

—No me he confesado nunca, padre —responde—. Soy judío.

—Entonces —dice el padre asombrado—. ¿Por qué me lo cuentas a mí?

—¡Porque se lo cuento a todo el mundo! —exclama el hombre.

Hay muchos chistes basados en dobles sentidos, en los que la frase cobra un significado radicalmente

distinto cuando se coloca en un marco de referencia lingüístico distinto. En realidad, lo que da risa es precisamente el equívoco que se produce entre ambos marcos.

En un bar, hay un pianista tocando y un mono que va de mesa en mesa recogiendo las propinas. El pianista está interpretando una pieza cuando el mono salta sobre el mostrador, se acerca a un cliente y le mete los testículos en la

copa que se estaba tomando. El hombre, ofendidísimo, se acerca al pianista y le dice:

—¿Usted tiene idea de dónde mete su mono las pelotas?

Y el pianista le responde:

—No, pero si me la tararea igual se la saco.

Hay muchos acertijos que nos pillan porque asumimos que estamos en un marco de referencia lingüístico, cuando en realidad estamos en otro.

—¿Cuál de las siguientes cosas no pertenece al conjunto: herpes, gonorrea o un bloque de apartamentos en Cleveland?

—Está claro, el bloque de apartamentos.

—No, la gonorrea. Es la única cosa de la que te puedes librar.

Se ha criticado la filosofía del lenguaje común por considerarla un

mero juego de palabras, pero Wittgenstein insistió en que la confusión de marcos de referencia lingüísticos puede conducir a errores fatales.

Billingsley va a ver a su amigo, Hatfield, que está muriéndose en el hospital. Cuando Billingsley se coloca junto a la cabecera de su cama, la debilitada salud de Hatfield empeora, y pide, desesperado, que le den algo con que escribir. Billingsley le acerca un bolígrafo y un

pedazo de papel, y Hatfield emplea sus últimas fuerzas en garabatear una nota. En cuanto termina de escribirla, fallece. Billingsley se mete la nota en el bolsillo, incapaz, en la consternación del momento, de prestarle atención.

Pocos días después, mientras Billingsley está hablando con la familia de Hatfield en el velatorio, se da cuenta de que lleva la nota en el bolsillo del traje.



—Hat me entregó una nota antes de morir — anuncia a la familia—. Aún no la he leído pero, conociéndole, seguro que son palabras de consuelo para todos nosotros.

Y lee en voz alta:

—¡Estás pisando el tubo del oxígeno!

Resulta irónico que un movimiento filosófico que depende de la utilización precisa del lenguaje haya nacido entre británicos. Ellos, cuyos chistes tan a menudo tratan de su propia confusión

con el lenguaje.

# EL ESTATUS LINGÜÍSTICO DE LOS NOMBRES PROPIOS



*«Nunca te he dicho “Te amo”, te he dicho “Te quiero”. ¡Es muy diferente!».*

---

Ésta es una acalorada  
discusión entre

Wittgenstein y una filósofa más tradicional, identificable por el clásico collar de perlas.

Adviértase que la tradicionalista considera claramente que las expresiones «Te amo» y «Te quiero» son equivalentes.

Wittgenstein ve la necesidad de corregirla, explicándole que el sentido de una palabra viene determinado por las reglas de su uso.

Dado que las expresiones  
«Te amo» y «Te quiero»  
se usan de muy distinta  
manera en el lenguaje  
común, tienen distintos  
sentidos y, por  
consiguiente,  
implicaciones sociales  
muy distintas.

---

Durante aproximadamente los últimos cincuenta años, la filosofía se ha vuelto más y más técnica, menos preocupada por cuestiones generales como el libre albedrío o la existencia de Dios, y

mucho más preocupada por la claridad lógica y lingüística. No vamos a citar nombres, pero alguno de estos filósofos parece haber tocado fondo, como los filósofos más recientes que han estudiado el significado de los nombres propios. En opinión de Bertrand Russell, los nombres son descripciones abreviadas. «Michael Jackson», por ejemplo, no es más que un diminutivo de «cantante de piel rosada y una rinoplastia de lo más peculiar».

Para un filósofo contemporáneo conocido por el nombre «Saul Kripke», los nombres de los individuos no tienen nada que ver con las descripciones

abreviadas. Son «designadores rígidos» (o, en la lengua de todo hijo de vecino, «etiquetas»); su conexión con las personas o las cosas que nombran es la cadena de transmisión histórica a través de la que han ido pasando de uno a otro.

Cuando quiso probar suerte en el mundo del espectáculo, Myron Feldstein cambió su nombre por el de Frank Williamson. Un día, le dieron un papel protagonista en una producción de Broadway y

lo celebró con una gran fiesta en su ático. Invitó a su madre a la fiesta, pero ésta no apareció.

Al día siguiente se encontró a su madre sentada en la portería del edificio. Le preguntó qué estaba haciendo allá, y por qué no había ido a la fiesta.

—No encontré el apartamento —le dijo ella.

—¿Por qué no le preguntaste al portero?

—Lo pensé, créeme.



Pero la verdad es que no  
lograba recordar tu  
nombre.

Frank o, como le llamaría su madre,  
Myron, había interrumpido la cadena de  
transmisión histórica de «Myron».

---

## TEST

¿Qué teoría de los  
nombres, la de Russell o  
la de Kripke, está en  
juego en el siguiente  
chiste?

Un joven naufraga y aparece, solo, en una isla desierta. Un día, ve a un nadador que avanza hacia la orilla. Cuál es su sorpresa cuando descubre que se trata, nada más y nada menos, que ¡de Halle Berry! Al cabo de pocas horas, se han convertido ya en apasionados amantes. Las siguientes semanas transcurren mientras ellos hacen el amor con

desenfreno. Un día, el  
hombre le pregunta a

Halle:

—¿Me harías un favor  
especial?

—Lo que tú me pidas —  
responde esa mujer tan  
bella.

—¿Podrías cortarte el  
pelo muy corto y dejar  
que te llame Ted?

—Aaaay... me parece un  
poco extraño —dice  
Halle.

—Hazlo, por favor, por  
favor, por favor.

—Bueno, de acuerdo —  
le concede la chica.

Esa tarde, cuando pasean  
por la playa cogiditos de  
la mano, el joven se  
vuelve hacia ella y le  
dice:

—Ted, ¿no te vas a creer  
a quién me estoy tirando!

---

## LA FILOSOFÍA DE LA AMBIGÜEDAD

Uno de los conceptos contemporáneos,

técnicos y lingüísticos se conoce por «vaguedad», un nombre decepcionantemente banal. La «vaguedad» es un concepto utilizado por filósofos llamados «lógicos de la ambigüedad» (en serio) para describir la cualidad de «tener valor de verdad del uno al diez», en lugar de ser, simple y llanamente, verdadero o falso. «Este hombre es calvo», por ejemplo, se puede utilizar para referirnos a todos los que estén entre Michael Jordan y Matt Lauer. Aunque, desde el punto de vista de Matt, el término es demasiado vago.

Algunos filósofos han considerado que la vaguedad es un defecto inherente

a todos los lenguajes naturales —del sueco al suahili— y han abogado por la construcción de un lenguaje artificial, tal como el matemático, con el fin de eliminar la vaguedad.

En la siguiente historia, el guarda está intentando mezclar un lenguaje natural vago con la precisión del lenguaje matemático, con las consecuencias que cabe esperar:

Unos turistas están en el Museo de Historia Natural maravillados ante los huesos de un dinosaurio y uno de ellos le

pregunta al guarda:

—¿Sabe qué antigüedad tienen estos huesos? El guarda responde: —Tres millones, cuatro años y seis meses.

—¡Qué exactitud! — exclama el turista—. ¿Y cómo sabe su edad con tanta precisión? El guarda le responde:

—Bueno, los huesos tenían tres millones de años cuando empecé a trabajar aquí, y de eso hace cuatro años y medio.

William James describió un espectro de maneras de pensar, que van desde las «mentalidades blandas» hasta las «mentalidades duras». La mayoría de los filósofos mantienen que los lenguajes vagos y naturales tienen una ventaja sobre el matemático: nos dan más margen.

Una anciana de ochenta años irrumpe en la sala de estar de los hombres de un asilo. Blande el puño cerrado y anuncia:

—El que adivine lo que



llevo aquí podrá acostarse conmigo esta noche.

Al fondo, un anciano grita:

—¿Un elefante?

La mujer piensa durante un momento y dice:

—¡Casi!

Los filósofos duros podrían darle mucho margen a esta anciana, pero no dejarían de señalar ejemplos en los que la precisión es importante y la vaguedad de los lenguajes naturales sería desastrosa. Tal vez un lenguaje artificial

habría podido impedir la siguiente tragedia:

Un telefonista del 091 recibe una llamada de un cazador muerto de miedo.

—¡Me he encontrado un cuerpo ensangrentado en el bosque! ¡Es un hombre y parece muerto! ¿Qué debo hacer?

El telefonista dice, flemático:

—Todo va a ir bien, señor. Siga mis instrucciones. Lo primero

es que deje un momento el teléfono y se asegure de que está muerto.

Silencio al teléfono seguido por el sonido de un disparo. La voz del hombre regresa:

—Muy bien. Y ahora, ¿qué?

---

## NORMAS DE LA VAGUEDAD

Una historia real:  
Guy Goma estaba sentado

en la recepción de la  
BBC, esperando a que le  
entrevistaran para un  
puesto de procesador de  
datos, cuando un  
productor de televisión  
entra en la sala y  
pregunta:

—¿Eres Guy Kewney?

El señor Goma, que es  
del Congo y no está  
familiarizado con el  
inglés, responde:

—Sí.

El productor le mete a  
toda prisa en un estudio,

donde el presentador de las noticias en directo está esperando entrevistar a un experto en derecho financiero acerca de un pleito entre Apple Computer y la compañía discográfica Apple Corps.

—¿Le ha sorprendido la decisión judicial que se ha hecho pública hoy? — pregunta el presentador.

Tras un momento de verdadero pánico, el señor Goma decide

probar suerte.

—Me ha sorprendido el veredicto, porque no me lo esperaba —responde.

—Una gran sorpresa — dice su anfitrión en el programa.

—Exactamente —afirma el señor Goma.

El entrevistador le pregunta si el veredicto va a permitir que la gente se siga bajando música de Internet, y el señor Goma vaticina que, en el futuro, cada vez será más

la gente que se baje  
música.

El entrevistador coincide  
con su opinión.

—¡Muchísimas gracias!  
—exclama.

---

DIMITRI: Esto aclara todo lo que hemos  
estado hablando.

TASSO: ¿En qué sentido?

DIMITRI: Lo que tú llamas «filosofía»,  
yo lo llamo «chiste».

# Filosofía social y política

*La filosofía política y social aborda el tema de la justicia en la sociedad. ¿Por qué necesitamos a los gobiernos? ¿Cómo deberían distribuirse los bienes? ¿Cómo podemos establecer un sistema social justo? Estas cuestiones solían dirimirse cuando el más fuerte le daba al más débil en la cabeza con un hueso, pero tras siglos de filosofía social y política, la sociedad ha llegado a la conclusión de que los*



*misiles son mucho más efectivos.*

DIMITRI: Tasso, podemos hablar de filosofía hasta el agotamiento pero, cuando se trata de abrirse paso a empujones a través de las dificultades, lo que de verdad me importa es tener mi casita, una oveja y tres comidas decentes al día.

*Tasso empuja a Dimitri.*

DIMITRI: ¿Qué haces?

TASSO: ¿Qué me impide empujarte —o empujar a otros— si me da la gana?

DIMITRI: ¡Los guardianes del Estado!

TASSO: ¿Y ellos cómo saben qué hacer y

por qué?

DIMITRI: ¡Por Zeus! No me digas que estamos hablando otra vez de filosofía...

## EL ESTADO NATURAL

Los pensadores que, a lo largo del siglo XVII y XVIII, se dedicaron a la filosofía política —como Thomas Hobbes, John Locke o Jean-Jacques Rousseau— explicaron el impulso de constituir un gobierno a partir de la inseguridad en la que vivía el hombre en el caótico y violento estado natural. No se referían

sólo a los peligros que suponían las fieras en la naturaleza; también pensaban en la ausencia de leyes, el riesgo de conducir en los dos sentidos, los vecinos ruidosos, el adulterio y todas esas cosas. Esos inconvenientes llevaron a hombres y mujeres a organizarse en Estados soberanos. Se aceptaron los límites de las libertades individuales en tanto que intercambio justo en bien del Estado.

Los investigadores del Instituto Nacional de Sanidad capturaron un conejo salvaje y se lo

llevaron al laboratorio. Cuando llegó, se hizo amigo de un conejo que había nacido y se había criado en el laboratorio.

Una tarde, el conejo salvaje reparó en que no habían cerrado bien su jaula y decidió apostar por la libertad. Invitó al conejo de laboratorio a unirse a la fuga. Pero éste no lo veía claro; no había estado nunca fuera del laboratorio. Finalmente, el conejo salvaje lo convenció

de que lo intentara.

—Te enseñaré el tercer mejor campo —le dijo el conejo salvaje una vez que estuvieron los dos en libertad, y llevó al conejo de laboratorio a un huerto de lechugas.

Después de comer hasta hartarse, el conejo salvaje dijo:

—Ahora te enseñaré el segundo mejor campo —y se llevó al conejo de laboratorio a una plantación de zanahorias.

—Y ahora te enseñaré el campo número uno — dijo una vez que se habían dado un atracón de zanahorias. Y llevó al conejo a una conejera llena de conejas. Todo un paraíso donde pasaron la noche haciendo el amor como conejos.

Cuando estaba apuntando el alba, el conejo de laboratorio anunció que tenía que volver al laboratorio.

—¿Por qué? —

preguntó el conejo salvaje —. Te he enseñado el campo número tres, el de las lechugas; el número dos, el de las zanahorias; y el número uno, el de las chicas. ¿Por qué quieres volver al laboratorio?

—No lo puedo evitar — respondió el conejo de laboratorio—. ¡Me muero por fumarme un cigarrillo!

Ésas son las ventajas de una sociedad organizada.

Al describir lo que sería la vida humana sin ninguna forma de gobierno, Hobbes calificó el estado natural del hombre con una serie de adjetivos que se hicieron famosos: «solitario, desposeído, vil, brutal y breve». No nos consta que Hobbes fuera un cómico, pero esas listas que tienen un *clinker*<sup>[5]</sup> al final siempre resultan divertidas, como la de la anciana que se quejaba de que la comida de su residencia era «fría, repulsiva, requemada, asquerosa y de porciones demasiado escasas».

Otro aspecto de la naturaleza humana que Hobbes no anticipó fue lo



pintoresco de la vida en el estado natural, especialmente esos días en que algunos intentamos ponernos en contacto con la mujer o el hombre salvaje que todos llevamos dentro.

Trudy y Josephine se apuntaron a un safari por la Australia meridional. Una noche un aborigen en taparrabos se coló en su tienda, sacó a Trudy de su catre y se la llevó a la jungla donde «le hizo lo que le dio la gana». No la encontraron hasta la

mañana siguiente, tumbada y aturdida al pie de una palmera. La condujeron a toda prisa al hospital de Sidney para que la examinaran y se recuperara. Al día siguiente, Josephine visitó a Trudy, y vio que su amiga estaba muy decaída.

—Te debes de sentir fatal —dijo Josephine.

—¡Claro que me siento fatal! —respondió Trudy—. Han pasado veinticuatro

horas y ni una postal, ni unas flores... ¡ni siquiera me ha llamado!

## LA LEY DEL MÁS FUERTE

A Maquiavelo, autor de *El príncipe* en el siglo XVI, se le conoce como el padre del moderno arte de gobernar porque aconsejó a los príncipes renacentistas que ignoraran los estándares aceptados de lo que era la virtud e «incurrieran en el mal cuando fuera necesario». No reconocía ninguna autoridad más elevada que el Estado, así que los

consejos que les daba a los príncipes eran... en fin, maquiavélicos. Admitió sin empacho que consideraba una virtud todo aquello que permitiera que el príncipe sobreviviera políticamente. Aunque para el príncipe es mejor que le teman a que le amen, debe evitar que le odien, pues eso puede poner en peligro su poder. Lo mejor de todo es perseguir despiadadamente el poder aparentando ser honrado. A saber:

Una mujer denuncia a un hombre por haberla difamado, y los cargos consisten en que la ha

llamado «cerda». Se declara que el hombre es culpable y le obligan a pagar los daños y perjuicios. Tras el juicio, el hombre le pregunta al juez:

—¿Significa esto que ya no podré llamar «cerda» a la señora Harding?

El juez dice:

—Exactamente.

—¿Y tampoco puedo llamar señora Harding a una cerda?

—Si quiere —le dice el

juez—. Usted puede llamar señora Harding a una cerda. Eso no constituye delito alguno. El hombre mira a la señora Harding a los ojos y le dice:

—Buenas tardes,  
señora Harding.

Los chistes han reconocido siempre que el fraude maquiavélico nos ha tentado a todos, especialmente cuando estamos casi seguros de que no nos pillarán.

Un hombre gana 100 000 dólares en Las Vegas y, como no quiere que lo sepa nadie, se los lleva a casa y los entierra en el patio. Al día siguiente, regresa y se encuentra un agujero vacío. Ve huellas que se dirigen a la casa de al lado, donde vive un sordomudo. Decide pedirle a un profesor que vive en la misma calle, y conoce el lenguaje de los signos, que le acompañe a hablar con el vecino. El hombre

empuña su pistola, y él y el profesor llaman a la puerta del vecino. Cuando el vecino contesta, el hombre agita la pistola ante su cara y le dice al profesor:

—¡Dile a este tipo que, si no me devuelve mis cien mil dólares, le pego un tiro aquí mismo!

El profesor le transmite el mensaje al vecino, quien responde que ha escondido el dinero en su jardín, bajo un cerezo.

El profesor se vuelve



hacia el hombre y le dice:

—Se niega a decirlo.

Dice que antes muerto.

No constituye ninguna sorpresa que Maquiavelo fuera defensor de la pena de muerte, puesto que para el príncipe siempre será mejor que le consideren severo a que le consideren magnánimo. En otras palabras, era de la misma opinión que el cínico que decía: «La pena capital significa que nunca tendrás que decir: “¿Otra vez tú?”».

Por más honestos que parezcamos a simple vista —o incluso en nuestras mentes—, Maquiavelo creía que todos

tenemos un corazón maquiavélico.

A la señora Parker la convocan para formar parte de un jurado pero ella pide que la dispensen, puesto que no cree en la pena capital. El defensor público le dice:

—Señora, no es un juicio por asesinato. Es un proceso civil. Una mujer ha denunciado a su ex marido porque perdió en las apuestas los veinticinco mil dólares que había

prometido invertir en las reformas del baño como regalo de cumpleaños para ella.

—De acuerdo, participaré en el juicio — dice la señora Parker—. Puede que esté equivocada en lo de la pena de muerte.

---

Pero, a ver, un momento.  
¿Y si se estuvieran riendo de nosotros? Algunos historiadores creen que

Maquiavelo se mofaba de nosotros porque, en el fondo, defendía una especie de maquiavelismo opuesto: con una apariencia de maldad pero que, en realidad, suscribía las virtudes antiguas. A fin de cuentas, a ver si resulta que Maquiavelo estaba haciendo una sátira del despotismo. ¿Hay que recordar su ensayo: *El príncipe: ciencia política o sátira*

*política?* El historiador  
Garrett Mattingly,  
ganador del premio  
Pulitzer, sostiene que se  
ha acusado falsamente a  
Maquiavelo: «La idea de  
que ese librito [*El  
príncipe*] pretendía ser  
un tratado serio y  
científico sobre el  
gobierno contradice todo  
cuanto sabemos sobre la  
vida de Maquiavelo,  
sobre sus escritos y sobre  
la historia de su tiempo».

En otras palabras,

Mattingly piensa que  
Maquiavelo era una  
oveja con piel de lobo.

---

## FEMINISMO

He aquí un acertijo con el que la gente se ha devanado los sesos durante décadas:

Un hombre es testigo de un terrible accidente en bicicleta de su hijo. Sale corriendo, lo coge, lo

coloca en el asiento de atrás de su coche y se va corriendo a urgencias. Cuando llevan al chico al quirófano, su cirujano dice:  
—¡Oh, Dios mío! ¡Es mi hijo!

¿Cómo es posible?

¡Eh, vamos! ¡El cirujano es su madre!

Hoy en día, el acertijo no desconcertaría ni a Rush Limbaugh,<sup>[6]</sup> el número de médicas de este país se está equiparando rápidamente al número de

médicos. Está claro que es una de las consecuencias del poder de la filosofía feminista de finales del siglo XX.

---

Cuando la BBC realizó una encuesta entre sus oyentes para determinar quién había sido el mayor filósofo de la humanidad, no se incluyó a ninguna mujer entre los veinte primeros nombres. (Ganó Karl Marx). Las mujeres de letras de todo el mundo montaron en



cólera. ¿Dónde estaba la  
platónica griega Hipatia?

¿Dónde estaba la  
ensayista medieval

Hildegarda de Bingen?

¿Por qué excluir a Eloísa  
cuando Abelardo, que  
aprendió tanto de ella  
como ella de él, estaba  
entre los votados (aunque  
no entre los veinte  
primeros)? ¿Quién se  
había acordado de Mary  
Astell, profeminista del  
siglo XVII? ¿Y las  
representantes en la era

moderna, como Hannah  
Arendt, Iris Murdoch y  
Ayn Rand?

¿Será que la academia es  
furibundamente machista  
y que eso explica que el  
público culto ignore la  
existencia de esas  
grandes filósofas? ¿O hay  
que culpar a sus necios  
coetáneos por el olvido  
al que arrojaron a esas  
mujeres?

---

El despertar de la filosofía feminista

se remonta al siglo XVIII y a la obra seminal (¿o habría que decir ovular?) de Mary Wollstonecraft *Vindicación de los derechos de la mujer*. En este tratado, acusa nada menos que a Jean-Jacques Rousseau por haber propuesto un sistema educativo inferior para las mujeres.

El feminismo emprendió una reinterpretación del existencialismo del siglo XX con la publicación de *El segundo sexo* de la filósofa (y amante de Jean-Paul Sartre) Simone de Beauvoir. En su obra, la escritora francesa afirmó que no existía lo que se da en llamar feminidad esencial, y que ese concepto

no era sino una camisa de fuerza que los hombres habían impuesto a las mujeres. Por el contrario, las mujeres eran libres de crear su propia versión de aquello en lo que consiste ser mujer.

Pero ¿hasta qué punto es elástica la idea de feminidad? ¿Acaso el aparato reproductor con el que nacemos no tiene nada que ver con la identidad de género? Algunas feministas posdebeauvoirianas así lo afirman. Sostienen que nacemos todos con una sexualidad en blanco; que obtenemos posteriormente nuestra identidad de género a partir de nuestros padres y la sociedad que nos rodea. En nuestros

días, el aprendizaje de los roles de género se ha complicado como nunca antes.

Dos gais están de pie en una esquina cuando pasa una rubia maravillosa y escultural enfundada en un vestido de gasa muy corto y ajustado.

Y le dice uno de los hombres al otro:

—¡En momentos como éste, me gustaría ser lesbiana!

¿Son realmente los roles de género tradicionales un mero constructo social, inventado por los hombres para seguir subordinando a las mujeres? ¿O son roles determinados por la biología? Es un enigma que sigue dividiendo tanto a filósofos como a psicólogos. Algunos pensadores de peso se inclinaron claramente por el determinante biológico de la diferencia. Por ejemplo, cuando Freud declaró que «La anatomía es el destino», estaba utilizando un argumento teleológico para sacar a colación que la manera en que está formado el cuerpo de una mujer determina su rol en la sociedad. Lo que

no está claro es a qué atributos anatómicos se refería cuando concluyó que planchar era cosa de mujeres. Otro determinista biológico es David Barry, quien señaló que, si una mujer tiene que optar entre coger la pelota de béisbol o salvar la vida de un niño, escogería salvarle la vida al niño, sin comprobar siquiera si había un hombre en la base.

También se plantea la cuestión de si los hombres están, a su vez, determinados biológicamente. Por ejemplo, ¿es por su anatomía por lo que los hombres están predispuestos a utilizar criterios primitivos a la hora de elegir esposa?

Un hombre está saliendo con tres mujeres a la vez e intentando decidir con cuál se casará. Le da 5000 dólares a cada una para ver qué hacen con el dinero.

La primera se somete a una sesión de belleza integral. Va a un salón de belleza donde la peinan, le hacen la manicura y un tratamiento facial y se compra ropa nueva. La chica le dice que lo ha hecho para resultarle más



atractiva, porque ella lo quiere mucho.

La segunda le compra muchos regalos. Un juego nuevo de palos de golf, algunos accesorios para el ordenador y ropa cara. Le dice que se ha gastado todo el dinero en él, porque lo quiere mucho.

La tercera invierte el dinero en bolsa. Lo recupera con creces. Le devuelve los 5000 dólares y reinvierte el resto en una cuenta conjunta. Le dice

que ha invertido en el futuro de ambos porque lo quiere mucho.

¿A quién elige?

A la que tiene las tetas más grandes.

---

Debatir la cuestión: ¿éste es un chiste antifeminista o es un chiste *antineciosmachistas*?

---

He aquí otro texto que aboga por las diferencias esenciales entre hombres y

mujeres. Tienen que ser esenciales porque el Primer Hombre vivió libre de constructos sociales y su impulsividad era, por consiguiente, innata.

Aparece Dios ante Adán y Eva en el jardín del Edén y anuncia que tiene dos dones, uno para cada uno, y que le gustaría que eligieran cuál quieren.

—El primer don es el de orinar de pie —dice. Adán, sin dar tiempo a Eva reaccionar, dice:

—¿Mear de pie? ¡Debe

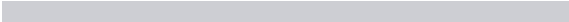
de ser la leche! ¡Ése lo quiero yo!

—De acuerdo —dice Dios—. Te lo concedo, Adán. Eva, a ti te toca el otro: los orgasmos múltiples.

Las consecuencias sociales y políticas del feminismo son legión: derecho al voto, leyes de protección para las víctimas de violaciones, mejor trato y compensación en el lugar de trabajo. Recientemente, otro avance del feminismo se ha convertido en retroceso para los hombres. Ha catalizado en una

nueva categoría: los chistes políticamente incorrectos.

El hecho de catalogar un chiste que se ríe del feminismo como políticamente incorrecto le añade una nueva dimensión a la broma: «Ya sé que este chiste va en contra de la filosofía liberal aceptada pero, venga ya, ¿es que ya no podemos reírnos de nada?». Al contextualizar el chiste de este modo, el humorista reivindica su irreverencia, una calidad que puede hacer que las bromas sean aún más chistosas. O socialmente más peligrosas para el humorista, como se puede ver en este clásico:



Durante un vuelo transatlántico, el avión cruza una impresionante tormenta. Las turbulencias son terribles, y todo va de mal en peor cuando cae un rayo en una de las alas.

Una mujer pierde definitivamente la compostura y va hasta la parte delantera del avión gritando:

—¡Soy demasiado joven para morir!

Y luego añade, a todo pulmón:

—Muy bien. Si voy a morir, quiero que mis últimos minutos en la Tierra sean memorables. ¡Nadie jamás me ha hecho sentir mujer! Pero esto no se va a quedar así: ¿hay alguien en este avión que me pueda hacer sentir mujer?

Durante unos instantes, reina el silencio. Todos han olvidado que están en peligro y contemplan atónitos a la mujer en mitad del pasillo. De

pronto, uno de los hombres que está al fondo se levanta. Es un cachas alto y bronceado, con una mata de pelo negro, y avanza por el pasillo lateral, abriéndose la americana.

—Yo puedo hacerte sentir mujer —le dice.

Nadie se mueve. A medida que el hombre se acerca a ella, la mujer se va excitando más y más. El hombre se quita la camisa. Su pecho es todo



músculo cuando se detiene junto a ella. Entonces alarga el brazo con el que sostiene la camisa, se la da a la temblorosa mujer y le dice:

—Plánchame esto.

La reacción a ese embate de chistes políticamente incorrectos fue una nueva proliferación de historias que empiezan como los típicos chistes machistas, pero que luego le dan un giro por el que la que resulta bien parada es la mujer.

Dos hombres, crupieres de un casino, están esperando ante la mesa de los dados. Llega una rubia explosiva y apuesta 20 000 dólares a una sola tirada de dados.

—Espero que no os importe. Pero la suerte me sonrío más cuando estoy desnuda —dice mientras se quita la ropa. Tira los dados y grita:

—¡Venga, mamá necesita ropa nueva! cariño,

Cuando los dados se detienen, ella empieza a dar saltos, gritando:

—¡SÍ! ¡SÍ! ¡HE GANADO! ¡HE GANADO!

Abraza a cada uno de los crupieres, coge la ropa y lo que ha ganado, y se marcha inmediatamente. Los crupieres se miran uno al otro, boquiabiertos. Finalmente, uno de ellos pregunta:

—¿Qué jugada le ha salido?

Y el otro responde:

—No lo sé, pensaba que lo estabas mirando tú.

Moraleja: No todas las rubias son tontas, pero todos los hombres son hombres.

A continuación, os ofrecemos otro ejemplo del género neofeminista.

Una rubia está sentada junto a un abogado en un avión. El abogado insiste en que jueguen a algo que va a determinar quién tiene

más conocimientos generales. Finalmente, él propone darle una ventaja de uno sobre diez. Cada vez que ella no sepa la respuesta a una de sus preguntas, deberá pagarle 5 dólares a él. Cada vez que él no sepa la respuesta a una de las preguntas de ella, él le pagará 50 dólares.

Ella accede y él le pregunta:

—¿Cuál es la distancia que separa a la Tierra de

la estrella más próxima?

Ella no dice ni pío, se limita a pasarle un billete de 5 dólares.

Entonces, ella le pregunta:

—¿Qué es lo que sube una colina con tres piernas y baja con cuatro?

Él medita la respuesta durante un largo rato pero, finalmente, se ve obligado a admitir que no tiene ni idea. Le pasa 50 dólares.

La rubia mete el dinero en su cartera sin hacer

ningún comentario.

Y el abogado insiste:

—Un momento, ¿cuál es la respuesta a tu pregunta?

Y, sin ni una palabra, ella le tiende un billete de 5 dólares.

## FILOSOFÍAS ECONÓMICAS

En la primera frase del libro clásico de Robert Heilbroner sobre los

economistas teóricos, *The Wordly Philosophers*, el autor admite que «éste es un libro sobre unos cuantos hombres con una curiosa reivindicación de la fama». Sí, incluso la economía tiene sus propios filósofos.

El filósofo y economista escocés Adam Smith escribió su obra ovular (¿o hay que decir seminal?) *Tratado sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* el mismo año que se declaró la independencia de los Estados Unidos de América. La obra estableció el anteproyecto del capitalismo de libre mercado.

Una de las facultades del



capitalismo, según Smith, es que promueve la creatividad económica. Parece que el interés propio, igual que la perspectiva de que le cuelguen a uno, ayuda a concentrarse.

Un hombre entra en el banco y pide un préstamo de doscientos dólares durante seis meses. El agente bancario le pregunta qué bienes pueden avalarle. El hombre responde:

—Tengo un Rolls-Royce. Aquí tiene las

llaves. Quédeselas hasta que acabe de devolver el préstamo.

Seis meses después el hombre regresa al banco, paga los doscientos dólares más diez dólares de intereses y recupera su Rolls. El agente bancario le dice:

—Señor, si no es indiscreción, ¿cómo es posible que un hombre que conduce un Rolls necesite un préstamo de doscientos dólares?

El hombre responde:

—Tuve que irme a Europa durante seis meses y, ¿dónde, sino aquí, podía guardar el Rolls por sólo diez dólares?

Según la teoría capitalista, la «disciplina del mercado» regula la economía. Un buen control de existencias, por ejemplo, puede suponer la ventaja competitiva de un negocio.

ENTREVISTADOR:

Señor, ha amasado usted una fortuna considerable a lo largo de su vida. ¿Cómo hizo el dinero?

MILLONARIO: En el sector de las palomas mensajeras.

ENTREVISTADOR:  
¡Palomas mensajeras! ¡Es fascinante! ¿Y cuántas habrá vendido?

MILLONARIO: Sólo una, pero siempre regresa.



*«Sí, cariño, mamá tiene que cuidarse las manos por si*

*alguna vez tiene que volver  
a dedicarse a la  
neurocirugía».*

A medida que el capitalismo ha ido evolucionando, la filosofía de la economía ha tenido que ir poniéndose al día. Las innovaciones del mercado han introducido complejidades que ni Adam Smith ni los filósofos clásicos de la economía podían imaginar. El seguro médico, por ejemplo, ha creado un contexto en el que el interés del comprador consiste, precisamente, en no recuperar su dinero. Está claro que comprar *pork-belly futures*<sup>[7]</sup> es distinto

a comprar un marrano para la matanza. Una de estas innovaciones, a las que no parecen aplicarse las clásicas leyes del mercado, es la rifa o los sorteos.

Jean-Paul, habitante de la Acadia canadiense, se mudó a Texas y le compró un asno a un viejo granjero a cambio de cien dólares. El granjero se comprometió a llevarle el asno al día siguiente.

Al día siguiente, el granjero llegó con su furgoneta vacía y dijo:

—Lo siento, pero traigo malas noticias. El asno ha muerto.

—Bueno,                    pues devuélvame el dinero.

—No puedo, porque ya lo he gastado.

—De acuerdo, pues deme la bestia.

—¿Qué quiere hacer con ella?

—La voy a sortear.

—¡No puede sortear un asno muerto!

—Claro que sí. Tome nota. Pero no le diga a



nadie que está muerto.

Un mes más tarde, el granjero se encuentra con el canadiense y le pregunta:

—¿Cómo acabó lo del asno?

—Lo sorteé. Vendí quinientos números a dos dólares y obtuve unos beneficios de ochocientos noventa y ocho dólares.

—¿Y no se quejó nadie?

—Sólo el que ganó. Pero le devolví sus dos

dólares.

Los economistas clásicos tampoco le prestaron mucha atención a lo que hoy damos en llamar «valor oculto»: por ejemplo, el trabajo no remunerado que realizan las mamás que se quedan en casa. Esta historia ilustra el concepto de valor oculto:

Un famoso  
coleccionista de arte pasea  
por la ciudad, cuando  
repara en un gato sarnoso  
que está lamiendo leche

de un platito de postre, colocado a la puerta de una tienda. Piensa, y pondera dos veces lo que va a hacer. Sabe que el platito de postre es muy antiguo y valioso, así que entra en la tienda y se ofrece a comprar el gato por 2 dólares.

El propietario de la tienda replica:

—Lo siento, pero el gato no está en venta.

El coleccionista dice:

—Por favor, necesito a

un gato hambriento en casa para que cace a los ratones. Le doy veinte dólares por el gato.

—¡Vendido! —dice el propietario. Y le entrega el gato.

—Digo yo que por veinte pavos debería poder llevarme el platito —dice el coleccionista—. El gato se ha acostumbrado a él, y yo no tendré que desperdiciar un plato.

—Lo siento mucho, amigo —responde el

propietario—. Pero ése es mi platito de la suerte. Sólo esta semana ya llevo vendidos treinta y ocho gatos.

No obstante, hay que concederle a Adam Smith que supo prever los peligros intrínsecos al crecimiento desenfrenado del capitalismo, tal como la aparición de los monopolios. Sin embargo, fue Karl Marx, en el siglo XIX, el que elaboró una filosofía económica que atacaba la inevitablemente desigual distribución de los bienes inherente a la

estructura del capitalismo. Con el advenimiento de la revolución, del gobierno de los hombres comunes, dijo Marx, se eliminarán todas las diferencias entre ricos y pobres; una disparidad que va de la propiedad al crédito.

Recientemente estuvimos en Cuba, comprando cigarros puros baratos —y embargados— y una noche fuimos al Club de la Comedia de La Habana, donde oímos lo siguiente:

JOSÉ: ¡Qué locura de mundo!•Los ricos, que

pueden pagar al contado, compran a crédito. Los pobres, que no tienen dinero, tienen que pagar al contado. ¿No te parece que Marx diría que debe ser al contrario? Los pobres deberían poder comprar a crédito, y los ricos deberían pagar al contado.

MANUEL: Pero, si fuera así, ¿los propietarios de las tiendas que vendieran a crédito a los pobres no tardarían en estar en la

ruina!

JOSÉ: Mejor, ¡así ellos también podrían comprar a crédito!

Según Marx, la dictadura del hombre común que sigue a la revolución va seguida, a su vez, de la desaparición del Estado. Por eso opinamos que el anarquista radical que había en Karl Marx no ha hecho mucha fortuna.

---

TEST

¿Cuál de los Marx es más



anarquista? ¿Karl, que dijo: «Es inevitable que las clases oprimidas se alcen y rompan sus cadenas»? ¿O Groucho, que dijo: «Fuera del perro, el mejor amigo del hombre es el libro. Dentro del perro está tan oscuro que no se puede leer»?

---

Tal vez te estés preguntando «¿Cuál es exactamente la diferencia entre capitalismo y comunismo?». O tal vez

no. Pero, de cualquier modo, es bastante sencillo. Bajo el capitalismo, el hombre explota a su prójimo. Bajo el comunismo, ocurre lo contrario.

Este acertijo llevó a una solución de compromiso entre capitalismo y socialismo conocida como socialdemocracia, en la que se contemplan beneficios para los que no pueden trabajar y existen leyes que protegen las negociaciones colectivas. Pero los compromisos obligaron a los de izquierdas a aceptar a extraños compañeros de cama.

Un dependiente va a

París para asistir a un congreso sindical y decide visitar un burdel. Le pregunta a la propietaria:

—¿Este establecimiento cumple con el convenio colectivo del ramo?

—No, aquí no funciona así —le responde ella.

—¿Y con qué parte se quedan las chicas? — pregunta el sindicalista.

—De los cien euros que me pagas, ochenta son para mí y veinte para la

chica.

—¡Esto es una explotación intolerable! — exclama el hombre. Y se marcha.

Al cabo de un rato, encuentra otro burdel donde la propietaria le dice que es un negocio legal y sindicado.

—¿Cuánto le toca a la chica si yo le pago cien euros?

—Ella se queda con ochenta euros.

—¡Fantástico! —dice—.

¡Me gustaría quedarme con Colette!

—Me parece muy bien —dice ella—. Pero Thérèse tiene más trienios.

La teoría económica tiende a incurrir en la falacia de «trazar distinciones donde no hay diferencias». Por ejemplo, ¿qué diferencia de principios hay entre el bienestar de los pobres y la reducción de impuestos para los ricos?

En este chiste, el señor Fenwood utiliza una estrategia que lleva a cabo una distinción económica sin diferencia alguna:

El señor Fenwood tenía una vaca, pero no disponía de pastos. Fue a ver a su vecino, el señor Potter, y se ofreció a pagarle 20 dólares mensuales a cambio de que permitiera que la vaca pastara en sus pastos. Potter accedió. Pasaron los meses. La vaca estaba pastando en los terrenos de Potter, pero Fenwood no le pagaba. Finalmente, el señor Potter fue a ver al

señor Fenwood y le dijo:

—Sé que estás pasando por dificultades económicas, así que vengo a proponerte un trato. Hace diez meses que dejo que tu vaca pascie en mis tierras por lo que me debes doscientos dólares, lo que cuesta una vaca. ¿Qué te parece si me quedo con la vaca y quedamos en paz?

Fenwood se lo pensó durante un momento y dijo:

—Si te la quedas un mes más, ¡trato hecho!

## FILOSOFÍA DE LA LEY

La filosofía de la ley, o jurisprudencia, estudia las cuestiones básicas tales como: «¿Cuál es el objeto de la ley?».

Existen varias teorías básicas al respecto. «La jurisprudencia de la virtud», derivada de la ética aristotélica, es la opinión que defiende que las leyes deben fomentar el desarrollo de un carácter virtuoso. Los defensores de la jurisprudencia virtuosa pueden sostener



que la ordenanza sobre decencia pública (que prohíbe orinar en lugares públicos) pretende fomentar el desarrollo de modelos morales más elevados en todos los grupos, especialmente el de los que se orinan en público. (No obstante, tal vez un jurado compuesto por meones en público no estaría de acuerdo).

La deontología es un punto de vista, sostenido por Immanuel Kant, que defiende que el propósito de la ley es codificar los deberes morales. Para los deontólogos, la ley antipipí se basa en el deber de todos los ciudadanos de respetar la sensibilidad de los demás.

El filósofo utilitarista del siglo XIX,

Jeremy Bentham, afirmaba que el objetivo de la ley es producir las mejores consecuencias para el mayor número de personas. Los utilitaristas podrían sostener que la ley antipipi conlleva mejores consecuencias para un mayor número de personas (los ciudadanos), que consecuencias negativas para las pocas personas que se orinan en lugares públicos. Por lo que estos últimos deberán cambiar esa costumbre social que tienen tan arraigada.

Sin embargo, como suele ocurrir en filosofía, la primera cuestión que los ciudadanos de a pie le plantearon a los

teóricos fue: «¿Existe alguna diferencia práctica —pongamos, en el tribunal de la juez Judy<sup>[8]</sup>— entre estas teorías tan monas que os han salido?». Cualquiera de las tres teorías podría justificar no sólo la ordenanza sobre decencia pública, sino también los principios legales archiestablecidos, tales como la idea de que imponer una pena por un crimen restablece el equilibrio en la balanza de la justicia. Cabe justificar el castigo desde la perspectiva del desarrollo de la virtud (rehabilitación), desde la deontológica (penalizar las violaciones de los deberes públicos) o desde un punto de vista utilitarista

(impedir futuras consecuencias funestas).

Los que no son filósofos, tal vez se pregunten: «Si estamos todos de acuerdo con las repercusiones, ¿qué sentido tiene discutir por qué imponemos las penas?». La única cuestión realmente de orden práctico es cómo equiparar un acto ilegal (por ejemplo, insultar a un funcionario del juzgado), con su pena correspondiente, por ejemplo, una multa de 20 dólares. ¿Qué os parece la equiparación?

Un hombre espera durante todo el día en el

juzgado de tráfico a que se vea su causa. Al final, comparece ante el juez, quien le dice que tendrá que volver al día siguiente, porque se han pospuesto todos los juicios para ese día. Exasperado, el hombre pregunta:

—¿Para qué demonios tengo que volver?

El juez replica:

—¡Veinte dólares de multa por desacato! El hombre saca la cartera y el juez le dice:

—No tiene que pagar hoy.

—Quería ver cuánto llevo para ver si puedo permitirme un par de palabritas más.

Otro de los principios legales muy conocidos es la falibilidad de las pruebas circunstanciales. Una vez más, los tres teóricos abstractos estarían de acuerdo. Un teórico de la jurisprudencia virtuosa podría argumentar que los exigentes estándares de lo que es justo ante un tribunal proporcionan un modelo de virtud a los ciudadanos. Para el

deontólogo, las pruebas circunstanciales pueden quebrantar la obligación universal de ser escrupulosamente justos con los demás. Para el utilitarista, el uso de las pruebas circunstanciales puede acarrear la consecuencia indeseada de llevar a la cárcel a un inocente.

De nuevo, una mente más práctica podría preguntar: «¿A quién demonios le importa por qué somos tan cautelosos con las pruebas circunstanciales?». Desde un punto de vista pragmático, nos basta con alegar su falibilidad, igual que la mujer de la siguiente historia. (Adviértase su hábil utilización de la *reductio ad absurdum*).

Una pareja se va de vacaciones a un centro turístico de pesca. Mientras él se echa una siesta, ella decide coger el bote e irse al lago a leer. Pero, cuando ella está tomando el sol, se acerca el sheriff local en otro bote y le dice:

—Aquí no está permitido pescar, señora. Voy a tener que detenerla.

—Pero, sheriff —se queja la mujer—. Si no estoy pescando. El sheriff



insiste:

—Señora, lleva usted todo el equipo necesario para la pesca. Tengo que llevármela.

La mujer dice:

—Si lo hace, sheriff, voy a tener que denunciarle por violación.

—Pero si no la he tocado —exclama el sheriff.

—Ya —dice ella—. Pero tiene usted todo el equipo necesario para hacerlo.

Sin embargo, hay principios legales en los que sí existen grandes diferencias según la teoría básica que adoptemos, tal como se ilustra en esta historia:

Un juez llama a los dos abogados enfrentados a su despacho, y les dice:

—La razón por la que os he llamado es porque me habéis sobornado los dos.

Ambos abogados se mueven, inquietos, en sus butacas.

—Tú, Alan, me has

dado quince mil dólares.  
Phil, tú me diste diez mil.

El juez le entrega un cheque de cinco mil dólares a Alan y dice:

—Ahora estáis a la par, por lo que en este caso voy a decidir con ecuanimidad.

Si el objetivo de prohibir los sobornos es, únicamente, proscribir las violaciones del deber de tratar con equidad a todo el mundo, podemos concederle al juez que aceptar sobornos iguales equivale a no haber aceptado

ningún soborno. Lo mismo cabe decir si el propósito de prohibir los sobornos es garantizar la imparcialidad en la producción utilitarista de las buenas consecuencias. Aunque sería mucho más difícil defender que aceptar sobornos iguales fomenta la virtud tanto en la persona del juez como en las de los abogados.

Bastante mérito tiene haber llegado hasta aquí sin contar ningún chiste de abogados, ¿no os parece? Aunque, naturalmente, somos humanos...

Un abogado le manda una nota a un cliente:

«Querido Frank: Ayer me pareció verte en el centro. Crucé la calle para saludarte, pero no eras tú. Te facturo una décima parte de una hora: cincuenta dólares».

DIMITRI: Me has inspirado, Tasso. He decidido hacer oposiciones a agente de Decencia Pública. ¿Puedo contar con tu voto?

TASSO: Naturalmente, amigo. Siempre y cuando el voto sea secreto.

# Relatividad

*¿Qué podemos decir? Este término significa cosas muy distintas para cada uno.*

DIMITRI: Tu problema, amigo mío, es que pones demasiado énfasis en lo mental.

TASSO: ¿Comparado con quién?

DIMITRI: Pues, por ejemplo, comparado con Aquiles, el atleta.

TASSO: ¿Y comparado con Sócrates?

DIMITRI: Vale, ganas de nuevo.

Comparado con Sócrates, eres un  
gañán.

## VERDAD RELATIVA

¿La verdad es relativa o absoluta?

El antiguo filósofo taoísta Chuang Tzu despertó de un sueño en el que era una mariposa. O tal vez despertó y se preguntó: ¿acaso era una mariposa que estaba soñando que era Chuang Tzu?

En la filosofía moderna occidental, los filósofos han vivido obsesionados con la relatividad del conocimiento del que conoce. Como hemos visto, George

Berkeley llegó a afirmar que los «objetos físicos» sólo existen en relación con la mente.

---

En el siglo XX, un profesor de Harvard experimentó con drogas psicodélicas y quedó fascinado por la relatividad de sus observaciones. No, no estamos hablando de Timothy Leary. Fue mucho antes, y el filósofo era William James.



Cuando inhaló gas  
hilarante, James  
contempló la unidad  
última de todas las cosas  
pero, pasado el efecto de  
las drogas, no se  
acordaba de sus  
observaciones cósmicas.

Así, según cuenta la  
historia, la siguiente vez  
que esnifó gas hilarante,  
se ató un lapicero a la  
mano y dejó su bloc de  
notas abierto junto a él.  
Como era de esperar, se  
le ocurrió una idea

brillante, y en esta  
ocasión consiguió  
apuntarla. Horas después,  
cuando recuperó su  
estado de conciencia  
habitual, leyó el gran  
descubrimiento filosófico  
que había inmortalizado:

«¡Todo huele a  
petróleo!».

Aunque al principio se  
sintió bastante  
decepcionado, el  
profesor James no tardó  
en recuperar el sentido  
filosófico. Se dio cuenta

de que la verdadera  
cuestión era si *a)* las  
ideas que le habían  
parecido brillantes bajo  
la influencia del gas  
hilarante eran, en  
realidad, banales o *b)* la  
lucidez de una  
observación como  
«¡Todo huele a petróleo!»  
no se puede apreciar  
correctamente a menos  
que se esté bajo la  
influencia del gas  
hilarante.

Hay algo en el análisis de

James que huele,  
decididamente, a chiste.

---

## RELATIVIDAD DEL TIEMPO

Existen muchos chistes que ilustran la relatividad de la percepción del tiempo. Por ejemplo:

Dos tortugas atacan a un caracol. Cuando la policía pregunta al caracol qué ha pasado, éste

responde:

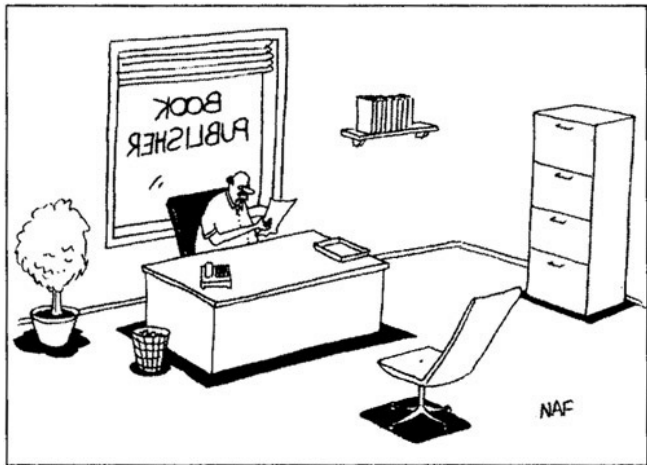
—No sé. Ha ocurrido todo tan deprisa...

Otra historia del caracol:

Alguien llama a la puerta, pero cuando la mujer abre, sólo ve un caracol. Lo coge, y lo tira al jardín. Dos semanas después, llaman de nuevo a la puerta. La mujer la abre y se encuentra otra vez con el caracol, que

dice:

—¿Por qué has hecho  
eso?



*«No vamos a publicar su libro, Vida de una cachipolla. Una autobiografía, porque sólo tiene una página».*

La relatividad entre el tiempo finito

y la eternidad ha suscitado mucha reflexión filosófica aunque, naturalmente, también ha dado pie a muchos chistes.

Un hombre está rezando:

—Señor —ruega—, me gustaría hacerte una pregunta.

El Señor le responde:

—Ningún problema, tú dirás.

—Señor, ¿es verdad que, para ti, un millón de años no son más que un



segundo?

—Sí, es verdad.

—Muy bien, entonces, ¿qué son para ti un millón de dólares?

—Para mí, un millón de dólares no son más que un centavo.

—Ajá... —le dice el hombre—. Señor, ¿me concederías un centavo?

—Claro que sí —dice el Señor—. Espera un segundo.

# RELATIVIDAD DE LAS COSMOVISIONES

Existe un amplio abanico de chistes que ilustran la relatividad de los distintos puntos de vista.

Un francés entra en un bar. Lleva un loro ataviado con un frac sobre el hombro. El barman exclama:

—¡Anda, qué chulo!  
¿De dónde lo ha sacado?  
Y el loro responde:

—De Francia. Allí tienen montones de tipos como éste.

El filósofo estadounidense del siglo XX W. V. O. Quine escribió que nuestra cosmovisión es fruto de nuestra lengua nativa, un marco de referencia que somos incapaces de abandonar para tener una perspectiva distinta. No podemos estar seguros de cómo traducir un término de una lengua distinta a nuestra propia lengua. Podemos ver que el que habla la otra lengua señala un objeto y dice «gavagai», del mismo

modo que nosotros señalamos otro y decimos «conejo». Pero no podemos estar seguros de si se refiere a «la fusión de las partes de un conejo», a «la sucesión de los estadios de un conejo», o a alguna otra cosa conejil.

Dos judíos están cenando en un restaurante chino kosher. El camarero chino charla con ellos en yiddish mientras ellos consultan la carta y les toma nota en yiddish. Cuando se marchan, los chicos le dicen al

propietario, judío, que han tenido una agradable sorpresa al poder charlar en yiddish con el camarero.

—Chiss —dice el propietario—. Él cree que está aprendiendo inglés.

La historia anterior nos brinda una analogía perfecta de la concepción de Quine sobre cuál era el problema de la traducción radical. El camarero chino es capaz de relacionar las palabras yiddish entre sí igual que los clientes judíos. No obstante, su conocimiento global del

yiddish está desviado en un sentido importante y sistemático: ¡él cree que es inglés!

La propia idea de lo que significa una lengua extranjera puede ser relativa al que habla. Veamos la siguiente historia del mundo del comercio internacional:

Una corporación multinacional pone un anuncio en el que buscan un secretario.

Un perro golden retriever se presenta a candidato para el puesto,

supera la prueba de mecanografía y lo citan para una entrevista. El gerente de recursos humanos le pregunta:

—¿Habla alguna lengua extranjera? Y el perro responde:

—Miau.

## RELATIVIDAD DE LOS VALORES

Ya en nuestros días, Michel Foucault se

concentró en otro tipo de relatividad: la relatividad de los valores culturales respecto del poder social. Nuestros valores culturales, especialmente los que consideramos normales, determinan y están determinados por cómo la sociedad ejerce su control. ¿A quién se tiene por enfermo mental? ¿Quién lo determina? ¿Qué significa que te consideren enfermo mental aquellos que, a su vez, son considerados tales? ¿Qué significa para los que consiguen controlarlos? ¿Y quiénes son los que acaban controlándolos? Las respuestas a estas preguntas cambian a lo largo del tiempo y a medida que se modifican las



instancias del poder en una sociedad. Hubo una era en la que el grupo que controlaba eran los curas; en otra, los médicos. Todo eso tiene sus implicaciones en cómo se trata a los que ellos mismos dan en llamar enfermos mentales. En definitiva, eso muestra que los valores que consideramos eternos y absolutos están en un fluir histórico constante relativo a quién tiene el poder y a cómo lo usa.

PAT: Mike, te llamo desde la autopista con mi nuevo teléfono móvil.

MIKE: Ten cuidado, Pat.  
Acaban de decir por la radio que hay un loco que va en dirección contraria por la autopista.

PAT: ¿Uno? ¡Hay cientos!

Desde la perspectiva de la razón pura, a Pat le asiste tanta razón como al hombre de la radio. En relación con él, todo el mundo avanza en dirección contraria. De modo que cabe preguntarse por qué interpretamos la anécdota como un chiste, y no como un

conflicto entre puntos de vista. Pues porque, en opinión de Foucault, en último término es el Estado el que decide cuál es la dirección correcta.

Otra de las preocupaciones filosóficas desde Platón ha sido la relatividad entre los valores temporales y valores eternos. Una vez más, hallamos un chiste que nos da una perspectiva sobre el tema:

Había una vez un hombre rico que se encontraba a las puertas de la muerte. Estaba muy apesadumbrado porque

había trabajado duro para acumular dinero, y quería llevárselo con él al cielo. Se puso a rogarle a Dios que le permitiera llevarse sus riquezas.

Un ángel oyó su ruego y se le apareció.

—Lo siento —le dijo—. Pero no puedes llevarte tus riquezas.

El hombre le imploró al ángel que consultara con Dios para ver si podía hacer una excepción a sus reglas.

El ángel reapareció y anunció que Dios había decidido hacer una excepción y permitirle que se llevara una maleta. Alborozado, el hombre sacó su maleta más grande, la llenó con lingotes de oro y la colocó debajo de su cama.

Poco después el hombre murió y apareció ante las nacaradas puertas del cielo. San Pedro, al ver la maleta, exclamó:

—¡Eh, un momento, no

puede entrar con eso!

Pero el hombre le explicó a san Pedro que le habían dado permiso y le pidió que verificara su historia con el Señor. Naturalmente, al cabo de un rato regresó san Pedro y le dijo:

—Tiene usted razón. Se le ha permitido llevar una bolsa de mano, pero yo debo comprobar su contenido antes de dejarle pasar.

San Pedro abrió la

maleta para inspeccionar qué tipo de objetos terrenales le resultaban tan preciosos a ese hombre que no quería desprenderse de ellos. Le miró fijamente y preguntó:  
—¿Se ha traído los adoquines?

## RELATIVIDAD ABSOLUTA

Buena parte de los errores en los que incurre la filosofía hay que achacarlos al hecho de que trata los puntos de vista

relativos como si fueran absolutos. Thomas Jefferson, a partir de las observaciones del filósofo inglés John Locke, consideró que el derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad eran evidentes en sí mismos, seguramente porque pensaba que eran universales y absolutos. Sin embargo, no tienen nada de evidentes para una persona de otra cultura. Por ejemplo, para un islamista que piensa que la búsqueda de la felicidad es exactamente lo que caracteriza a un infiel.

El error contrario también es posible. Cabe atribuir relatividad a algo que es absoluto.



El centinela de un acorazado ve una luz que se aproxima por estribor. El capitán le pide que emita una señal para alertar a la otra embarcación:

—¡Aconsejamos que cambiéis vuestro curso veinte grados inmediatamente!

Llega la respuesta:

—¡Aconsejamos que cambiéis vuestro curso veinte grados inmediatamente!

El capitán monta en cólera.

—Aquí el capitán. Vamos a chocar. Cambiad vuestro rumbo veinte grados, ¡ahora mismo!

Llega la respuesta:

—Pues aquí un marinero de segunda clase, y os insto urgentemente a cambiar vuestro rumbo veinte grados.

El capitán está ciego de ira. Manda una señal:

—¡Soy un acorazado!

Y llega la respuesta:  
—¡Y yo un faro!

Ten en cuenta estos pensamientos tan profundos sobre la relatividad la próxima vez que encargues comida china; o, como la llaman los chinos, simplemente comida.

DIMITRI: Así, Tasso, tú eres de los que cree que no hay verdades absolutas, y que toda verdad es relativa.

TASSO: Así es.

DIMITRI: ¿Estás seguro?

TASSO: Absolutamente.

# Metafilosofía

*La filosofía de la filosofía. No hay que confundirla con la filosofía de la filosofía de la filosofía.*

DIMITRI: La verdad es que le estoy cogiendo el tranquillo a este asunto, Tasso.

TASSO: El tranquillo, ¿a qué?

DIMITRI: A la filosofía, ¡por supuesto!

TASSO: ¿Llamas filosofía a esto?

El prefijo *meta*, que básicamente

significa «más allá e incluso lo que está debajo», aparece a menudo en el discurso filosófico, como en el metalenguaje, un lenguaje que se puede utilizar para describir el lenguaje, o la metaética, que investiga de dónde proceden los principios éticos, y lo que significan. Así, era cuestión de *meta* tiempo que la metafilosofía apareciera en escena.

La metafilosofía aborda una cuestión de lo más candente, «¿Qué es la filosofía?». Cabría pensar que los filósofos sabían ya de qué se trataba cuando se metieron en esto. De otro modo, se plantea cuando menos el

interrogante de cómo sabían que querían ser filósofos. No nos consta que el gremio de los peluqueros haya ponderado la cuestión: «¿Qué es la peluquería?». Si un peluquero no sabe qué es la peluquería, se ha equivocado de oficio. Y lo que está claro es que no dejaríamos que les hiciera ni un recogido a nuestras esposas.

No obstante, los filósofos modernos están constantemente redefiniendo la filosofía. En el siglo XX, Rudolf Carnap y los positivistas lógicos definieron buena parte de la filosofía cuando anunciaron que la metafísica carece de sentido. Sostuvieron que la única tarea

filosófica consiste en analizar las frases científicas.

Y Ludwig Wittgenstein, contemporáneo de Carnap y padrino de la filosofía del lenguaje común, llegó aún más lejos. Pensó que su obra más conocida había llevado a la historia de la filosofía a un punto de clausura, dado que había demostrado que todas las proposiciones filosóficas —incluidas las suyas— carecen de sentido. Tan convencido estaba que había pasado la última página del libro de la filosofía, que se fue de maestro a una escuela de primaria. Algunos años después, reabrió el libro de la filosofía con una nueva

concepción acerca de lo que era su objetivo: nada más ni nada menos que una terapia. Ludwig nos estaba diciendo que, si aclaramos el lenguaje confuso propio de la filosofía, sanaremos de la tristeza que nos causan las cuestiones filosóficas carentes de sentido.

En nuestros días, los «operadores lógicos modales» —operadores lógicos que distinguen entre las afirmaciones que son posiblemente ciertas y las que son necesariamente ciertas— cavilan cuál es la categoría a la que pertenecen sus afirmaciones. A nosotros, se nos antoja una especie de cadena infinita de metaafirmaciones.



Ésta es la tradición filosófica en la que hallamos a Seamus.

Seamus tenía su primera cita con una chica. Decidió pedirle consejo a su hermano, el mujeriego. «Dame algunas pistas sobre cómo debo hablarles».

—El secreto es el siguiente —le dijo su hermano—. A las chicas irlandesas les gusta hablar de tres cosas: comida, familia y filosofía. Si le

preguntas a una chica qué le gusta comer, le estás demostrando que te interesa ella. Si le preguntas por su familia, demuestras que tus intenciones son honestas. Si discutes de filosofía con ella, demuestras respeto por su inteligencia.

—¡Vaya! Gracias —dijo Seamus—. Comida, familia y filosofía. Creo que me apaño con eso.

Esa noche, nada más conocer a la chica en un

bar, Seamus le lanzó:

—¿Te gusta la col?

—¿Eh? No —respondió ella un poco sorprendida.

—¿Tienes hermanos?  
—preguntó Seamus.

—No.

—Bueno, y ¿si tuvieras un hermano, le gustaría la col?

En eso consiste la filosofía.

---

El filósofo  
contemporáneo William

Vallicella ha escrito «La  
metafilosofía es la  
filosofía de la filosofía.  
Es, en sí misma, una rama  
de la filosofía, a  
diferencia de la filosofía  
de la ciencia, que no es  
una rama de la ciencia, o  
la filosofía de la religión,  
que no es una rama de la  
religión».

Este tipo de afirmaciones  
son las que han hecho de  
Vallicella un invitado  
imprescindible en toda  
fiesta que se precie.

---

Surge una vez más la tesis de fondo que subyace en este libro. Si hay metafilosofía, deben de existir metachistes.

Un viajante de comercio va conduciendo por el campo cuando se le estropea el coche. Anda varios kilómetros hasta la granja más cercana, y le pregunta al granjero si puede quedarse a pasar la noche.

—Claro —le dice el granjero—. Mi esposa

murió hace unos años, y tengo dos hijas, una de veintiuno y otra de veintitrés años, pero se han ido a la universidad. De modo que, habiéndome quedado solo, tengo sitio de sobra para usted.

Al oírlo, el viajante da media vuelta y se vuelve por donde ha venido.

El granjero lo llama y le dice:

—¿Es que no me ha oído? ¡Tengo sitio de sobra!

—Sí lo he oído —dice el viajante—. Pero me temo que me he equivocado de chiste.

Y, naturalmente, el [proto] metachiste:

Un ciego, una lesbiana y una rana entran en un bar. El barman les mira y dice:

—¿Esto qué es? ¿Un chiste?

Y, finalmente, un metachiste políticamente incorrecto. Del mismo modo que la metafilosofía requiere de un metafilósofo que tenga conocimientos de lo que se considera filosofía, los metachistes requieren conocimientos de lo que se considera un chiste, en este caso, un chiste polaco.

Va un tío a un bar muy concurrido y anuncia que les va a contar un chiste polaco que es la monda. Se dispone a contarlo cuando el barman le interrumpe y le advierte:



—Cuidadito, colega,  
que soy polaco.

Y el tío dice:

—Vale, vale, no te  
preocupes, lo contaré muy,  
muy despacio.

DIMITRI: ¿Así que nos hemos pasado  
toda la tarde hablando de filosofía y tú  
no sabes siquiera lo que es la filosofía?

TASSO: ¿Por qué lo preguntas?

# *Summa: Una conclusión*

*Una revisión convincente y  
comprehensiva de todo cuanto hemos  
aprendido hoy*

Tasso coge el micro en el Club de la Comedia de la Acrópolis.

TASSO: Pero, ahora en serio, tíos...  
¿Sabéis el del empirista inglés que le dijo a su mujer que no era más

que un conjunto de datos sensoriales?

«¿Ah, sí?», dijo ella. «¿Y cómo crees que se siente una acostándose cada noche con un hombre que no tiene *ding an sich*?»

»No es broma, llevaba diez años casado cuando me di cuenta de que mi mujer era toda existencia pero sin esencia. Quiero decir que realmente *percepii su esse*.

»¿Qué pasa con vosotros, chicos? Hay tanto silencio que podríais oír la caída de una hoja en el bosque... ¡aunque no estuvierais ahí! Schopenhauer dejó dicho que

había noches así.

»Cómo son los críos de hoy en día, ¿eh? El otro día mi hijo me pidió las llaves del coche y yo le dije: «Hijo, en el mejor de los mundos posibles tú tendrías tu propio coche». Y él me respondió: «Pero, papá, éste no es el mejor de los mundos posibles». Y yo dije: «¡Pues vete a vivir con tu madre!»

»Por cierto, esta noche, de camino para acá, me ha ocurrido una cosa muy divertida: Me he metido, ¡dos veces!, en el mismo río.

»Eh... el otro día Platón y un ornitorrinco se fueron a un bar. El

camarero le dirigió una mirada interrogante al filósofo y Platón dijo: «Qué quiere que le diga? En la caverna tenía mejor aspecto».

DIMITRI (desde el público): ¡Que lo echen!

# GRANDES MOMENTOS DE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

---

Siglo VI a. J.C.	En el 530 a. J.C. y tras ochenta y tres días bajo el árbol <i>bodhi</i> , Gautama sonríe inescrutablemente ante un juego de palabras	<i>Gautama Buda, 56 a. J.C.</i>
---------------------	---	---

---

Siglo V  
a. J.C.

*Zenón de  
490-425  
J.C.  
Sócrates,  
399 a. J.C.*

---

Siglo IV  
a. J.C.

En el 381 a. J.C.  
Platón ve una  
sombra en la  
pared de una  
caverna e  
interpreta que les  
quedan seis  
semanas mas de  
invierno.  
En el 399 a. J.C.  
Sócrates se toma  
una cicuta con  
soda, con unas

*Platón, 4  
347 a. J.C.  
Aristóteles,  
384-322  
J.C.  
Estoicos,  
partir de  
IV a. J.C.*

gotas de limón.

---

Siglo IV de la era cristiana.  
En el 399 de la era cristiana, una crítica aparecida en *El áspid de Alejandría* menosprecia el neoplatonismo de Hipatia y lo considera «literatura de chicas».

*San Agus 354-430 era cristi Hipatia, 415 de la cristiana*

---

Siglo XIV  
En 1328, William Occam inventa la gillette de triple apurado.

*William Occam, 1347*

---

En 1504, un bromista pega

*Niccoló*



Siglo XVI una etiqueta de *Machiav*  
«*Abrazos gratis*» (*Maquiavelo*)  
en el carruaje de *1469-152*  
*Maquiavelo*.

---

*Thomas*  
*Hobbes,*  
*1679*  
En 1650, René  
Descartes deja de *René*  
pensar por un *Descarte*  
momento, y se *1596-162*  
muere. *Blaise Pa*  
*1623-166*  
Siglo En 1652 Pascal  
XVII va al hipódromo  
de Longchamp y *Baruch*  
apuesta una buena *Spinoza,*  
suma a un caballo *1704*  
llamado *John Loc*  
*1632-170*  
*Dieu. Pierde. Gottfriede*

*von Leibniz*  
*1646-1716*

---

En 1731, el obispo Berkeley pasa treinta días en un tanque de aislamiento

sensorial y sale con la mente intacta.

*George Berkeley,*  
*1685-1753*

En 1754, Immanuel Kant se topa con una *ding an sich*, y dice

*David Hume,*  
*1711-1776*  
*Jean-Jacques Rousseau,*  
*1712-1778*

Siglo XVIII

«que no puede hablar sobre esta cuestión».

*Adam Smith,*  
*1723-1790*

En 1792, una

*Immanuel Kant,*  
*1724-1804*

crítica aparecida *Kant, 172*  
en el *Manchester 1804*  
*Guardian Mary*  
menosprecia *Wollstone*  
*Vindicacion de 1759-179*  
*los derechos de*  
*la mujer y lo*  
considera  
«literatura de  
chicas».

---

*Jeremy*  
En 1818, un *Bentham,*  
recién nacido *1748-183*  
Karl recibe la *G. W. F. 1*  
bienvenida de sus *1770-183*  
hermanos *Arthur*  
mayores, Chico, *Schopenh*  
Groucho, *1788-186*

	Gummo, Harpo y Zeppo.	<i>John Sturges, 1866</i>
	En 1844, cansado de que le apodenan siempre «el danes melancólico», Kierkegaard intenta cambiar de nacionalidad.	<i>1873 Søren Kierkegaard 1813-1855 Karl Marx 1818-1883 William James 1842-1910</i>
Siglo XIX	En 1900, muere Nietzsche: seis meses después muere Dios, con el corazón roto.	<i>Friedrich Nietzsche 1844-1900 Edmund Husserl, 1938</i>
		<i>Alfred North Whitehead</i>

	1861-1944
	<i>Bertrand</i>
	<i>Russell,</i>
	1970
En 1944, Jean-	<i>Ludwig</i>
Paul Sartre	<i>Wittgenstein</i>
abandona su	1889-1951
carrera filosófica	<i>Martin</i>
para convertirse	<i>Heidegger</i>
en camarero.	1889-1976
En 1958, una	<i>Rudolf</i>
crítica aparecida	<i>Carnap,</i>
en <i>Le Monde</i>	1970
menosprecia <i>El</i>	<i>Gilbert R</i>
<i>segundo sexo</i> de	1900-1978
Simone de	<i>Karl Pop</i>
Beauvoir y lo	1902-1994
considera	<i>Jean-Pau</i>
Siglo XX «littérature des	
chicks».	

En 1966,	<i>Sartre, 19</i>
mientras ocupa	<i>1980</i>
dos lugares de	<i>Simone de</i>
trabajo a la vez	<i>Beauvoir,</i>
en la WWE	<i>1908-198</i>
(World Wrestling	<i>W. V. O. G</i>
Entertainment),	<i>1908-200</i>
Kripke cambia	<i>John Aus</i>
oficialmente su	<i>1911-196</i>
nombre por el de	<i>Albert Co</i>
El Designador	<i>1913-196</i>
Rígido.	<i>Michel</i>
	<i>Foucault</i>
	<i>1926-198</i>
	<i>Saul Krip</i>
	<i>1940</i>
	<i>Peter Sin</i>
	<i>1946</i>



# GLOSARIO

**A posteriori:** conocido mediante la experiencia, constatado empíricamente. Para saber que algunas cervezas saben bien, pero no te llenan, tienes que experimentar/soplarte al menos una cerveza que sepa bien pero no te llene. *Remitirse a priori.*

**A priori:** conocido antes de la experiencia. Por ejemplo, uno puede saber, antes de ver el espectáculo, que los concursantes de «Operación



Triunfo» se consideran cantantes porque «Operación Triunfo» es un concurso de cantantes para gente que —por razones que sólo ellos saben— creen que son cantantes. *Remitirse* a posteriori.

***Ding an sich***: la cosa-en-sí, en tanto que opuesta a las representaciones sensoriales de la cosa. La idea consiste en que un objeto es más que la simple suma de todos sus datos sensoriales (por ejemplo, su aspecto, sonido, sabor, olor y sensación), y que existe una cosa-en-sí-misma más allá de todos esos datos sensoriales, que existe por separado. Algunos filósofos consideran que este

concepto pertenece a la misma categoría que los unicornios y Santa Claus.

**Emotivismo:** la ética filosófica que defiende que los juicios morales no son verdaderos ni falsos, sino que expresan meramente nuestra aprobación o reprobación de una acción o un individuo que lleva a cabo una acción en particular o una serie de acciones. Según esta filosofía, la afirmación «Saddam es el artífice del mal», no significa más que «Saddam no es mi tipo. No sé, pero es un tío que nunca me ha hecho tilín».

**Empirismo:** la opinión de que la

experiencia, particularmente la experiencia sensorial, es la principal — o única— vía hacia el conocimiento. «¿Cómo sabes que los unicornios existen?». «¡Pues porque acabo de ver uno en el jardín!». Bien, pues eso es un caso extremo de empirismo. *Remitirse a racionalismo.*

**Esencialismo:** la filosofía que defiende que los objetos tienen esencias, o cualidades esenciales, que pueden distinguirse de sus cualidades accidentales o no esenciales. Por ejemplo, una de las cualidades esenciales de un hombre casado es que

tiene esposa (posiblemente una esposa masculina). Pero el hecho de que un hombre casado lleve alianza sólo es una cualidad accidental. Sigue estando casado aunque no la lleve, por más que su esposa pueda poner objeciones al respecto.

**Ética deontológica:** ética basada en la teoría de que la obligación moral se basa en el deber (del griego *deon*), considerablemente al margen de las consecuencias prácticas de las acciones. Por ejemplo, un líder político que cree que su principal deber consiste en proteger al público de los ataques

terroristas puede argüir que, con el fin de cumplir con su deber, debe instalar micrófonos ocultos en los dormitorios de toda la población, independientemente de las consecuencias que eso tenga para tu vida sexual.

**Existencialismo:** escuela filosófica que pretende describir las verdaderas condiciones de nuestra existencia individual en tanto que humanos, en lugar de centrarse en las cualidades abstractas y universales del ser humano. La definición de Sartre es «La opinión de que la existencia precede a la

esencia», lo que significa que el hecho primordial es nuestra existencia; nuestra esencia la creamos nosotros. Esto tiene profundas implicaciones para la ética existencialista, que nos conmina a vivir siempre «con autenticidad», plenamente conscientes de nuestra mortalidad y sin llamarnos a engaño acerca de nuestras opciones. En definitiva, el tipo de quebraderos de cabeza que se exploran mejor en una terraza parisina, frente un café y fumándose un cigarrillo, que ante una cinta transportadora en una factoría de Detroit.

**Fenoménico:**      relativo      a      nuestra

experiencia sensorial de los objetos. «Esto es un sombrero rojo» se refiere a nuestra experiencia sensorial de un objeto que parece rojo y se asemeja a un sombrero. La locución «¡Vaya, tu sombrero rojo es sensacional!» por otra parte, puede ser un «arenque rojo».<sup>[9]</sup>

*Remitirse a nouménico.*

**Fenomenología:** método de investigación que intenta describir la realidad en tanto que percibida y comprendida por la conciencia humana y que está, por tanto, opuesto a la descripción científica, por decir algo. La fenomenología, por ejemplo,

describe el fenómeno del «tiempo vivido», o el tiempo tal como lo hemos experimentado, comparado con el «tiempo transcurrido en el reloj». En la película *Manhattan*, cuando Woody Allen dice: «Apenas hacemos el amor, sólo dos veces por semana», está expresando «el tiempo vivido»; lo mismo cabe decir cuando su esposa en la ficción declara: «Él siempre tiene ganas de hacer el amor, ¡como unas dos veces por semana!».

**Imperativo categórico supremo:** el principio moral prioritario de Immanuel Kant que dicta que uno debe actuar



únicamente de acuerdo a esas máximas que aspira se conviertan en ley universal. Es una especie de regla de oro con diéresis, pero no del todo.

**Juicio analítico:** afirmación que es verdadera por definición. Por ejemplo, «Todos los patos son aves» es una afirmación analítica porque lo que entendemos por «pato» lleva implícito que pertenece a la familia de las aves. Por otra parte «Todas las aves son patos» no es analítica porque *la patidad* no forma parte de la definición de «ave». Obviamente, «Todos los patos son patos» es analítica, igual que lo es

«Todas las aves son aves». Resulta alentador constatar la ayuda práctica que la filosofía puede prestarle a otras disciplinas, tales como la ornitología. *Remitirse a juicio sintético.*

**Juicio sintético:** un juicio que no es verdadero por definición. Por ejemplo: «Yo, mamá, llevo botas militares» es un juicio sintético; añade información no incluida en la definición del término «Yo, mamá». También es cierto el corolario: «Yo Yo Ma lleva botas militares». Contrastar con *juicio analítico*.

***Koan:*** en el budismo zen, acertijo que pretende sorprendernos y llevarnos a la iluminación súbita. Al parecer, la pregunta «¿Cómo suena una sola mano aplaudiendo?» lo consigue. «¿Cómo suenan dos manos aplaudiendo?» no lo consigue. *Véase satori.*

**Lenguaje filosófico común:** movimiento filosófico cuyo objeto consiste en comprender los conceptos filosóficos a partir del examen de su uso lingüístico común. Según los filósofos de esta escuela, el atolondramiento que provocan muchos de los temas que,

durante milenios, han atolondrado mentalmente a los pensadores más sesudos, está en las ambigüedades y los errores lógicos inherentes a esos mismos temas. Con sus análisis, esos filósofos pusieron fin a la era de los atolondramientos.

**Ley de la no contradicción:** principio lógico de Aristóteles que afirma que una cosa no puede ser *a* y *no a* al mismo tiempo. Sería contradictorio en sí mismo decir: «Tus pantalones están ardiendo y, lo que es más, tus pantalones no están ardiendo». (Bajo estas circunstancias, y a pesar de la ley aristotélica, no estaría

de más que les pegaras un manguerazo a dichos pantalones).

**Lógica deductiva:** razonamiento que procede a partir de un conjunto de premisas hasta una conclusión que se puede inferir lógicamente. La forma más básica de la lógica deductiva es el silogismo: «Todos los cómicos son filósofos; Larry, Moe y Curly son cómicos; por lo tanto, Larry, Moe y Curly son filósofos». *Remitirse a lógica inductiva.*

**Lógica inductiva:** el razonamiento que procede de los ejemplos específicos a una conclusión general más amplia que

se puede inferir lógicamente a partir de esos ejemplos. Por ejemplo, nuestra observación de que hoy ha salido el sol, salió ayer, y de que nos consta que ha salido cada día hasta el presente, da pie a la conclusión de que el sol ha salido y seguirá saliendo cada día, aunque no quepa inferirlo lógicamente a partir de los ejemplos que conocemos. Nota: este ejemplo no funciona en el caso de que nuestro lector esté en el Polo Norte. *Remitirse a lógica deductiva.*

**Nouménico:** perteneciente a las cosas que son en sí mismas, en tanto que opuestas a cómo aparecen a nuestros

sentidos. *Véase ding an sich...* pero, ahora que lo pensamos, no podéis verla, ¿a que no? *Remitirse a fenoménico.*

**Paradoja:** *a)* especie de razonamiento que utiliza una lógica aparentemente profunda y premisas aparentemente verdaderas y, sin embargo, tiene como resultado una contradicción; *b)* el diagnóstico de dos médicos tomados al azar.

***Post hoc ergo propter hoc:*** falacia lógica que significa, literalmente, «después de esto, y por lo tanto debido a esto»; falacia que colige que, dado que *a*

precede a  $b$ , debe ser causa de  $b$ . El libro *Freakonomics* señala montones de falacias como ésta, especialmente en el reino del parentesco. Un padre dice: «Mi niño es muy listo porque, cuando estaba en el útero, yo le ponía música de Mozart» cuando, en realidad, no existe correlación entre esas dos circunstancias. Lo más probable es que el niño sea listo porque sus padres escuchan a Mozart (es decir, son cultos y probablemente listos).

**Pragmatismo:** escuela filosófica que coloca el acento en la relación entre teoría y práctica. Por ejemplo, William



James definía una buena teoría como aquella teoría que es útil, o que amplía nuestro conocimiento. A algunos la definición de James les parece útil; a otros no.

**Racionalismo:** sostiene que la razón es la principal —o única— vía hacia el conocimiento. Se suele oponer al empirismo, que defiende que la experiencia sensorial es la principal vía hacia la experiencia. Tradicionalmente, los racionalistas han preferido la razón porque los sentidos son notablemente poco fiables y el conocimiento basado en ellos es, por lo tanto, dudoso.

Privilegian las afirmaciones de certidumbre inmediata a las que llega la razón tales como «Éste es el mejor de los mundos posibles». Ver para creer...

**Retroceso infinito:** argumento que sostiene que la explicación propuesta es insatisfactoria porque provoca la necesidad de una serie infinita de «explicaciones» como ésa. Por ejemplo, explicar la existencia del mundo postulando un «hacedor» suscita la cuestión de cómo explicar la existencia de dicho hacedor. Si se sugiere a otro hacedor, entonces «¿Quién hizo a ese hacedor?» y así una y otra vez, *ad*

*infinitum*. O, *ad náuseam*, dependiendo de lo que vaya primero.

***Satori***: en el budismo zen, experiencia de iluminación por la que, de pronto, se contempla la verdadera naturaleza de nosotros mismos y del mundo que nos rodea. Parafraseando a los Red Hot Chili Peppers: «Si tienes que preguntar, es que no sabes».

***Telos***: objetivo intrínseco. El *telos* de una bellota es convertirse en un algarrobo. Asimismo, el *telos* de un licenciado de filosofía es una cátedra en la universidad de más prestigio de la

zona. Ése es, en realidad, el objetivo intrínseco de él o ella, pese a que tiene muchas más posibilidades de acabar trabajando de cajero/a en un supermercado.

**Utilitarismo:** la filosofía moral que afirma que las buenas acciones son aquellas que acarrearán un bien mayor a las personas afectadas que cualquier otra alternativa. La utilidad limitada de esta filosofía moral se pone en evidencia cuando intentas complacer a la vez a tu madre y a tu suegra en navidades.



THOMAS CATHCART. (1940). Se crió en una familia religiosa en Needham, cerca de Boston. Después de licenciarse, hizo estudios de posgrado en teología en la Universidad de Chicago. Ha trabajado en el mundo de la salud, tanto mental como física, y ha sido gerente del Mercy Hospital de

Portland, Maine. También dirigió un hospicio para enfermos de sida, «el mejor trabajo que he tenido en mi vida», dice. «Me encantaba».

DANIEL KLEIN. (1939). Es de una familia orientada a las ciencias. Su padre era químico y participó en el Proyecto Manhattan (que culminó en la bomba atómica). Aunque asegura que procede de generaciones de ateos devotos, le interesa mucho el pensamiento religioso. Al terminar sus estudios universitarios trabajó como guionista de programas cómicos de televisión y concursos, para los que

escribía chistes. También inventó toda clase de situaciones para un programa de objetivo indiscreto. Dice que ha escrito unos treinta libros, entre los que hay una serie de misterio en la que el detective es Elvis Presley, y que se inventó un juego de mesa que se llama «Terapia de grupo».

Los autores son amigos desde hace cincuenta años. Ambos estudiaron filosofía en la Universidad de Harvard en los años 60, cuando los licenciados en filosofía casi se contaban con los dedos de una mano.

# Notas



[1] Nombre dado a las defensas criminales que utilizan métodos absurdos para liberar a sus defendidos de las acusaciones que se les imputan. El término se popularizó cuando un abogado intentó exculpar a su cliente de una acusación de doble asesinato aduciendo que había ingerido una cantidad tal de *twinkies* (pastelitos de bollería industrial) que el aumento de los niveles de azúcar en sangre había alterado su conciencia. (*N. de la t.*) <<

[2] El concurso televisivo por excelencia, que lleva en pantalla desde 1964. (*N. de la t.*) <<

[3] Nombre artístico de James Douglas Muir, presentador, cómico y escritor, ganador de varios premios Emmy por su labor como conductor del programa de televisión «The Tonight Show with Jay Leno» (aquí han imitado el formato Javier Sardá y Andreu Buenafuente). (*N. de la t.*) <<

[4] Ann Landers es el pseudónimo de Esther Friedman, conocida en Estados Unidos por su columna de consejos del mismo nombre, que durante años ha aparecido en periódicos nacionales de todo el país. Su hermana gemela Pauline Friedman tenía otra columna muy similar que se llamaba «Dear Abby» y que firmaba como Abigail Van Buren. (*N. de la t.*) <<

[5] Tono cómico basado en la discrepancia entre las descripciones de un mismo hecho por parte de distintos testigos. Toma su nombre de *The expedition of Humphry Clinker*, que se considera la obra más divertida de Tobias Smollet, publicada en 1771. (N. de la t.) <<

[6] Locutor de radio y comentarista político de signo conservador. Se considera que contribuyó a la victoria electoral del Partido Republicano en 1994. (*N. de la t.*) <<

[7] Participaciones bursátiles en el comercio de panceta de cerdo, una de las transacciones comerciales en las que se *especializó* el Chicago Mercantile Exchange desde 1961. (*N. de la t.*) <<

[8] Controvertido *reality show* televisivo que pone en escena falsos juicios presididos por la juez Judith Sheindlin y basados en casos judiciales auténticos. (N. de la t.) <<



[9] Objeto o argumento sin ninguna utilidad cuya finalidad consiste en despistar. (*N. de la t.*) <<